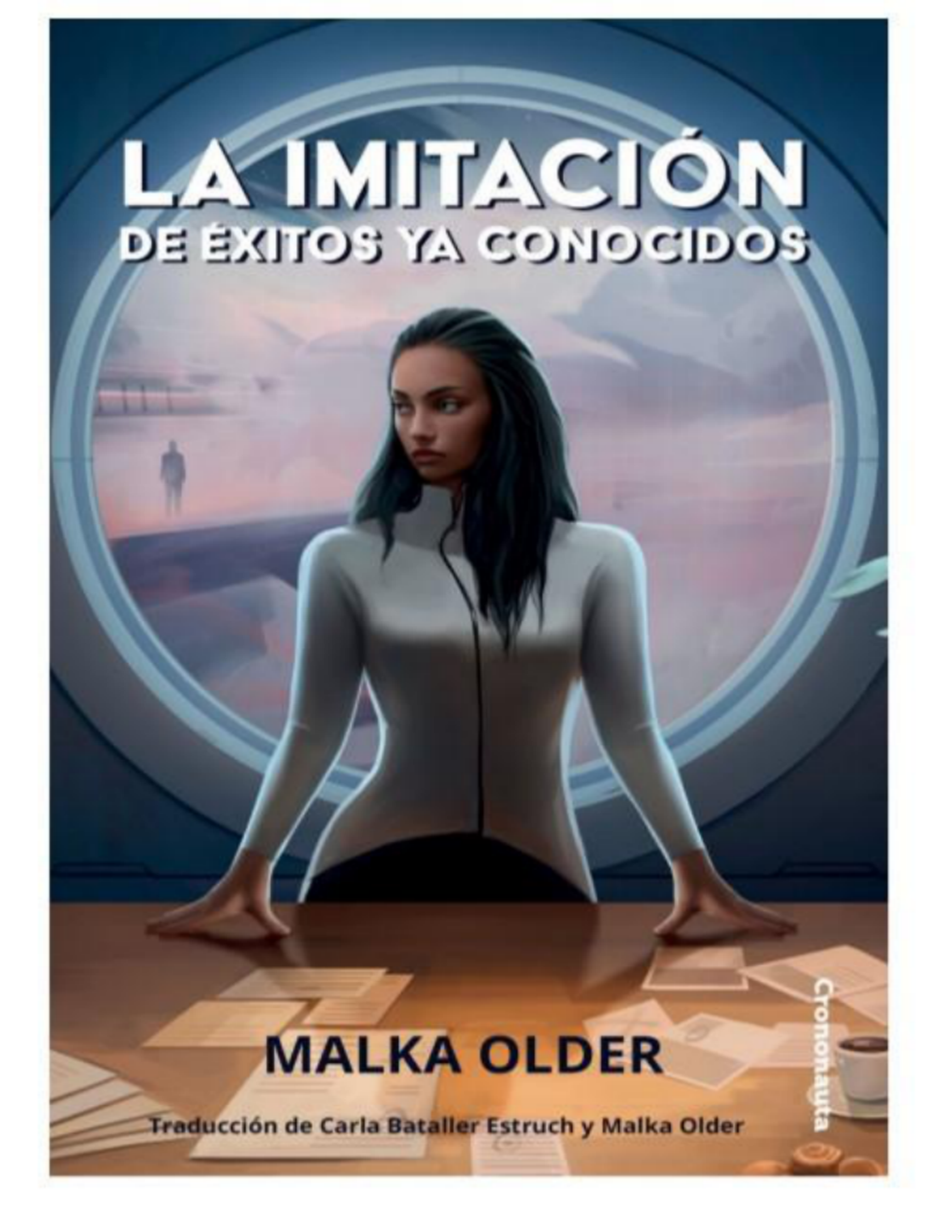
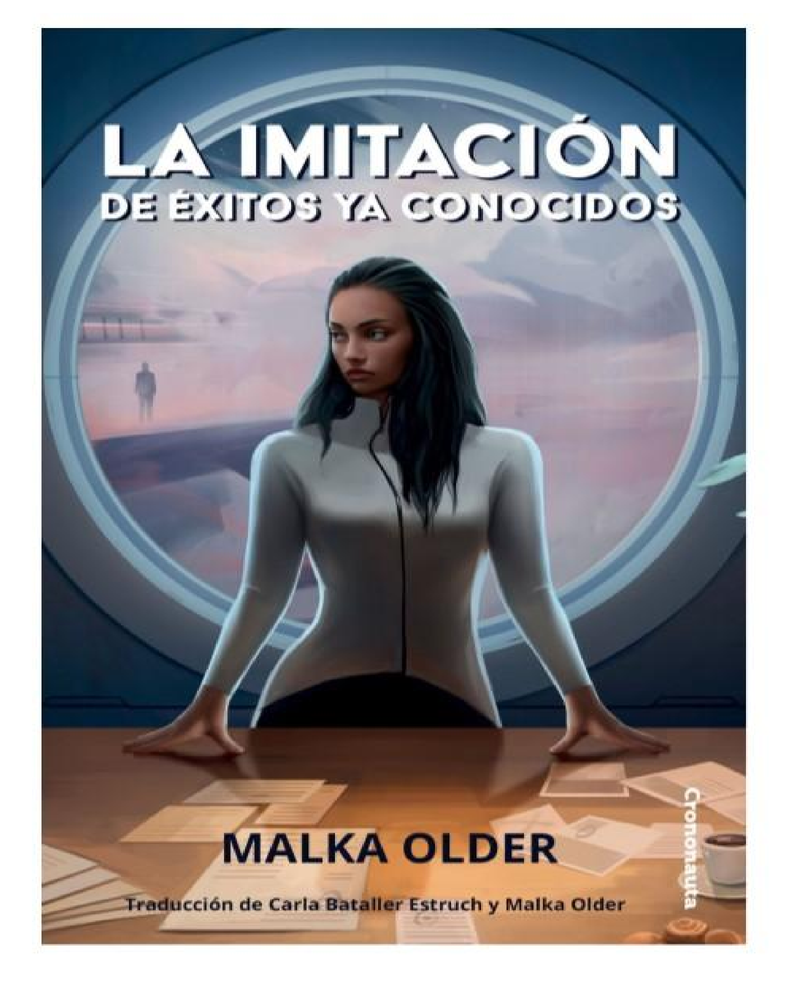
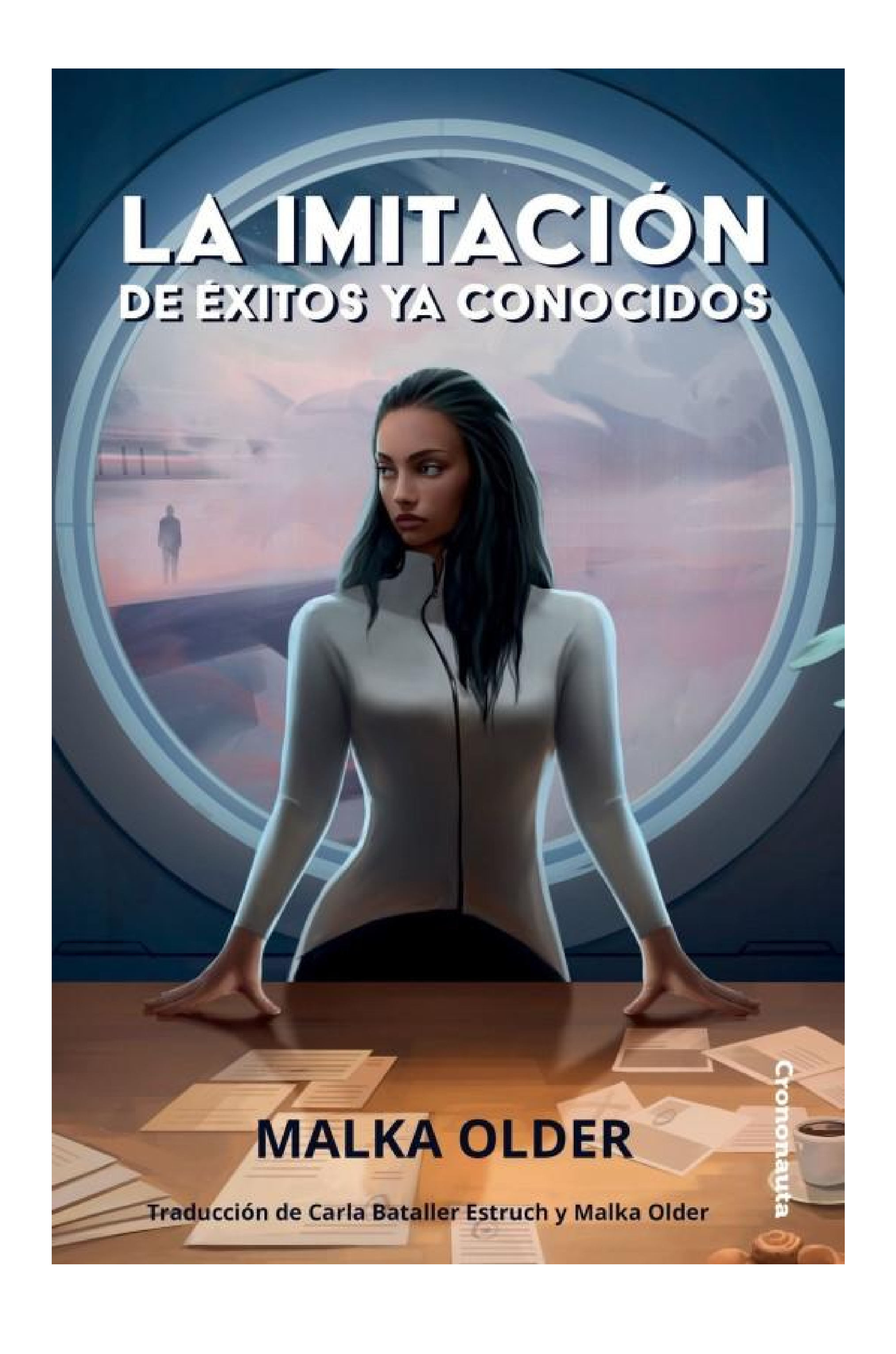

LA IMITACIÓN
DE ÉXITOS YA CONOCIDOS
MALKA OLDER
Traducción de Carla Bataller Estruch y Malka Older
Crononauta


LA IMITACIÓN
DE ÉXITOS YA CONOCIDOS
MALKA OLDER
Traducción de Carla Bataller Estruch y Malka Older
Crononauta


LA IMITACIÓN
DE ÉXITOS YA CONOCIDOS
MALKA OLDER
Traducción de Carla Bataller Estruch y Malka Older
Crononauta

MALKA OLDER

LA IMITACIÓN
DE ÉXITOS YA CONOCIDOS

Traducción de
Carla Bataller Estruch y Malka Older

Corrección de
Laura Soriano



Para Calyx, Paz, Azul

Exigid algo mejor que la vuelta a la normalidad



Prólogo

El hombre había desaparecido en una plataforma aislada; la que estaba situada más al este, de hecho, en la línea 4º63', un anillo que nunca fue muy popular. Mossa tardó cinco horas en llegar hasta allí en carroferril, sola porque ningune de sus colegas investigadores tenía disponibilidad, ni ganas, de emprender un viaje tan largo para algo que, casi con total probabilidad, sería una confirmación de suicidio.

La plataforma apareció en medio del remolino de bruma roja, y unos segundos más tarde el carroferril se detuvo en algo que apenas se

podía llamar «estación». Mossa, a quien tampoco le había apetecido el largo viaje, lo había pasado en un sopor benevolente mientras contemplaba el horizonte gaseoso que parecía abstractamente estático y, a la vez, se movía sin cesar en unas pautas extrañas. Tras desembarcar, le costó encontrar el ritmo de conversación con la gente de la plataforma.

—¿Y ha dicho que estaba parado aquí mismo? —preguntó.

—Así es —confirmó le habitante—. Miraba la niebla hacia el este. La gente lo hace a veces, no tiene nada de malo.

Mossa gruñó, sin estar del todo conforme. Sabía que, aunque ella no comprendiera el atractivo (si esa porquería no dejaba ver ni a un metro de distancia, ¿qué más daba lo lejos que el anillo tuviera que curvarse antes de la siguiente plataforma?), a otras personas sí que les atraería aquello. Pero si alguien se sentía emocionalmente proclive a encontrar significado en ese tipo de cosas, era bastante probable que esa plataforma intensificara su pesimismo. El metal abollado era casi escueto, solo lo cruzaba ese anillo solitario, y quizá fuera un efecto psicológico de las construcciones exiguas y la distancia desde cualquier punto habitado del planeta, pero allí los gases parecían fluir altos y se retorcían cual espectros a su alrededor como si la plataforma se hubiera hundido por debajo de la altura estándar.

A lo mejor había bajado. A juzgar por las rayas de oxidación en el reborde, el equipo de mantenimiento no visitaba el lugar muy a menudo.

—¿Y luego?

«¿Saltó? ¿Se cayó?». El parapeto que bordeaba la plataforma era de la altura reglamentaria, la suficiente para descartar cualquier accidente, excepto los más insólitos.

—Se dio la vuelta y entró en el bar.

Le habitante señaló el tramo de plataforma detrás del escaso voladizo que componía la estación, donde cinco edificios se congregaban en la atmósfera espesa: cuatro viviendas, con seguramente dos o tres casas separadas en cada una de ellas, y un bar con un piso encima. La tienda llegaría mediante carroferril, dedujo Mossa; una parada bien larga al final de la línea para permitir que les habitantes seleccionaran sus compras antes de deslizarse otra vez en dirección contraria.

—¿Ajá?

—Se tomó un gran desayuno. Su última comida, supongo —añadió le habitante con lúgubre satisfacción.

—¿Y luego?

La persona se encogió de hombros; el movimiento quedó atenuado por sus atmosfandas, tan envolventes que bien podrían llamarse mantones.

—No lo volví a ver.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—Fue Ganal, la del bar, quien se percató. Como haría cualquier patrona que se precie. Cuando dijo: «¿Dónde está el extranjero de antes? El que vino en el carroferril de la mañana», todes nos pusimos a buscar. —Le habitante encogió los hombros—. Aquí no hay muchos recovecos donde esconderse, ni tampoco ha venido ni salido ningún carroferril, así que bueno. De un modo u otro, cruzó para allá.

Mossa y le habitante observaron desde la plataforma en silencio, contemplando la mezcla gaseosa que se retorcía sin cesar apenas por debajo de elles, apenas visible en el tenue brillo de las farolas de gas de la plataforma. Al fin, Mossa se giró.

—Tengo que hablar con la patrona.

—Estará en la cama ya, no me extrañaría nada.

Nadie quería ponerle las cosas fáciles. Mossa no ansiaba pasar más tiempo del necesario en ese trozo de grava (ni mucho menos pensaba dormir allí), pero al menos debía intentar descubrir qué había ocurrido con ese misterioso desconocido.

—Tendremos que despertarla.

Le colone se encogió de hombros, nada sorprendide.

—Pues más le vale comer allá. Para ablandarla, y así usted tendrá algo que hacer mientras espera a que ella diga algo con sentido. Se acostó hace un par de horas, ¿sabe?

— oOo —

El bar era más acogedor de lo que Mossa habría esperado; hileras

apiladas de fuegos azules alimentados por tuberías ardían en una pared y unas alfombras bastante bonitas se amontonaban en el suelo y colgaban de las otras paredes. Un conejo se movía con torpeza por debajo de unas sillas en un rincón y una perdiz gorjeaba para sí en una percha elevada detrás de la barra.

Mossa no había querido la comida, reticente a quedarse más tiempo del absolutamente necesario, aunque también sentía un recelo profundo sobre la calidad del almuerzo. Se sorprendió al ver que lo disfrutaba.

—Alubias heredadas —dijo la patrona, asintiendo mientras se servía otra aguachirle de cafeína del termo—. No se llaman así por nada.

Mossa alzó la mirada hacia la mujer sin dejar de masticar.

—¿Cómo lo ha sabido?

La patrona alzó un hombro torneado.

—Por la cara que ha puesto, como si no se creyera lo que estaba comiendo.

—Están sabrosas.

La mujer señaló una jardinera con la cabeza.

—Las secuenció mi antepasada en un proyecto escolar. Lo encontramos enterrado en un alijo de datos que trajeron en la evacuación, junto con gigamontones de otras cosas inútiles. No encontrará el mismo perfil de sabores en Gigante.

—El resto también está bueno —comentó Mossa, más generosa por el banquete inesperado.

—Tiene que estar a la altura de las alubias. —La patrona bostezó y asintió—. Ahora que lo sabe, podría venir hasta acá de vez en cuando a comer.

Mossa asintió, aunque no creía que ansiase de nuevo ese sabor como para hacer un trayecto de cinco horas de ida y cinco de vuelta. Sobre todo si no tenía acceso a un carroferril de investigadores y debía ir en el público.

—Hábleme del extranjero —dijo. Depositó los cubiertos en la

mesa con reticencia.

La mujer bostezó de nuevo, chirriando las primeras palabras.

—No hay mucho que contar. Entró y pidió el desayuno, puré de queso con judías verdes. Le pregunté de dónde era y dijo que de Valdegeld, pero con orgullo, ya sabe cómo son algunes, y empezó a soltar comentarios sobre lo muy importante que era allí por su trabajo, y saltaba a la vista que quería que le preguntaran más por ello, así que no lo hice. —El rostro curtido de la mujer se ensanchó en una sonrisa, que desapareció con la misma velocidad—. ¿No cree que por eso se…?

Mossa reflexionó sobre la pregunta.

—Las personas que están satisfechas consigo mismas no tienden a suicidarse solo porque una desconocida no muestra interés en sus asuntos.

En general, las personas satisfechas consigo mismas tampoco saltan de plataformas aisladas sin un público. La evaluación del carácter por parte de la patrona quizá no fuera válida, pero…

Valdegeld. Al menos tenía un lugar por donde empezar. Mossa se fijó en que su deseo de regresar allí, los impulsos específicos de la memoria táctil y gustativa, estaban casi equilibrados con una fuerte reticencia emocional.

—Je, en eso tiene razón. —La patrona pasó un trapo sobre la barra por tercera vez y luego se giró para trastear con los controles del atmosfiltro, aunque Mossa no detectó ninguna anomalía en las proporciones que respiraba—. Supongo que pasé de él un poquito. Cada vez que le decía una palabra, su respuesta era sobre lo maravilloso que es Valdegeld, gran centro de aprendizaje y cultura y blablablá, que no es para nada interesante, o sobre lo maravilloso que es él, que me interesa menos aún. Así que lo dejé a su aire.

—Me parece lógico.

—Ya. Me puse a fregar los platos, preparé algo de desayuno para mí y para Loba, que suele venir antes de empezar el día. Cuando me giré, ya se había ido. Supuse que se fue a terminar lo que había venido a hacer

Pese a sus esperanzas, no parecía que la gente fuera hasta allí solo por sus judías verdes.

—¿Y cómo es que se dio cuenta de que había desaparecido?

Bostezo.

—Bueno, pregunté por ahí. No todo el mundo viene durante el día, pero al menos sí que veo a alguien de cada edificio de la plataforma, ¿sabe? Así que pregunté a quién había ido a visitar el extranjero y para qué había venido, pero nadie lo sabía. De vez en cuando, recibimos a poetas o gente joven que vienen solo porque esto está lejos de todo, aunque no muches porque todo el mundo sabe que las plataformas en el 0º98' llegan mucho más al este. Así que, cuando salí fuera del bar, eché un vistazo por la plataforma, por si estaba, ya sabe, mirando al vacío o lo que sea que les guste hacer. Pero no lo vi. Fui a comprobar si había entrado algún carroferril privado; sin embargo, no había llegado nada desde el carroferril previsto de esa mañana. Y nos habríamos enterado: todo da a la línea, así que no puede entrar nada sin que lo vea alguien. Luego pregunté un poco más adrede y nadie lo conocía. No pudimos encontrarlo. Y entonces enviamos el telegrama a les investigadores. —Una pausa—. Han tardado en venir.

Mossa comprendía el resentimiento periférico hacia el centro, pero no vio la necesidad de explicar por qué aquel asunto era de baja prioridad. Consideró rehacer las entrevistas con les habitantes de la plataforma, pero se trataba de una idea aguada. Si les lugareñes le habían mentido a su patrona, seguro que no le dirían a ella la respuesta. A menos que la mujer mintiera, pero ¿qué sentido tenía mentir y no pedirles que confirmaran su historia?

—Qué triste —dijo la mujer. Se había terminado la bebida y volvía a servirse del termo—. Aunque nunca entenderé por qué alguien viene hasta aquí en vez de tirarse por su propia plataforma, molestando a otra gente. Aun así —volvió a sentirse culpable—, me imagino que no podríamos haber hecho nada.

—No, claro que no —le aseguró Mossa—. No podrían haber hecho nada.

No lo sabía con certeza, pero no había nada malo en decirlo. Y tampoco sabía lo que le había ocurrido al desconocido, aunque tendía a pensar que no se había tirado por el borde del asentamiento hacia los gases monótonos y devastadores del planeta. O, al menos, si lo había hecho, no había sido por voluntad propia.

— oOo —

Como Mossa había usado un carroferril privado perteneciente al colectivo de investigadores para ese viaje, pudo partir cuando quiso. El vehículo era bastante cómodo, ideado para llevar a sus usuaries en largos trayectos obligatorios. Estaba bien caldeado y había té disponible; Mossa se enrolló en cojines y mantas y caviló. Había convertido los paneles de la pared en un guion gráfico para la investigación, con lo poco que sabía y lo que quería descubrir. Sin embargo, no necesitó analizar los detalles nimios de lo primero ni lo más amplio de lo segundo para averiguar a dónde debía ir. Y, cuando consideró quién podría resultarle útil allá, encontró enseguida el nombre óptimo, tentador e inconveniente.

Valdegeld. Y Pleiti.



Capítulo 1

Una fuerte tempestad giraba hacia la plataforma de la Universidad de Valdegeld mientras mi carroferril se aproximaba a ella. Volvía allí después de unas cortas vacaciones, con ganas de regresar a mis aposentos y mis estudios, así que observé el acercamiento de la tormenta con fastidio. La vi mucho antes de que nos atrapara en sus tentáculos y los cambios de presión tintaran la niebla de naranja, después de rosa, después de un intenso rojo, cada vez más oscura a medida que se acercaba a nuestro anillo, el famoso 1º02' que se detenía en la estación principal de Valdegeld, así como en Trubrant y

en Yaste, la capital de Gigante. Hicieron falta tres transbordos para regresar de la plataforma agrícola de mis padres en un anillo mucho menos transitado y estaba cansada. El carroferril redujo la velocidad cuando las primeras gusts de viento lo hicieron temblar sobre su único raíl. Y entonces alguien debió de calcular que nos iría mejor ir corriendo a la estación en vez de aguardar sans abris y aceleramos hasta superar el punto en el que las señales sugerían una aproximación ralentizada a la estación. Me preparé para un frenazo duro, pero la plataforma de Valdegeld es extremadamente larga y el carroferril encontró un punto de parada con tan solo un poco de brusquedad.

El vagón siguió balanceándose incluso detenido; la tormenta hostigaba la estación y empujaba carroferriles, niebla y, por lo que pude ver a través de la ventanilla, transeúntes. Observé la escena un momento, disfrutando del paisaje dramático: la bruma de la enorme perturbación que se movía a gran velocidad encajaba con la imagen romántica, lúgubre y augusta de Valdegeld, una imagen que aún me fascinaba incluso después de haberme convertido en residente oficial. Recogí la atmosfanda, me colgué la cartera y me encaminé hacia la puerta.

Había un pequeño cúmulo de rostros en el quai (como pétalos en una rama, intervino mi Enseñanza Clásica, aunque no pudiera visualizar esos pétalos con exactitud), pero no esperaba que nadie me recibiera, con lo que no les lancé más que un vistazo superficial y me dirigí de inmediato hacia la salida de la avenida Supal. La miasma de la tormenta se enroscaba rojiza alrededor de les viajeres que se apresuraban, de la puerta lisa de la sala de espera, del quiosco de té con ruedas y, de repente, de un rostro que apareció imponente de entre la penumbra.

—Qué onda, Pleiti.

Sonreí de forma automática y entonces me fijé. Durante un momento, sentí que regresaba en el tiempo, que era una estudiante de nuevo, saludada por mi mejor amiga después de una breve ausencia, pero no: era académica de Clásicas, una posición envidiable que, incluso dos años después, aún me parecía una cuestión de suerte increíble, y llevaba media década sin ver esa cara.

—¿Mossa? ¿Qué haces aquí?

—Ah. Bueno. —Mossa echó un vistazo a su alrededor—. ¿Podemos hablar en un lugar más privado?

Casi se me había olvidado que estábamos de pie en una de las estaciones más concurridas de Gigante.

—Pues acompáñame.

La llevé por Supal, que no había cambiado mucho desde que Mossa y yo fuimos estudiantes: las típicas farolas con florituras; las tiendas de té diseñadas para todos los gustos, desde tranquilas hasta escandalosas, desde básicas hasta exclusivas; las cabinas de rezo de muchas confesiones; las pintorescas librerías especializadas en cualquier tema. Las tiendas ofrecían todo lo que une académique pudiera necesitar, desde gafas con aumentos hasta luces artificiales, mejoras táctiles, recipientes con varios estimulantes, grabadoras auditivas, amortiguadores atmosféricos para todas las partes del cuerpo, zumbadores hipnóticos, guías eruditas para la universidad y mecanismos chapados para recordar. El pavimento irregular de la calle crujía en cierto modo bajo los pies, antiguo y familiar, y se elevaba con brusquedad para alejarse de la estación; permitía que las distintas funciones antiestéticas de la vida en la plataforma se desarrollaran por debajo del nivel de calle. Eso no era necesario en plataformas más recientes, pero, cuando se construyó Valdegeld, la calefacción, por poner un ejemplo, se planteó a través de amplios mecanismos de vapor y turbinas, muchos de los cuales aún traqueteaban bajo los edificios encantadores de la calle y emitían nubes de vapor que se mezclaban con la variopinta bruma del planeta.

Habían extendido el tejado de la estación hasta donde nos encontrábamos, protegiéndonos de lo peor de la tempestad y ofreciendo una pizca de calidez, pero por delante una ráfaga de niebla amarilla indicaba el cambio a la universidad propiamente dicha. Incluso Mossa, siempre tan contenida, hizo una mueca al ver la tormenta que ocurría en las altas torres de Valdegeld. Cruzamos a toda prisa la plaza abierta, mientras la perturbación agitaba las nubes de gas por encima y a nuestro alrededor, y nos adentramos en los callejones estrechos de la universidad.

Las calles, retorcidas e irregulares, se enterraban entre edificios elevados que se habían construido en el sinuoso estilo de hacía siglo y medio, una moda que, aunque ya pasada, aún ejercía una influencia tan poderosa en el imaginario popular que me emocionaba cada vez que alzaba la mirada hacia ellos. Fuimos por Potash Lane, una ruta un tanto indirecta hasta mis aposentos, pero más cobijada. Busqué, como siempre, la costura casi imperceptible donde las inconsistencias en la superficie de la plataforma seguían el chapado de un antiguo satélite, arrebatado de su órbita para martillearlo hasta aplastarlo. Me

encantaba lo pintoresco de Valdegeld, sus detalles de reutilización y bricolaje, muy diferente de las plataformas más nuevas y uniformes hechas a partir de enormes fragmentos de metal de los asteroides. Un vistazo a Mossa, sin embargo, me reveló que sentía más frío que apreciación arquitectónica o, en todo caso, nostalgia, y apreté el paso para llevarla a mis aposentos. Nos amontonamos en el arco de la entrada, le dirigí un rápido saludo a la conserje que se acurrucaba en la cálida portería y luego subimos las escaleras y nos apilamos en mi propia suite de académica.

Presioné de forma automática el encendedor para el fuego y unas alegres llamas azules cobraron vida.

—Qué horrible es este tiempo —comenté mientras me quitaba la atmosfanda y extendía la mano hacia Mossa para poder colgar la suya. Me la entregó y empezó un lento circuito por la habitación para examinar los muebles y los accesorios, deteniéndose en la reproducción de un atlas clásico, un astrolabio cúbico alquibla, el grabado de un antílope. La observé mientras valoraba con presteza para mis adentros mis decisiones en cuanto a la decoración y la comodidad—. Bueno, pues —dije, para distraernos a las dos—. ¿Qué haces aquí?

Me complació ver que Mossa estaba un poco avergonzada.

—Pensé que sugerirías ir a un café o similar. Pero me alegro de ver tus aposentos. Las suites académicas son…

—Qué. Haces. Aquí.

Mossa parecía más incómoda aún.

—Es por trabajo.

Reflexioné sobre aquello.

—No he hecho nada malo.

Mossa puso los ojos en blanco.

—Buscaba tu ayuda.

—Ah. ¿Para qué? Espera. ¿Mi ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

Mossa suspiró y se aflojó la chaqueta.

—¿Te importa si me siento?

Le dirigí una mirada ceñuda, pero ella estaba igual de fría y mojada que yo.

—Ah, de acuerdo. Supongo que querrás un té, ¿no?

—¿Y escones? Llevo pensando en los de la universidad desde que tomé esta dirección.

Mi ceño arrugado se acentuó, pero me pasaba lo mismo. Toqué los botones para pedir.

—Bueno, ¿y qué?

Mossa tenía pinta de necesitar ese té de verdad.

—Ha ocurrido algo y nos cuesta entenderlo.

—¿Y crees que yo podré ayudar? —Mossa alzó los ojos hacia mi cara—. ¿Algo de Valdegeld? —Pero había mucha gente en Valdegeld; ¿por qué iba a acudir primero a mí?—. ¿Ha ocurrido algo relacionado con la facultad de Clásicas? —Yo era académica, sí, pero llevaba allí tan solo dos años y aún era muy júnior—. ¿Necesitas que te presente a alguien de administración? ¿Al decano de Clásicas o al rector de la Universidad, quizá?

Les investigadores podrían haber acudido directamente a cualquiera de esas personas, pero a lo mejor Mossa prefería una ruta más oblicua.

—Quizá.

Se puso de pie de nuevo y empezó a deambular.

Tal vez no fuera algo relacionado con la universidad.

—¿O acaso hay un problema con el mauzooleo? —tanteé.

Mossa hizo una mueca.

—Dime, por favor, que no lo llamas así.

—Te diré que es mejor no llamarlo de esa forma cuando hables con el conservador principal, si es a él a quien necesitas.

—Poco conservará cuando todo está muerto —comentó Mossa y la taladré con la mirada.

—¿Vas a discutir las cuestiones más sutiles de la lingüística conmigo?

—¿Por qué no? Pensé —ahí su voz se tornó peligrosamente amable— que tu trabajo estaba relacionado sobre todo con los números.

Por suerte, en ese momento sonó la campana y fui al montaplatos a por los escones.

—Tarda más un plato de escones de la universidad en llegar —dije, depositándolos en una mesa baja delante del fuego— que nosotras en discutir. —Fui a buscar el azúcar, la canela, el cacao, el garam masala y el bote de miel y los añadí a la mesa. Mossa no dijo nada, aunque tampoco agarró un escón enseguida. Suspiré y me acomodé en los cojines a un lado de la mesa, señalándole el otro—. Oye, si hay algún problema con el mau… con el Instituto Koffre para la Conservación de Especies Terrestres, ¿no es eso más importante?

Tomé un escón dulce y, al cabo de un momento, Mossa me imitó.

La masticación requerida retrasó nuestra conversación unos minutos, algo seguramente beneficioso. El fuego crepitaba, las migas se derretían sobre mi lengua, en el exterior los gases se enroscaban y desenroscaban y el gigantesco planeta giraba en su rápida rotación. Mossa, al fin, tras haber ingerido todo su escón, agarró la taza de té, bebió y la depositó de nuevo en la mesa.

—Ha desaparecido un hombre.

—¿Desaparecido?

—Lo vieron en una plataforma remota ayer por la mañana y desapareció de ella a conciencia después de un intervalo en el que no llegaron ni partieron carroferriles, ni públicos ni privados.

—¡Radiación y recombinantes! —solté, tan sobresaltada que se me escapó la exclamación—. ¿Me estás diciendo que se tiró al planeta?

Mossa había aprovechado mi interjección para reclamar otro escón y espolvorearlo con canela; me miró con una ceja arqueada mientras masticaba el primer bocado.

—Has elegido un verbo exuberante. Pero sí, la suposición es que dio un paso adelante, saltó o…

—Lo arrojaron de la plataforma —dije, dejando mi escón a medio terminar. Recordé que había venido por un motivo—. ¿Lo conocía?

Me volvió a lanzar una mirada fugaz, sin embargo, para sorpresa de nadie, no respondió. Mossa contaría la historia a su manera; era parte de su método.

—Antes de sobrepasar el borde, le dijo a una persona que trabajaba en Valdegeld.

Hubo una pausa muy reveladora.

—Estaba muy pagado de sí mismo, ¿verdad?

Mossa lo confirmó con un asentimiento oblicuo y evasivo.

—Buscamos académicos de aquí que hubieran desaparecido, porque era demasiado mayor para ser un alumno, y conseguimos una descripción de quienes lo vieron, tanto en la plataforma como en el carroferril que tomó para ir hasta allí. Estamos bastante segures de su identidad. —Un gesto de desdén—. No ha sido nada complicado. Pocas personas tendrían ganas de visitar la plataforma donde desapareció. Pero no fue allí desde Valdegeld. El origen de su trayecto fue el Instituto de Conservación.

Aguardé durante su silencio pensativo, y entonces dije:

—Eso parece poco sustancial. No habrías acudido a mí solo por eso, así que me imagino que lo conozco.

Dirigió su mirada hacia mí y me pregunté qué posibles arcos narrativos elaborados la habrían distraído de mi presencia.

—Llegó al Instituto de Conservación directamente desde aquí —dijo, ahora con energía—. Está contratado en Valdegeld, en la facultad de Clásicas. Sí, supongo que lo conocías. Bolien Trewl.

No me acordé a tiempo del motivo melancólico para mencionarlo y no pude contener mi respuesta habitual que me provocaba ese nombre.

—Lo conoces y no lo soportas —declaró Mossa.

Intenté restarle importancia con un gesto, pero me rendí al ver que no lo conseguía.

—No lo soporta nadie… Quiero decir, ningune de mis amigues lo

soporta. Estoy segura de que tiene a sus panas.

—Eso espero —replicó Mossa con ligereza—. Me gustaría hablar con elles. Pero antes dime por qué tu y otra gente no lo soportáis.

—Uf, ya conoces a ese tipo de persona. —Sonreí al ver la expresión impaciente en su rostro, que decía: «Lo sabré en cuanto me digas cuál es»—. Engreído. Cree que su investigación debería recibir la mayor consideración, y eso solo lo supera, quizá, su propia comodidad, gusto y trascendencia.

—Pero ¿su investigación es importante para él? ¿O solo es un medio para ganar importancia?

—Déjame pensar. Nunca he querido dedicar mucho tiempo a analizarlo. —Di otro mordisco, mastiqué, tragué y bebí un poco de té —. Creo que su investigación es, de un modo vestigial, importante para él. Es decir, creo que eligió ese ámbito porque cree en él, pero a estas alturas es importante precisamente porque él cree en él y no al revés. Y, de verdad, se pone muy pesado con ese tema, mucho más que con otros, aunque le gusta dar su opinión hasta en los asuntos más triviales. —Di unos golpecitos al plato que había entre nosotras—. La primera vez que lo conocí, en la primera semana que pasé aquí después de… Cuando regresé para ocupar el puesto de académica, me dijo que los escones de higos chumbos eran los mejores, que seguro que me gustarían, que no valía la pena probar los demás.

Unos años antes, Mossa habría puesto los ojos en blanco para compartir esa comemierdería conmigo, quizá incluso hubiera espetado alguna crítica devastadora; pero en ese momento solo asintió distante, comprendiendo sin participar. Acabé por detestar profundamente su profesionalidad.

—¿Y cuál era su ámbito de investigación? —preguntó.

Tomé otro escón para compensar el agravio emocional.

—La altitud, creía que la altitud explicaba todo lo que había que explicar en la distribución de organismos. Uf, podía hablar durante horas de ello. Y debo decir —añadí mientras masticaba un trozo desmenuzado— que, aunque considerase otros ámbitos y eligiese ese por cualquier motivo, a estas alturas todo es por su mayor gloria y no creo que pueda oír ni una palabra en su contra.

—¿Qué más? —preguntó Mossa—. ¿Trabajaste con él?

—Por suerte, no. Seguramente hubiera ocurrido en algún momento, pero me las he apañado para estar en proyectos distintos. Sí que lo veía de vez en cuando. Estaba en otro edificio, aunque a veces iba allí a cenar con une amigue o me fijaba en que estaba en una mesa. O en la estación, en la de aquí o en la del Instituto de Conservación… ¡Tempestades! ¡Si lo vi hace cinco días!

Mossa no se enderezó de repente, como pensé que haría, sino que solo alzó un poco los párpados.

—¿En la estación?

—En efecto —respondí, un poco contrariada por haberme dejado llevar—. Y, ¿sabes?, en ese momento me pareció que lucía un aspecto extraño. Pero tenía prisa, porque volvía del Instituto y debía emprender el viaje hacia la granja.

Eso al menos la impactó tanto que agarró la taza de té para dejarla de nuevo y alzar la tetera con tal de rellenar ambas tazas. Y su tono sonó afilado.

—¿Extraño en qué sentido?

—Parecía agobiado. Nuestras miradas se encontraron (¡no a propósito!) y se apartó, sin querer saber nada de mí. Ay, por todas las estrellas, iba camino a hacer algo desesperado, ¿verdad?

—Es muy posible. Pero ¿el qué?



Capítulo 2

Mossa se sumergió en sus propios cálculos, supongo que repasando distintas conjeturas; se mantuvo concentrada y en silencio excepto por los sorbos distraídos de té. Le rellené la taza en una ocasión y me perdí un tiempo en mis propios pensamientos: una posible nueva configuración de los datos para mi estudio actual, una película que había pedido a la biblioteca para fines comparativos, cuánto tiempo se quedaría Mossa.

—Bueno. —Me removí—. ¿Qué vas a hacer? ¿Estás pensando en

quedarte y hablar con les amigues de Bolien o vas a ir directa al Instituto de Conservación?

Los ojos de Mossa estaban posados en las llamas azules y amarillas del fuego, pero me sentí observada de todos modos.

—¿Tendrías la amabilidad —la miré con intensidad; esa cortesía forzada no era propia de ella, al menos en su trato conmigo— de acompañarme para hablar con sus amigues y colegas? No me cabe duda de que me perdería los matices de la comunidad académica sin tu ayuda —añadió a modo de disculpa cuando miré primero el tiempo inclemente que hacía vibrar la ventana y luego mi escritorio, repleto de notas que esperaba subsumir en un conjunto de datos y luego (¡algún día!) en recomendaciones—. Si no tienes demasiado trabajo. Te invitaré a cenar, por supuesto. Así tendremos la oportunidad de ponernos al día también. Me prometí comer en el Fuego Lento mientras estuviese aquí.

Lo cierto era que no habría podido negarme apenas; no solo por nuestra disecada amistad, sino también por la responsabilidad de ayudar en lo que pudiera a la hora de investigar el triste final de un colega (y también por un poco de curiosidad inmediata). Hasta me estaba diciendo que una charla con les colegas de Bolien podría ser de utilidad para mi trabajo; aunque les dos estábamos en la facultad de Clásicas, esa prestigiosa disciplina era enorme, con muchos subcampos, comités y relaciones complicadas, y me vendría bien refrescar mis conocimientos sobre su ámbito y sus últimos descubrimientos. Aun así, me alegró de un modo desproporcionado que Mossa sacara tiempo para una conversación más relajada conmigo (incluso entonces no imaginé que dicho coloquio se alejara del trabajo).

—Ah, de acuerdo —dije, con la esperanza de sonar incómoda pero afable en vez de descortés—. Déjame mirar… —El directorio de la universidad se hallaba sobre mi mesa, un laminado duro con la forma de la superficie enrevesada de la universidad, con marcas para cada uno de los edificios y lentes superpuestas que se podían encender y apagar para mostrar distintos tipos de datos. Encontré el laboratorio asignado a Bolien—. Ah. Silahvet. No está demasiado lejos. —Miré de nuevo la ventana, pero no quedaba más remedio—. Podemos ir a preguntar a quien trabaje cerca de su escritorio y seguir a partir de ahí.

Ya que estaba en ello, comprobé su comité supervisor.

—¿Conoces a alguien del departamento de Geografía?

—Por supuesto —dije, repasando de memoria la lista de conocides—. Quizá…

—De Geografía Clásica no —me interrumpió Mossa—. Moderna.

La miré con fijeza.

—¿Geografía Moderna? Las teorías de Bolien tampoco es que fueran nada del otro mundo.

Sonreí por mi broma, pero Mossa, que en general disfrutaba de esos juegos de palabras, estaba distraída.

—A lo mejor no será necesario —murmuró.

—Supongo que puedo encontrar a alguien, si quieres —titubeé—. Pero sabes igual de bien que yo que la gente de Clásicas y de Modernas no nos mezclamos demasiado. Conozco a más personas en Especulativas que en Modernas.

—No importa. —Se envolvió con la atmosfanda—. ¿Nos vamos?

— oOo —

La superficie de la plataforma de Valdegeld se calentaba gracias a los mecanismos inferiores, así que al menos las suelas de nuestros zapatos estaban calientes mientras luchábamos contra el gélido vendaval neblinoso. Aun así, temblaba aturdida para cuando llegamos al laboratorio de Bolien, al otro lado de Crickle Lane y a mitad de la pendiente en el borde meridional. Cruzamos el puente sobre la línea 0º30’, rodeamos el enorme edificio que alojaba a los estudiantes de la facultad Kofwanser y, al fin, hallamos socorro en la entrada en bucle de Silahvet.

Mossa echó un vistazo a nuestro alrededor mientras nos quitábamos la niebla de las envolturas.

—Creo que nunca había venido aquí —comentó.

—Yo por aquella época tampoco vine —coincidí mientras la dirigía hacia el escritorio de Bolien—. Solo les académiques y les investigadores certificades vienen, porque no se imparten clases. No hay motivo para que lo atraviesen les estudiantes, a menos que conozcas a algune académique.

Ahora, como académica designada, me resultó bastante fácil identificar y acercarme a les colegas de Bolien. Me paré un momento en la primera mesa, sin ganas de comunicar la razón de nuestras preguntas, pero Mossa se deslizó con facilidad en ese papel y explicó la situación con frialdad y calma. Intenté no sentirme agradecida; era mucho más fácil para ella de lo que habría sido para mí, tanto por costumbre como por inclinación y la falta de vínculo personal con el hombre desaparecido.

Nuestra tarea resultó fácil porque nadie parecía haber conocido bien a Bolien; tampoco caía bien.

—El problema era —nos contó con aire de disculpa une académique sobre la cadena alimentaria— que él solo quería hablar sobre trabajo y, cuando hablaba sobre trabajo, solo quería hablar acerca de su trabajo. A él no le parecería así, seguro que pensaba que mantenía conversaciones decentes con un gran intercambio de información interdisciplinar, pero no callaba sobre sus cosas y no sentía ningún interés por los conocimientos de les demás, y se notaba.

Había esperado todo eso a partir de las pocas experiencias que tuve con el hombre. Sin embargo, hubo un cotilleo que desconocía: en la mesa vecina de Bolien se sentaba una mujer especializada en el ecosistema ártico durante la complicada época previa a la exploración. Según dijo, Bolien había solicitado mi puesto.

—No me habría importado que se cambiara de sitio, pero me alegré cuando lo conseguiste tú —dijo, asintiendo con la cabeza. Como no pude encontrar las palabras adecuadas para ese sentimiento, retorcí los dedos en un rápido gesto de agradecimiento—. Lo siento, sé que no es eso lo que preguntabais…

—Todo lo contrario —respondió Mossa—. Cualquier cosa que descubramos sobre su carácter es de utilidad.

La académica me miró con desconcierto e intenté restar importancia a sus preocupaciones; estaba tan familiarizada con el enfoque de mi amiga que había olvidado lo raro que les parecía a otras personas.

—¿Y qué me dice de sus colegas? —añadió Mossa—. ¿Alguien en particular que trabajase con él?

—No que yo sepa. La gente acudía a él cuando tenían preguntas sobre altitud, incluso aunque pusieran mala cara por tener que escuchar sus fanfarronadas. Pero, que yo sepa, no tenía un mentor o

mecenas en particular.

—Ya hemos oído en general de qué trata la investigación de Trewl, pero ¿podría darnos algún avance reciente? ¿Un problema en el que estuviera trabajando últimamente o algo que le emocionase?

La mujer reflexionó mientras jugueteaba con su lápiz táctil. Un periquito, encaramado en la pared sobre su mesa, gorjeó adormilado.

—Recuerdo que lo último sobre lo que habló fue acerca del «nivel del mar» y lo que significaba con el paso del tiempo. —Se encogió de hombros—. En general suelo filtrar lo que dice, pero eso era relevante para mi investigación también. No es que tuviera nada rompedor que decir al respecto. Tampoco diría que sintiera una emoción especial.

—¿Se sentía triste en los últimos días? ¿Deprimido?

—Ah, qué va. Igual de arrogante que siempre. Me cuesta creer que nos privara de su compañía, la verdad.

En eso coincidían todas las personas con quienes hablamos: Bolien no había dado señales de sentirse melancólico.

— oOo —

Un rato más tarde, salimos del laboratorio Incaster, donde nos habían enviado para encontrar a otres colegas del investigador desaparecido, sin más información: había sido arrogante (una cualidad frecuente en les académiques de Clásicas, y entre una entrevista y otra intenté decirle a Mossa que me había encontrado con ejemplos menos odiosos con quienes trabar amistad desde que era académica), sus estudios lo emocionaban y no había dado señales de desesperanza.

—¿Se te ha ocurrido algune geógrafe moderne? —preguntó Mossa. Donde estábamos paradas quedábamos medio aisladas del tremendo viento, aunque al menos ahí no nos oía nadie.

—Pero… —Callé. Sabía cómo trabajaba Mossa; con cierto esfuerzo, podía seguir su forma de pensar—. Quieres saber por qué fue a esa plataforma.

Ella asintió.

—Si se tiró, es posible, aunque extraño, que acudiera a un lugar simbólico y remoto como la plataforma más oriental. Aun en ese extremo, no parece propio de él. Pero, si no planeaba tirarse, ya que

nada de lo que hemos oído lo convierte en una persona desesperada o angustiada…

—Entonces ¿por qué visitó esa plataforma? —concluí—. ¿De verdad que no había nada allí?

—Cuatro edificios residenciales y un bar. Con una comida bastante buena —añadió con brusquedad—. Supongo que esa es una posibilidad. Pero no pareció mantener una conversación con nadie. Aparte de para fardar sobre su asociación con Valdegeld.

—¿Estás segura?

Mossa se encogió de hombros.

—Por ahora, no tengo motivos para no creer a la gente de allí. Si encontramos algo que sugiera que mienten, volveré a interrogarles. Pero…

—Une geógrafe moderne, sí, lo sé. —Alcé los ojos entornados hacia el remolino de nubes variopintas de la atmósfera. La perturbación seguía siendo demasiado fuerte para distinguir ni siquiera un sol borroso y, aun así, supe que debía ser tarde—. Casi ha anochecido. ¿Comemos algo rápido mientras pienso?

Cuando les humanes ocuparon Gigante, se horrorizaron ante la veloz rotación que comprendería más de dos ciclos día-noche completos en uno del que estaban acostumbrades y dispusieron unos espejos satélites para imitar el ciclo diurno en la Tierra. Sin embargo, los espejos acabaron por ser demasiado complicados y deficientes por múltiples razones (desconcierta más tener luz del día encendiéndose y apagándose sin cesar por un disco defectuoso que tener que lidiar con el nuevo horario) y fue relativamente sencillo para la mayoría de personas adaptarse a estar despiertas durante un día y una noche y luego dormir un día y una noche, aunque a veces provocara hastío a la hora de cuadrar horarios.

—Tienes suerte de que durmiera en el carroferril —añadí y eché a andar hacia una de mis cantinas favoritas cercanas.

Mossa no respondió de inmediato y me pregunté si había encontrado una forma de comprobar, durante su investigación sobre Bolien Trewl, en qué ciclo diurno estaba yo.

—¿Tus padres están bien?

La miré de nuevo, sin saber si era una pregunta genuina, una demostración de su perspicacia o un intento de asegurar si había ido a visitar a otra persona fuera de Valdegeld.

—¿Cómo sabías que estaba allí? Y, ahora que lo pienso, ¿cómo sabías que me encontrarías en la estación?

Mossa encorvó los hombres.

—Nada muy investigador. Tu conserje me dijo que te habías ido pero que volverías hoy temprano, y antes has mencionado «la granja».

—Ah. ¿Lo he hecho?

—Supuse que solo tus padres merecerían el artículo definido.

—Sí. Por supuesto. Y están muy bien, gracias. Trabajan duro, como siempre, aunque les convencí de que se tomaran unas breves vacaciones fuera de la plataforma mientras estaba de visita.

Los espejos satélites que se diseñaron originalmente para replicar los ritmos de la Tierra se habían reutilizado con mayor provecho (e incluso urgencia) para concentrar la luz del sol en las plataformas de cultivo, como en la que yo había crecido. Y, de hecho, ahí tenía el resto de mi respuesta: Mossa había averiguado que volvía de casa de mis padres, había sabido que estaría agotada tras ayudarles y readaptarme al calor y la luz del sol adicional y que dormiría todo lo que pudiera durante el viaje en carroferril.

Sin embargo, dormir todo lo que había podido tampoco había sido mucho, y confieso que bostecé unas cuantas veces mientras comíamos en mi cantina favorita, Meta Superada, sobre los cuencos de ese guiso que no dejaba de hervir. Aunque era posible que se debiera en parte al aburrimiento. Repasaba mentalmente el departamento de Geografía Moderna, pero Mossa percibiría por mi expresión que no me llamaba la atención nadie en particular.

—Si crees que es mejor enviar un mensaje primero —dijo mientras rebañaba los posos del cuenco con la miga de un panecillo—, podemos empezar por el Instituto de Conservación y luego volver a hablar con la gente de Modernas.

—Quizá sería mejor… Un momento. ¿Podemos, en plural? No voy a ir al mauzooleo esta noche. Tengo que terminar un artículo.

Mossa poseía múltiples miradas inexpresivas. Me dirigió una de

esas.

—El Instituto de Conservación fue el punto de partida del viaje de Bolien. Como no hemos encontrado ninguna prueba aquí que provocase su desaparición…

—Lo entiendo —repliqué con impaciencia—. Pero ¿por qué tengo que ir yo?

—Tu perspectiva es única.

—Para nada. Hay infinidad de académiques que usan con frecuencia el Instituto…

Mossa desdeñó aquello.

—Pero tú también me conoces a mí y sabes cómo trabajo. Explicárselo a otra persona conllevaría demasiado tiempo.

No pude evitar sentir cierta calidez, como si eso fuera un halago o incluso afecto y no solo la constatación de un hecho.

Creer que hubiera señales de afecto por parte de Mossa era una trampa, porque conducía a esperar esas señales de afecto.

—Siento posponer nuestra cena —añadió—, no obstante, creo que deberíamos ir al Instituto de Conservación cuanto antes.

Me habría quejado solo porque sí, pero no iba a fingir que esa comida, aunque deliciosa, era más importante que investigar la desaparición de una persona, pese a tratarse de alguien que no soportase.

—Supongo que podemos ponernos al día durante el trayecto en carroferril. Siempre que me invites otro día al Fuego Lento —añadí mientras la seguía al exterior, reacia a abandonar esa perspectiva.

Mossa se giró hacia mí, con la mejilla contra los vientos; solo se le veían los ojos a través de la atmosfanda.

—Tú puedes ir en cualquier momento. O…

No la forcé a preguntarme por mi economía, que no rebosaba pero tampoco estaba en un estado del que me pudiera quejar.

—No puedo ir contigo en cualquier momento —señalé y centré mi atención de nuevo en abrirme paso hacia la propia estación—. Ha

pasado mucho tiempo, Mossa.

—Pues sí. —Al cabo de una pausa, añadió—: Si nos encaminamos directas al Instituto de Conservación, quizá no regresemos antes del amanecer.

Me encogí de hombros.

—El trayecto es corto y mis aposentos no están lejos de la estación. Podemos volver tarde, en caso de ser necesario.

Aguardó unos pasos antes de preguntar:

—¿Allí hay algún lugar donde nos podamos quedar?

—Si hace falta, sí —dije con sorpresa—. Pero me parece más sencillo regresar y volver al Instituto al día siguiente. O quizá es que me he habituado a ese carroferril por costumbre. —Se me ocurrió una idea—. ¿Tienes un sitio donde dormir aquí?

Se giró de nuevo hacia el viento, cabizbaja.

—Les investigadores disponen de habitaciones o cubrirán el coste de una para la noche, donde sea que necesite dormir.



Capítulo 3

El carroferril hacia el Instituto Koffre para la Conservación de Especies Terrestres salía de la estación más pequeña de Valdegeld. Sin embargo, los vehículos pasaban con frecuencia y solo esperamos unos minutos. Los vagones no eran especialmente lujosos, pero en ese momento del día había poques viajeres y tuvimos los largos bancos de terciopelo rosa para nosotras.

—Bueno —dije, estirando las piernas hasta que casi alcanzaron el banco de enfrente, un placer permisible dado que las tuberías de la

calefacción transcurrían por debajo de ellos—. Hemos pasado la mayor parte del día hablando con gente que conocía a ese hombre.

Callé. No quería decirlo.

—Y nada sugiere que estuviera de humor para saltar al abrazo aplastante y gélido de un abismo gaseoso —concluyó Mossa.

Me estiré para girar la rueda de la rejilla y subir un poco más el fuego.

—No caía demasiado bien a nadie.

Mossa arqueó una ceja.

—Aun así, me da la impresión de que se habrían percatado de su desánimo… aunque quizá era experto en ocultar sus estados de humor…

—Quería decir que quizá ese sea un motivo. No caía bien a nadie. Si eso lo ponía melancólico, no creo que se lo hubiera dicho a esas personas.

—Cierto —reconoció Mossa. Tamborileó los dedos en la rodilla, con la mirada en el mar turbulento de niebla al otro lado de la ventana.

—No pareces convencida —observé—. Pero ¿qué otra alternativa hay? ¿Que alguien en esa plataforma aislada lo empujara?

—Mmm.

—Era desagradable, aunque solo estuvo allí unas horas, ¿verdad? ¿O es posible que conociera a alguien de antes?

—Es una posibilidad. Quizá estén cubriendo a une de sus vecines.

Lo dijo con tono neutro, pero hice una mueca, segura de que nuestros pensamientos recorrían caminos similares. Las plataformas poco habitadas podían estar muy unidas y no tendrían motivos para ayudar a investigadores procedentes de partes más densas de la red de anillos y plataformas de Gigante; si ese era el caso, conseguir que alguien contase la verdad podría llegar a ser imposible. (Y, de hecho, si Bolien Trewl había ido a hacer algo terrible a una de esas personas, si se había tornado tan insoportable que une de elles había cometido la abominación de rebasar el borde de una plataforma, ¿era asunto

nuestro condenarles por ello?). Sin embargo, era insólito encontrar una pequeña comunidad tan unida. Al imaginar la plataforma de mis padres, que compartían con otres seis cultivadores agrícolas, pensé que era más probable que el rencor mezquino trajera una denuncia rápida aunque poco llamativa.

—¿Podría haberlo seguido alguien para luego esconderse?

—No desembarcó nadie más de su carroferril y si hubiera llegado otra persona antes sin duda habría llamado la atención. Es un lugar muy exiguo.

—A lo mejor sí que saltó —dije hosca, y pasamos el resto del trayecto en silencio.

— oOo —

El Instituto Koffre para la Conservación de Especies Terrestres fue fundado por une genetista llamade Krel Koffre tras la llegada de seres terrestres a Gigante. Verlo ahora era maravilloso: plataforma tras plataforma se extendían desde la unión de los dos anillos que formaban la estación. A diferencia de la mayoría de plataformas en Gigante, estas tenían capas, con peldaños que conducían a nuevas zonas, de modo que te podías hacer una idea de su escala desde el carroferril, aunque no vieras cuán lejos se extendía a cada lado; yo sabía que, de hecho, era mucho.

Al fin y al cabo, en el pasado hubo muchas especies en la Tierra.

A pesar del pequeño subgrupo de especies cuya información genética fue recogida antes de que se extinguieran y la fracción mucho más pequeña que había sido resucitada para el mauzooleo, aún había una amplísima gama de especies. Una cantidad extraordinaria de espacio se había dedicado a recrear sus hábitats en este entorno completamente hostil.

Era casi una extravagancia impensable en un planeta donde no existía tierra que no hubiera sido construida. El espacio agrícola y residencial todavía se consideraba muy escaso. Pero el mauzooleo se creó en un momento postraumático. Koffre había formado parte del movimiento conservacionista del fin del mundo y usó su legitimidad moral y científica para argumentar que mantener a las especies terrestres en su forma potencial en bancos de semillas y en cachés de datos no era suficiente: deberían gestar todos los ejemplares posibles hasta conseguir plantas y animales vivos. Además, durante el asentamiento inicial, les científiques (biológiques y sociales) estaban

muy preocupades, casi histériques, por las consecuencias de vivir en un planeta donde no existía vida más grande que los microbios, con lo que gestar especies terrestres se consideró una necesidad para les humanes. Ahora, con gatos y cucarachas infestando casi cada plataforma, las extravagantes instalaciones desarrolladas para abordar esa preocupación parecían ridículas, pero la administración del Instituto de Conservación había protegido su privilegio histórico con celo. Y su relación con Valdegeld contribuía también a protegerlo. ¿Cómo sería restaurada la Tierra al final si no podíamos reconstituir a los animales y las plantas ni cuidarlos como antes? ¿Cómo podía entenderse el proyecto de restauración y repoblación, el objetivo central de los estudios Clásicos tan afamados, sin acceso a ese recurso vivo? Y mucha gente no académica también lo visitaba, pues de alguna forma encontraban trascendencia al ver por sí mismes esas criaturas y plantas, aunque no se hallaran de verdad en su hábitat nativo; quizá incluso descubrieran cierto respiro, o una ventana deformada a lo que nuestra vida perdida en la Tierra pudo haber sido.

Lo había visitado tantas veces por trabajo que ya tenía mi propia rutina para saber dónde mirar mientras nos acercábamos. En el lado derecho del vagón, hacia la plataforma intermedia, podía captar con suerte las anchas rayas de una cebra. El canal de alimentación para los mamuts estaba justo al lado. Luego, a la izquierda, un campo de flores silvestres bordeaba el raíl. Al otro lado, a veces se veía al jaguar si decidía tumbarse cerca del borde del hábitat. De vuelta a la derecha para ver a la tortuga gigante. Y, casi invisible en el límite superior de la ventanilla, un borrón oscuro que sabía lo que era: una cuba de una tierra fantásticamente insólita y cara, Tierra literal habitada por gusanos.

Había, cómo no, activistas por los derechos de los animales con el argumento de que los animales no deberían haberse reconstituido para vivir en lo que, en esencia, era cautividad. Esa perspectiva no había reunido a muches seguidores; yo siempre había pensado que se debía a que muchas de las especies del mauzooleo disfrutaban de más espacio para merodear del que ofrecían la mayoría de plataformas residenciales humanas. Si los animales estaban en cautividad en este planeta poco hospitalario, nosotres también lo estábamos.



Capítulo 4

La estación del Instituto estaba rodeada de hoteles tanto para la enorme cantidad de turistas como para les académiques de Valdegeld y de más lejos que iban a observar los organismos. La gente no tenía permitida la entrada a las plataformas de hábitat, pero una red de pasarelas ofrecía distintos caminos para la observación. Estos podían ser acientíficos (el «Paseo de animales adorables», por ejemplo, no incluía a todos los animales que yo consideraría adorables), pero el atractivo popular ayudaba al mauzooleo a eludir la presión de ceder sus plataformas para la residencia humana, como hicieron las

plataformas más distantes dentro del cúmulo dedicadas a la agricultura experimental y la cría animal.

Conduje a Mossa lejos de las entradas a los senderos y hacia los edificios administrativos que se ubicaban con discreción detrás de los hoteles.

—No sé con quién solía trabajar Bolien —la avisé—. Quizá debamos preguntar por ahí antes de encontrar a una persona que nos diga con exactitud qué estaba haciendo aquí ese día.

Mossa asintió impasible.

—Guíame.

Empezamos por mi contacto habitual, un hombre tímido que parpadeaba mucho y que entendía y me ayudaba mucho en mis temas de interés. Frunció el ceño cuando mencioné a Bolien.

—Nunca he trabajado con él, pero el nombre me resulta familiar. ¿No tendréis una foto, por casualidad?

Mossa abrió su libreta y configuró la página para mostrar una imagen de Bolien. Desde donde estaba sentada, los motivos de luz y oscuridad no se distinguían bien; aun así, la forma me trajo a la mente su fotografía de la facultad, familiar por la infinidad de informes universitarios. Me estremecí y, durante un instante, me invadió el desamparo de aquella tarea.

—Sí que lo he visto por aquí, no cabe duda. Ah, sí, creo recordar con quién trabaja… Dadme un momento.

Cuando mi colega regresó, trajo con él a una mujer picuda, más alta que yo e incluso que Mossa, ataviada con un abrigo azul fuego que enseguida deseé. Mossa, impasible ante su elegancia sartorial, preguntó sobre Bolien.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando con él?

La mujer, llamada Cyla, nos relató que llevaban años reuniéndose, pero solo de vez en cuando.

—Lo cierto es que sería una exageración decir que trabajábamos juntes —contó; su mirada se deslizaba del rostro de Mossa al mío, y a la inversa—. Quería que le diera acceso al hábitat que quisiera cada día. No le interesaban demasiado mis opiniones, por ejemplo, o mi

experiencia.

Mossa me echó una mirada.

—¿No suele funcionar así?

Negué con la cabeza y Cyla sonrió.

—La mayoría de gente, sobre todo de la Universidad —me dirigió un asentimiento, pero centraba su atención en Mossa—, quiere hablar con nosotres. Contrastan sus teorías con lo que hemos observado sobre los animales en sus hábitats. Tenemos zonas de interacción entre especies; a veces piden que presentemos a una combinación concreta o quieren observar un periodo concreto, la hora de la comida, por ejemplo, o la simulación de una estación en particular.

Sospeché que la pregunta de Mossa había incluido una incertidumbre adicional.

—La gente que no trabaja aquí no puede visitar los hábitats sin que alguien del Instituto les acompañe. Para les académiques acreditades, el personal estará siempre a mano, a menos que haya mucha confianza. Esto, claro está, es para visitar el Instituto más allá de los caminos para turistas, que están delimitados y no se acercan demasiado a los animales o a cualquier planta que no crezca habitualmente en Gigante.

Mossa asintió.

—Supongo que es por seguridad.

—Por nuestra seguridad —dijo Cyla—, por su protección. Y nuestra reputación.

—¿Cómo?

—Sufrimos mucha presión a causa de esta gran cantidad de espacio habitable y otros recursos que usamos. Ha habido una propuesta tras otra para apropiarse de algunas de nuestras plataformas, o de todas, ya sea aquí o con el fin de trasladarlas a otra convergencia. El turismo ayuda bastante. De hecho, ese es el único motivo por el que tenemos los caminos. Pero nos han acusado en muchas ocasiones de tener poca seguridad y de impedir el acceso a investigadores legítimes. —Extendió las manos—. Es un carril estrecho.

Mossa ladeó la cabeza.

—Pensaba que con salvaguardar todas estas especies bastaría.

—Las especies están a salvo gracias a las muestras biológicas que se conservan en un depósito; muchas de ellas, además, también se hallan en otros lugares dispersados. Y gracias a las copias de seguridad de los mapas genéticos que tenemos en distintos servidores y cachés de datos por todo Gigante. Gestar ejemplares vivos es, según algunes —el semblante de Cyla se alargó—, un lujo.

—Entiendo —murmuró Mossa y consiguió decirlo en el mismo tono de suave ironía. Aguardó un momento para cambiar de tema—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Bolien?

Cyla abrió una agenda.

—Hace unas semanas, creo… Ah, aquí está: hace treinta y ocho días locales. Quería ver el entorno de la poza en el que hemos estado trabajando. Pasó un día completo aquí y también parte de la noche.

—¿No lo vio hace seis o siete días? Días locales.

—No… —Cyla dudó y abrió de nuevo las imágenes de su agenda —. No, no tuve ninguna reunión con él.

—¿Hay alguna forma de averiguar a quién vio?

—Puedo enviar un boletín a todo el mundo y ver quién responde. Quizá tarde un par de días en recibir respuesta.

Mossa le transfirió con un toque su información de contacto.

—Envíemela, por favor.

—Por supuesto.

Pasaba de la medianoche cuando salimos de la reunión. Estaba fatigada, no había descansado apenas en el carroferril desde casa de mis padres, Mossa también estaría agotada (ni siquiera le había preguntado qué horario diurno seguía) y, aun así, me pareció una lástima arrastrarla de vuelta a Valdegeld tan rápido.

—¿Lo has visitado antes? —pregunté—. Podemos recorrer uno de los senderos para turistas antes de volver, si quieres.

Mossa accedió de buen grado (raro en ella, porque solía tener una

concentración muy exclusiva) y elegí uno de los circuitos más cortos después del largo día de trabajo.

Había pasado mucho tiempo (años, me fijé) desde que paseara por el mauzooleo sin un objetivo concreto ni destinación en mente y, a pesar de conocer el entorno, aún me pareció impresionante. Los senderos por los que anduvimos, hechos del mismo metal revestido y reforzado que el resto de plataformas, tenía talladas o impresas las imágenes de distintos organismos Clásicos, o los rastros que pudieran dejar, para crear la ilusión de fósiles en el suelo o huellas que conducían a una charca; y la ilusión de que existía una historia vital enraizada en ese planeta. Las farolas se iluminaban azules a intervalos, dejando el sendero atenuado, pero los hábitats (todos a cierta distancia y protegidos por muros transparentes) brillaban con intensidad en algo parecido a la luz solar de la Tierra.

Descubrí que el paseo y las imágenes inusuales me ayudaban a despejar la mente; quizá por eso Mossa había aceptado. Aunque me pareció extraño que pensase de esa forma…

Y no lo hacía. Pues claro que no.

—Crees que aquí pasó algo importante —dije de repente, rompiendo el silencio meditabundo—. A Bolien, antes de marcharse. Crees que su estancia aquí fue decisiva.

—Me parece probable —respondió—, pero no estoy segura. Mencionaste que tenía un aspecto peculiar cuando lo viste en la estación antes de venir aquí. —Asentí, aunque me pregunté si había estado en lo cierto o estaba grabando sobre mi memoria nuevas impresiones ahora que conocía más datos—. En cualquier caso, este lugar se merece una hora para entenderlo mejor. Me atrevería a decir —añadió, observando el sendero que se retorcía adrede por delante de nosotras— que no parece el tipo de persona que quisiera vagar sin rumbo en un lugar que visita a menudo.

—¿A menos que estuviera muy angustiado? —sugerí. Sin embargo, cuando Mossa centró su mirada escéptica en mí, alcé las manos de inmediato—. No, coincido contigo. Vino aquí por un motivo. Espero que descubramos pronto con quién se reunió y de qué hablaron.

—Eso espero —respondió Mossa, y le dirigí una mirada incisiva. No me convencía su tono, pero la luz tenue lo impregnaba todo y no pude descifrar su expresión—. Es tarde —prosiguió y se giró un

momento hacia el recinto de las libélulas; las paredes estaban llenas de lupas—. ¿Volvemos?

—Sí —accedí con un suspiro. Cyla nos contactaría si alguien respondía y no había motivo para aguardar en el Instituto—. Eh…

Sería embarazoso tanto si le ofrecía mi casa para pasar la noche como si no. Así pues, intenté determinar qué resultado prefería yo.

En general, suelo disfrutar de mi soledad. Y, en concreto, aún me encantaban mis aposentos de académica, mucho más cómodos que el espacio tolerable en el que había vivido en Valdegeld como estudiante. Saboreaba todas mis llegadas y cerraba la puerta a mi espalda con una sensación de suficiencia y espacio seguro. Había una pequeña habitación para invitades con una cama estrecha y, aunque me vanagloriaba de la idea de invitar a alguien (en nuestra época de estudiantes teníamos que reservar la habitación compartida para invitados del pasillo o contentarnos con unas mantas en el suelo), aún no había tenido la ocasión de hacerlo y mis aposentos se me antojaban inviolables.

Y, aun así… Pese a que los ojos me pesaban del cansancio, la idea de pasar esa noche a solas me parecía incompleta. Me dije que debía ser el encanto del misterio. Seguro que Mossa tenía más reflexiones que podría compartir en la tranquilidad de la noche.

Y, en cualquier caso, Mossa apenas contaba como invitada.

—Te quedarás en mi casa, por supuesto —dije por tanto, con toda la jovialidad de la que fui capaz, mientras nos encaminábamos de vuelta a la estación. Pensé que plantearlo como algo normal era mi mejor estrategia. También recordé que debería aclarar la situación—. Como académica, tengo espacio para une invitade… Es solo un armario en realidad, pero estarás bastante cómoda. Y aún me debes esa cena.

Mossa gruñó.

—Cenaremos en cuanto consigamos que los acontecimientos no nos sobrepasen —respondió.

Me había girado para preguntarle si esperaba que ocurriesen acontecimientos pronto y de qué tipo serían cuando un borrón atravesó el aire y la estampó contra el duro metal de la plataforma. Me encontré sin aliento, pero conseguí trastabillar hacia ella, gritando o jadeando en una mezcla de alarma y enfado. Había, según recordé

mientras avanzaba a trompicones, botones de emergencia en las barandillas de las pasarelas; mis dedos encontraron el borde duro de una y la recorrieron mientras dirigía una patada, mal apuntada y peor equilibrada, hacia el puñado vibrante de músculo y pellejo que se agazapaba sobre el cuerpo enroscado de Mossa. El animal me siseó, pero mis botas pesaban y al menos lo distraje lo suficiente para que centrara los ojos y las garras en mí. Pateé de nuevo y moví el brazo envuelto en tela en su dirección para intentar asustarlo. Aún bramaba en busca de auxilio, aunque no imaginaba que viniera nadie. Me acordé de otra arma y saqué un encendedor del bolsillo. En la atmósfera oxigenada de la plataforma, solo creó una pequeña chispa, pero la agité todo lo cerca del animal que me atreví, con la esperanza de provocar un posible miedo epigenético a la llama.

La criatura enseñó los afilados dientes relumbrantes (mi cerebro Clásico me informó de que se trataba de una especie de felino) y entonces, veloz como un rayo, se giró para mirar por encima del hombro y saltó hacia la noche.

Me dejé caer en la plataforma antes de poder evitarlo, ahogándome en la conmoción residual, y me arrastré junto a Mossa sin enderezarme. Para mi alivio, ya se estaba dando la vuelta y enseguida vi su rostro, envuelto en la atmosfanda y en apariencia ileso.

Descubrí que le estaba repasando los hombros y los brazos con las manos (con tal de cerciorarme de que estaba sana y salva, seguramente) y me detuve de inmediato.

—¿Estás bien?

Mossa se estaba desenroscando y consiguió sentarse.

—Ilesa y muy agradecida de que esta instalación mantenga a sus caracales bien alimentados. Y gracias a ti, claro. —Ese pensamiento retardado era tan típico de Mossa (y, para ser justa, en este caso bastante preciso) que apenas noté un pinchazo de dolor—. Deduzco que esto no suele ocurrir, ¿verdad?

Me reí, sentí la tensión liberada en las carcajadas y me callé enseguida.

—¡Casi nunca! ¿De verdad estás bien? ¿Puedes levantarte? —La ayudé a ponerse en pie y la agarré por el brazo mientras echábamos a andar hacia la estación. Seguí mirando a nuestro alrededor en busca de una sombra rápida y ella repitió su pregunta—. No —aclaré—.

Nunca he oído hablar de un animal que se escapase. Aunque…

—¿Mmm?

No se había soltado, pero tampoco se apoyaba en mí, no mucho, al menos.

Miré alrededor de nuevo.

—Supongo que no querrán que la gente se entere de este tipo de cosas.

—Seguro que no.

Cuando llegamos a la estación, quise acomodar a Mossa en el carroferril que aguardaba allí mientras yo informaba al personal sobre la fuga, pero no quiso ni oír hablar de ello, así que fuimos ambas al edificio administrativo y se lo contamos a la primera persona que vimos. Nos resultó un poco difícil marcharnos por su nerviosismo a la hora de confirmar que no divulgaríamos el incidente por todos los anillos; aun así, conseguimos subir al carroferril justo antes de que partiera.

—Al final, ha sido una visita muy instructiva —comentó Mossa. Se sentaba muy erguida en el banco acolchado, como si quisiera negar cualquier indicio de cansancio, pero debía de estar agotada.

—Iremos directamente a mis aposentos y pediremos algo para comer —dije para animarla—. Puedes bañarte mientras aguardamos la comida y luego dormir. —Sacudí la cabeza; el terror del ataque inesperado del felino volvió a asolarme de nuevo—. Mossa… de todo lo que podía pasar…

—No es tan sorprendente, la verdad, visto el escenario.

—Es muy sorprendente. No me puedo creer que no te hiciera nada.

—No estaba de cacería, sino asustado.

—¿Asustado por qué?

Mossa no respondió.



Capítulo 5

Cuando llegamos a Valdegeld, casi había amanecido. Las calles no estaban vacías; a cualquier hora, la población estaría escalonada en los distintos horarios de sueño. Pero había poca gente circulando; era casi el final del diurno, cuando aquelles que habían estado despiertes se preparaban para ir a la cama y, además, el tiempo seguía siendo inclemente, con fuertes gusts que azotaban la plataforma.

Atravesamos a trompicones los vientos; las espesas nubes ocultaban gran parte del cielo manchado de lunas, las farolas de gas

parpadeaban por los huecos atmosféricos que el viento introducía en las viejas tuberías. Estaba tan cansada (por el bajón de adrenalina, me diagnostiqué), que contaba cada paso e intentaba engañarme para creer que la distancia hasta mis aposentos era más corta. Sin embargo, al acercarnos a la esquina de Zaybel Road, Mossa se detuvo.

—Veo que Rechaure sigue en su sitio habitual.

La miré con curiosidad, tanto porque no me había dado cuenta de que llamaba al fanático por su nombre como porque su voz sonaba tan distante que me preocupé, como si hasta ella tuviera que capitular con su resistencia.

—Sí, suele estar en esa esquina.

El predicador del fin del mundo, pues a esa persona se había referido, acostumbraba a estar en la calle para abordar a les viandantes con su versión de la historia. No obstante, a esas horas de la noche, guardaba silencio, envuelto en atmosmantas y apoyado en la pared. Junto a la montaña de tela que en teoría lo protegía, había un pequeño cartel inclinado, con peso para que no se lo llevara el viento, que proclamaba las opiniones de Rechaure: NOS MERECEMOS ESTE PLANETA SIN VIDA por un lado y TODES SOMOS CÓMPLICES DEL APOCALIPSIS por el otro.

—Es raro que esté al aire libre con este tiempo —dijo Mossa.

Intenté recordar si lo había visto en tormentas anteriores, pero para entonces ya habíamos dejado atrás la esquina y mi atención se centró en llegar a mis aposentos. Cuando alcanzamos las escaleras, Mossa había ralentizado el paso de un modo significativo, y contuve mis ansias de un fuego cálido, a sabiendas de que no me agradecería si le metía prisa, si la compadecía o incluso si me fijaba en sus dificultades. Así pues, mantuve la mirada apartada al igualar su ritmo para subir los tres pisos y, hasta que no cerré la puerta a esa noche inclemente, encendí el fuego y me giré hacia ella, no vi la sangre en su chaqueta.

—¡Mossa!

Antes de darme cuenta, acudí a su lado y la aferré por los hombros; había intentado ocultar las manchas delatoras de mi vista. Dejó de resistirse y la giré con cuidado hacia mí para examinar varios manchurrones de sangre en su espalda.

—No me ha magullado —dijo, con el tono de quien intenta

aclarar un asunto de importancia frente a un agotamiento extremo—. Solo me ha —contrajo los dedos para demostrarlo— agarrado.

—¿Por qué no has dicho algo antes, mastuerza? —la reprendí—. No importa. Ve a bañarte, es mejor empezar por ahí… Agua caliente primero y luego veremos si hay que llamar a le médique. —Se dirigió obediente hacia el baño—. ¿Necesitas… eh, necesitas ayuda para quitarte la camisa?

Mossa solo dudó un momento.

—Creo que me puedo apañar. —Asentí, reprimiendo una decepción que no me merecía. Mossa dio dos pasos más sobre la suave moqueta y luego se detuvo de nuevo—. Se me ocurre que quizá no pueda limpiarme de un modo adecuado las heridas.

Asentí una vez más y entonces me percaté de que no me estaba mirando.

—Llámame cuando estés lista.

El baño (cuánto agradecía tener un baño privado y una bañera profunda) se hallaba en el corto pasillo entre el salón, mi dormitorio y la habitación de invitades, así que no la vi entrar, aunque la insinuación de un jadeo señaló el momento en el que se quitó la camisa. Había dejado la puerta abierta y oí el clic del chorro de gas calentando el agua y luego cómo esta se vertía en la bañera.

Dicen que nuestres antepasades, en los últimos días en la Tierra, no disponían de agua caliente para lavarse, y menos para llenar una bañera, pues dedicaban cada recurso hacia las desesperadas tareas gemelas de escapar del planeta que habían destruido y convertir otro en habitable. Siempre he sido escéptica con esa historia; estoy segura de que habría gente que creía que no tenían por qué sacrificar su propio placer dentro del panorama más amplio de escasez. Pero, sin duda, fue cierto para muchas personas, y las compadecí con gran pesar cuando me levanté para responder a la llamada de Mossa y entré en el tenue baño. Elles nunca habrían visto una imagen como esa: el arco de su cálida espalda deslizándose en el agua, músculos y columna curvados en armonía con la temática. Me imagino que se me escapó algún sonido al ver las punciones coaguladas en su suave piel, pues Mossa dijo, en algo casi parecido a su tono habitual:

—Venga, no es para tanto. Pero creo que una limpieza a fondo será buena idea.

Me entregó el jabón con un brazo grácil.

Las heridas rezumaban un poco, seguramente de quitarse la camisa. Con un estremecimiento, pensé en lo rígida que se había sentado en el carroferril durante el trayecto de vuelta.

—¿Por qué no has dicho algo antes? —murmuré de nuevo.

—¿Qué habría cambiado? —Su voz sonaba monótona; lo había pensado bien—. No estaba lista para que me trataran las heridas ni para pasar la noche allí.

Con los ojos y la concentración fijos por completo en su piel, busqué una posible respuesta.

—Podríamos haber pedido una píldora de estasis en la clínica del Instituto o —porque eso me parecía excesivo incluso a mí— un analgésico, para que regresaras sin dolor.

Mossa bufó y luego siseó cuando el movimiento tiró de las heridas.

—No valía la pena tanto alboroto —respondió con desdén, aunque leve.

Mis dedos bailaron justo por encima de los puntos alineados de las garras: cinco en dos lugares cercanos a los hombros; cuando Mossa se inclinó, vi cuatro más en cada lado cerca de las caderas. Froté el jabón hasta formar burbujas y lo deslicé con toda la suavidad posible. No me demoré de un modo innecesario; me negaba a ello, aunque, mientras observaba los dedos deslizar las burbujas sobre su piel, pensé que la necesidad era un concepto borroso y controvertido.

—Tendremos que echarte unos pódulos desinfectantes —le dije con un tono encomiablemente uniforme. Me había empapado en la intensidad de las sensaciones. Intenté centrar la mente en cualquier otra cosa, pero descubrí que chocaba con algo que había dicho antes, para lo cual no había prestado suficiente atención: no había querido pasar la noche en el Instituto, aunque había sido idea suya; y, previo a eso, que la criatura estaba asustada, no cazando—. ¿Sospechas que alguien soltó el felino sobre ti a propósito?

Mossa se encogió de hombros y sus músculos se movieron bajo la punta de mis dedos, de mi tierna palma.

—Como has dicho, no me imagino que un animal se escape a

menudo, y menos los más grandes y peligrosos. Hay muchos visitantes ocasionales para que eso sea factible.

—Decidimos pasear por allí de improviso —dije despacio mientras reflexionaba.

—Pero debe de haber cámaras —arguyó Mossa—. En la estación y en la entrada a los senderos, en todo caso.

—Entonces ¿fue alguien del Instituto de Conservación? —pregunté con consternación.

—También podría ser alguien que nos viera físicamente. Nuestra partida y nuestro destino no eran ningún secreto. Si alguien nos observó fuera de los despachos, nos vería ir hacia los senderos. Aunque —añadió y, cuando mis manos le soltaron la espalda, se levantó y agarró una toalla— supongo que liberar a un animal sería más difícil para alguien que no mantuviera una relación estrecha con el Instituto.

—Por no mencionar que debía guiarlo hacia su objetivo —coincidí—. Creo que investigaré a les zoólogues que estudian felinos de ese tipo, solo para asegurarnos.

—Buena idea.

Mossa se giró hacia mí, envuelta en el suave material, y vi el cansancio en sus rasgos.

—Mejor seguimos después de descansar —le dije—. ¡Y de comer! ¿Qué te apetece?

Hizo un gesto de desinterés, pero recordé que, cuando en la universidad había enfermado o se sentía cansada, había preferido la sopa, y la laksa de ese edificio era especialmente buena. Pedí dos cuencos, le puse los pódulos desinfectantes sin permitir que mis dedos le rozaran la piel, le dejé prestada una bata y charlé sin cesar para mantenerla despierta hasta que llegase la comida. Solo consiguió terminar la mitad del cuenco antes de musitar algo y retirarse a su habitación. Yo me quedé despierta un poco más; observé los tentáculos de gas azotados por el viento y la humedad que envolvía la noche mientras reflexionaba.



Capítulo 6

Mi intención era permitir que Mossa durmiera por la mañana; de hecho, tenía planeado pedir de nuevo esos escones (pues recordaba que le gustaba la bollería para desayunar) para adelantarme a sus deseos. Como un capricho. Pero, cuando salí en silencio de mi dormitorio, ataviada con un batín, ella ya paseaba por el salón, vestida y nerviosa.

—Estoy preocupada —dijo cuando salí del pasillo.

—Ya veo —repliqué, procurando no sonar brusca—. ¿Desayunamos?

Mossa respondió con un gesto de desdén y pedí los escones de todos modos. Recordaba ese estado de ánimo de cuando éramos estudiantes (y nos manejábamos muy bien con menos horas de sueño y menos comida); los escones, por lo menos, se podían transportar en cierto modo si Mossa decidía marcharse a toda prisa a alguna parte.

—Si presuponemos que alguien del Instituto de Conservación nos azuzó al gato —me fijé en ese «nos»—, entonces la solicitud de información sobre Bolien alertará más a la persona, porque atraerá más atención. —Seguía paseándose. El fuego estaba encendido, pero con pocas llamas, y me acerqué para subir la temperatura contra el ambiente frío—. Ayer debería haber hecho algo, debería… —Apretó el puño.

—Un gato —dije, desvelando algunos de mis pensamientos de la noche anterior—, aunque sea un animal feroz y con garras, no es un método sólido de asesinato.

Mossa se detuvo y se giró hacia mí.

—¡Exacto! Fue un movimiento oportunista, quizá un aviso. Pero lo que ocurra después…

Sí, conocía ese estado de ánimo. La distracción era el único enfoque que, según había descubierto, funcionaba.

—¿Qué planes tienes para hoy?

Inesperadamente, Mossa esbozó una sonrisa.

—Fuego Lento, con suerte.

—Ah, sí —coincidí, y nuestras sonrisas se encontraron y quedaron atrapadas en esa comprensión total que compartimos en el pasado. Ni siquiera me importó cuando sonó la campana y fui sonriente a abrir el armario.

—Ah, qué idea más brillante, Pleiti —dijo Mossa con alegría cuando vio el plato—. Debo de estar hambrienta si ya estoy pensando en la cena. Pero responderé a tu pregunta con más seriedad. —Tomó un escón, lo espolvoreó con azúcar, lo agarró con cuidado alrededor de la capa dulce y luego mordió y masticó antes de seguir hablando en un tono más serio—. Tras pensarlo, me temo que deberemos retrasar

nuestra cena. Creo que cada vez es más urgente que regrese a la plataforma donde ese hombre desapareció. Aunque me gustaría intentar hablar con une geógrafe moderne antes de volver allí.

Asentí y tomé mi propio escón.

—Anoche le eché un vistazo al directorio. Tengo ideas sobre a quién contactar. Podemos concertar una reunión, o tres, en cuanto quieras.

Se me ocurrió, a pesar de la emoción de ser útil y capaz, que si Mossa regresaba a aquella plataforma era muy posible que encontrase la solución al misterio allí y se quedara sin motivos para regresar. Y quizá retrasásemos la cena hasta la próxima vez que tuviera un caso que implicase de manera tangencial mi profesión.

Esa misma idea debió ocurrírsele a ella, casi seguramente antes de que yo la pensara.

—Pleiti —empezó a decir, en el tono cauto de quien va a decir algo con un efecto impredecible, y entonces llamaron a la puerta.

Sentí que mis labios formaban una sonrisa innecesaria de disculpa mientras apartaba la mirada de Mossa y acudía a la entrada.

En el rellano estaba un conserje, Brez. Como todes les conserjes, era un trabajador de carroferril mayor al que le habían dado una sinecura por respeto a su edad y experiencia, pero, al pensar en ese trabajo fácil, no tuvieron en cuenta los tres tramos de escaleras en una gravedad un poco superior para la que se habían desarrollado sus músculos, y se apoyaba contra la pared con un ligero jadeo.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere entrar y sentarse? ¿Una taza de té?

Esperaba que me entregara el papel de un mensaje antes de aceptar o de negar con la cabeza y regresara abajo de nuevo, pero se irguió.

—Vino gente a verla. Investigadores.

—Investigadores —repetí como una tonta—. Ahora mismo tengo a una investigadora de visita.

—Sí, creo que, de hecho, han venido a verla a ella.

Les investigadores se habían quedado en la portería, lo que al

menos parecía indicar que no nos buscaban por la desaparición de un animal único en el mauzooleo, así que bajamos a verles.

El tiempo había empeorado, los vendavales cargados de humedad soplaban nieblas rojas, naranjas y pálidas por la atmósfera al otro lado de las ventanas, y el fuego en la portería estaba bien encendido. Les investigadores (había dos, una persona de complexión cuadrada y ojos grandes, y la otra más pequeña y rolliza) se habían acomodado en los sillones junto al fuego y no parecían dispuestes a marcharse. No les culpaba: esos sillones tenían tubos de calefacción en los armazones y eran maravillosos en un día frío. Aun así, se levantaron (primero la persona de estatura más baja) para saludarnos y se quedaron de pie hasta que les insistí en que se sentaran.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mossa. Habría pensado que les conocía, al comportarse de un modo tan directo e informal, pero podría ser así con cualquiera, sobre todo con ese humor.

—Esperábamos que pudiera ayudarnos, investigadora sénior —dijo la persona más alta, con un toque de humildad en el tono. Conseguí no dirigirle una mirada sorprendida a mi amiga; no me había dado cuenta de que había avanzado tanto, de que era tan respetada en su profesión. Tampoco me sorprendía que destacara, cualquiera lo habría sabido, pero me extrañaba ese reconocimiento sin reparos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con una brusquedad que, en ella, indicaba que se estaba repitiendo, o casi.

—Hemos encontrado un cuerpo —respondió la de menor estatura, con ojos hundidos de largas pestañas—. No en una forma óptima, dado el… —Señaló la tormenta del exterior—. Pero estamos bastante segures de que lo ayudaron a terminar con su vida.

—¿Aquí? —pregunté con precipitación, y les investigadores giraron sus miradas penetrantes hacia mí sin prisa. Mossa me tocó la mano.

—No es Bolien —dijo en voz baja—, sino Rechaure.

Eso sí que sorprendió a les investigadores, casi tanto como a mí.

—Discúlpeme, investigadora sénior —dijo la alta—. Seguro que es asunto suyo saberlo todo, pero ¿cómo lo ha sabido?

—Vimos su sitio anoche. No a él, no estaba visible. Aun así, sus

mantas y su cartel no deberían haber estado en el exterior en una noche como esa. Solía ir al albergue de Blinkstart cuando las tempestades empeoraban. Tendría que haberlo sabido, tendría que haber ido a mirar anoche.

Abrí la boca para recordarle que la habían herido, pero incluso mientras se echaba la culpa tuvo el aplomo suficiente para dirigirme una mirada de advertencia y me callé. Sentí un nudo absurdo de calor fundirse en mi interior al pensar en su debilidad, un secreto entre nosotras; sin embargo, cómo no, ella también había intentado ocultármelo. Solo me enteré porque no pudo esconderlo más tiempo.

—¿Dónde encontraron el cuerpo? —prosiguió Mossa, más espabilada. Les investigadores intercambiaron otra mirada y ella hizo un gesto brusco de desdén—. Si lo hubieran encontrado en sus mantas, en su sitio habitual, habrían tardado más en determinar que la causa de la muerte no fue la tormenta.

—Cierto —dijo la persona de ojos hundidos con un suspiro—. Encontraron el cadáver en la estación de carroferriles.

—¿En cuál? —espetó Mossa, casi antes de que la otra investigadora terminara.

—En la principal —respondió, un tanto sorprendida por su vehemencia—. Estaba en la sala de espera, tendido en uno de los bancos. Fractura craneal.

—¿Sangre?

—No la suficiente para que ocurriese en el banco.

Mossa asintió despacio.

—Bueno. —Se giró hacia mí—. Lo siento, querida Pleiti, pero parece que tendré que echar un vistazo. Diría que, al final, no viajaré esta noche. ¿Puedes reservar para la cena? Espero que puedas terminar esa investigación de la que me estabas hablando. Ya me pondrás al día cuando nos veamos luego.



Capítulo 7

Ojalá mis aposentos tuvieran sillones climatizados.

Ojalá tuviera un trabajo importante que requiriese mi atención inmediata.

No, eso no era justo. No había nada más importante que mi trabajo, pues era un paso necesario y vital para reclamar la Tierra. Pero yo tan solo era una molécula minúscula en ese esfuerzo masivo, mientras que Mossa parecía fundamental e irremplazable en su labor.

La tormenta se desataba al otro lado de las ventanas y esparcía polvo y nubes rotas por los callejones huracanados entre los edificios. Mejor estar dentro que fuera. Pero Mossa no estaría al aire libre, ¿verdad? Imposible captar pistas incluso con su mirada aguda con ese tiempo. Sí que estaría seca, aunque no caliente, en la morgue (¿dónde se hallaba la morgue en Valdegeld? ¿Quizá en el hospital? ¿En las oficinas de les investigadores?) o a lo mejor en la estación, donde habían encontrado el cuerpo. Allí había muchas corrientes debido a los huecos en cada extremo para que pasaran los carroferriles, y hasta haría frío en la sala de espera donde habían hallado a Rechaure.

¿Por qué querría matar alguien a Rechaure? Había sido un elemento fijo en Valdegeld desde nuestros días de estudiantes, incluso desde antes. Se rumoreaba que había sido un académico, quizá un catedrático, antes de que un fracaso académico o moral lo echase de la institución y lo obligase a rondar su querida universidad por las calles que la atravesaban. Otras personas decían que había abandonado la academia por voluntad propia, furioso o vanaglorioso o esgrimiendo alguna autoridad ética que no le permitía seguir allí y que lo empujó a soltar diatribas por las esquinas sobre el fin del mundo. Yo ni siquiera sabía si el fin del mundo era su especialización o si había sido un académico de Historia. Quizá nunca se había relacionado con la universidad, quizá procediera de una de las múltiples tiendas y familias que mantenían la institución y a sus habitantes, o quizá había llegado un día desde otra parte y había hallado la oportunidad de gritar a les jóvenes consentides y a gente mayor algo menos consentida.

Pero siempre había estado allí, siempre había dicho lo mismo. ¿Por qué iba a matarlo alguien ahora?

Mis ojos vagaron hacia la ventana. Tenía el trabajo delante de mí: el texto, los mapas superpuestos, los números y, clavados en la parte posterior de mi zona de trabajo, imágenes de cada animal y planta representados en esa historia. Pero no dejaba de mirar una y otra vez hacia la ventana, aunque solo pudiera ver las serpientes de niebla pálida y reluciente.

Bajé la interfaz un rato más tarde y me levanté para pasearme por la habitación. Mossa había sugerido, por lo menos, que regresaría, aunque me resultaba demasiado fácil imaginarla, obstinada e intensa, siguiendo el rastro de una pista. Sin embargo, había dicho… había dicho que, de hecho, debía reservar para la cena. Miré el reloj, agarré la chaqueta (en un día como ese era necesaria incluso en la escalera) y bajé de nuevo a la portería.

Las transmisiones inalámbricas que existían en la Tierra eran imposibles en esa densa atmósfera, y la mayoría de comunicaciones entre plataformas se realizaban por mensajes entregados en mano. Había líneas de telégrafo en los raíles, sobre todo en los anillos principales, pero no eran muy fiables en esa atmósfera corrosiva y el violento temporal arrasador. Sin embargo, en plataformas grandes como Valdegeld, solía haber líneas telefónicas, la mayoría almacenadas bajo tierra entre las calles y las propias plataformas. En mi edificio había un teléfono fuera de la portería. Tuve que esperar mientras Lessenan, una académica en Química Clásica con un gato tuerto y gusto por la música alta, terminaba una conversación (a gritos, aunque, por lo que oí, no sonaba enfadada, así que fue cosa del viento o de su tímpano desgastado).

Mientras aguardaba, comprobé el tablón de anuncios junto a la cabina del teléfono. Cuando hube examinado todos los reclamos generales (una donación de libros usados, aunque un poco oxidados, para recién llegados; un anuncio del decano de Modernas sobre un festival «para celebrar nuestra única y gigantesca forma de vida», que leí sin querer en el tono sarcástico y resentido típico de aquellas personas cuyo departamento siempre era una nota al pie; el menú de la cocina del edificio para la semana siguiente), añadí la capa del departamento de Clásicas. El decano (alentado, sin duda, por el rector) había subido un aviso sobre los nuevos trámites para reservar potencia computacional; yo ya los había leído y tildado de innecesarios, pero seguían siendo obligatorios. El rector de la Universidad (alentado, sin duda, por el decano) se había dignado a alabar un monográfico reciente que bosquejaba un mapa biológico parcial de la isla de Tasmania, entre 1912 y 1920. Y la cantina de Clásicas (seguramente alentada por los dos avisos anteriores) ofrecía un especial en bebidas fermentadas, dos por una.

—Ah, hola, Pleiti —bramó Lessenan al salir de la cabina—. ¿Qué tal estás? ¿Has visto algo bueno últimamente?

Las dos éramos aficionadas de la escena teatral amateur de Valdegeld y de la ópera profesional cuando nos la podíamos permitir; de vez en cuando quedábamos para asistir juntas a una representación. Era muy agradable y Lessenan me caía bien, pero en ese momento estaba desesperada por evitar cualquier embrollo que me separase de Mossa durante su breve (si acaso no había terminado ya) visita.

—Poca cosa —respondí con toda la alegría de la que fui capaz—. ¿Nos vemos en la coral el martedía?

Y me agaché para entrar en la cabina antes de que pudiera responder.

Pude contactar con Fuego Lento sin demasiada dificultad, y aún tenían mesas disponibles para más tarde esa noche. Colgué el auricular, pero no me animaba a regresar a mi habitación vacía y proseguir con mi trabajo. ¿Qué había dicho Mossa? «Terminar esa investigación de la que me estabas hablando…», sin embargo, no le había hablado sobre mi investigación, al menos nada en concreto, y desde luego no sobre cualquier artículo corto que pudiera terminar.

Chasqueé los dedos y subí corriendo las escaleras hasta la habitación para repasar el directorio de la universidad: Geografía Moderna. Había sido una petición de ayuda; sí, se la habían llevado para encargarse de ese nuevo incidente, ya que les investigadores locales le tenían mucho respeto, pero obviamente no quería abandonar el caso de Bolien. Apunté las posibilidades más seguras y luego corrí de nuevo hacia abajo (al menos estaba haciendo ejercicio, a pesar de la tormenta) para llamar a la puerta de la conserjería. Seguía siendo el turno de Brez y lo miré con vacilación mientras le entregaba mi manojo de mensajes.

—Siento pedirle que salga con este temporal tan horrible —empecé a decir. Me pregunté si debía llamar en vez de enviar un mensaje, pero intentar encontrar a alguien en sus aposentos u oficinas siempre era incierto.

Él se rio.

—¡No se preocupe! Mucha gente va y viene, incluso en esta mísera tormenta. Ya sabe que, si nos detuviéramos cada vez que sopla

viento, no iríamos a ninguna parte. Encontraré a alguien que vaya en la dirección correcta, no se preocupe.

Le di las gracias y regresé a mis aposentos. Tras contribuir a la investigación de Mossa, se me antojaban mucho más cómodos y mis cálculos más prometedores.



Capítulo 8

Mossa regresó unas horas más tarde, una ráfaga de energía que entró en la habitación como traída por la tormenta.

—Bueno —dijo—. Bueno, bueno, bueno. Siento haberte abandonado todo el día, Pleiti, pero la necesidad apremiaba. —Parecía cansada y por el patrón de su rostro deduje que las heridas de la espalda le dolían, la habían agotado durante un tiempo y, aun así, también se sentía sin duda complacida consigo misma y eso la sustentaba como nada más—. ¿Has podido hacer lo que te pedí?

—Es normal que tuvieras que ir a trabajar, Mossa. No te preocupes. Y sí, he hecho la reserva para dentro de… ah, poco más de una hora. Hay tiempo para que descanses un poco.

Ella no quería descansar, por supuesto.

—¿Y lo otro? ¿Has…?

—¿Le geógrafe moderne? —Aguardé a que asintiera; le relucía la mirada—. Hay tres posibilidades disponibles mañana para visita. Repasaré sus cualificaciones contigo y puedes elegir. Pero, por ahora, permíteme echar un vistazo al vendaje, ya que supongo que no has pedido a ningune médique que te mire la espalda.

Mossa me apartó.

—Estoy bien, estoy bien, pero ¿te importa pedir té? ¡Qué frío ha hecho!

Frotó las manos junto al fuego, casi riéndose a carcajadas.

—Espero que me lo cuentes todo —dije, con pocas esperanzas de que no lo hiciera. Quería enterarme, claro, y más que nada quería que ella me lo contara; no obstante, ansiaba sobre todo tratar los arañazos feroces de su espalda y, quizá, sentarnos y tomar algo o hacer lo que fuera para rebajar la tensión de sus hombros. Al parecer, la solución era té, así que, obediente, lo pedí junto con unas galletas.

Las palabras ya salían rebosantes de su boca.

—… el estado del cuerpo, como es natural, no era deseable… —Fui a buscar un paño y, con un gesto distraído de consentimiento, alzó la parte trasera de la camisa mientras hablaba—. … por la humedad, y nadie sabe cuánto tiempo pasó allí desatendido, aunque sospecho…

En ese punto tan interesante nos interrumpió, por segunda vez ese día, una llamada en la puerta. Exhalé con un fastidio punzante; no sabía si podría conseguir que Mossa me permitiera mirar de nuevo sus heridas con tanta facilidad. Por lo menos, una rápida evaluación me permitió comprobar que no se había producido casi ningún nuevo sangrado y no había una infección obvia alrededor del vendaje. Dejé que se remetiera de nuevo la camisa y fui a abrir la puerta.

Era un conserje; no Brez, que ya se habría marchado, sino uno escuálido que acababa de empezar y solía trabajar mientras yo dormía, con lo que aún no había aprendido su nombre. Pero lo peor

era que había un hombre tras él, grueso y con una extensa presencia. Se suponía que les conserjes no debían permitir que subiera nadie hasta que hubiéramos dado nuestro consentimiento, aunque a veces se saltaban esa norma por las escaleras.

—¿Sí? —pregunté con frialdad.

El conserje se removió un poco.

—Perdóneme. Ha dicho que pidió reunirse con él.

Dejé que mis ojos fueran subiendo para encontrarse con la mirada del otro hombre y él dio un paso adelante enseguida con la mano extendida para saludar.

—Viken Porbal, del departamento de Geografía Moderna. Me ha enviado una nota y resulta que pasaba por aquí…

Aún me estaba resignando a tocarle la mano cuando Mossa apareció a mi lado con el abrigo puesto.

—¡Ah, así es! Profesor Porbal. Qué amable que haya venido a vernos. Quizá podamos hablar en la sala común —añadió. No era una pregunta. Mossa apuntó su intensidad hacia el portero, que se amilanó.

—Está, eh… —dijo—. Creo que, eh…

—¿La están usando? —pregunté con brío, captando la indirecta —. Bueno. Pues iremos a la sala de juegos o a la biblioteca. Encontraremos un lugar tranquilo.

Dejé que Mossa pasara a mi lado y cerré la puerta antes de seguir al conserje compungido en un recorrido por los espacios públicos de mi residencia bastante angosta.

La biblioteca no se hallaba vacía por completo, pero Mossa exclamó, con genialidad, que, en cualquier caso, no íbamos a hablar sobre asuntos demasiado privados y se sentó en una mesa en una esquina desocupada. Yo me senté de inmediato a su lado, con lo que Porbal no tuvo más remedio que acomodarse frente a nosotras.

—Siento si me he entrometido —dijo. Su mirada pasaba de una a otra—. Quizá sea un horario extraño, pero como me venía de paso… Aunque, si prefieren, podemos vernos mañana.

—Ah, no, no —respondió Mossa con gran jovialidad—. Quería conseguir la información cuanto antes, así que agradezco que haya venido. Muy amable por su parte.

Él soltó un gruñido quedo, como si no supiera si creerla al pie de la letra (yo no lo habría hecho) y luego recuperó su entusiasmo.

—¿En qué puedo ayudarlas?

Mossa sacó un mapa del carroferril (el mío, me fijé) del bolsillo de su abrigo.

—Tenemos motivos para creer que alguien saltó de la plataforma de esta estación —dijo, con la punta del dedo un poco alzada para señalar el borde nororiental de la red aglomerada de plataformas humanas—. Eso o lo empujaron. —Porbal hizo una mueca y Mossa asintió—. Exacto. Entre ambas posibilidades… Bueno. Quiero descubrir si hay un motivo concreto por el que alguien pudiera elegir esa plataforma para, eh… despedirse, por así decirlo.

Porbal chasqueó la lengua.

—Saltó, qué triste. Y horrible. Supongo que el hombre tendría sus motivos, aunque solo los guardase en su mente.

Me fijé en la presuposición del género, igual que en el énfasis repentino de Mossa en el suicidio, pero, nada más comenzar ese extraño encuentro, decidí mantener las manos sobre el regazo y los ojos en las manos cuando no los tenía bien fijos en el mapa.

—En cuanto a la plataforma… —Por lo que vi entre mis pestañas, el geógrafo hizo todo un espectáculo de examinar el mapa—. Es obviamente la más oriental en esa línea, pero seguro que se ha percatado de eso. Hay personas con ciertas creencias sobre los bordes del mundo conocido, en una dirección y en otra. Aisladas, por supuesto, y más en las estaciones de otras líneas que se encuentran más al este.

—Quizá solo sea eso —dijo Mossa con afabilidad e hizo amago de levantarse.

—Sin embargo —la interrumpió Porbal, demasiado engreído para apresurarse a mantener su atención—, también podríamos considerar las corrientes. —Sacó un aparato de un bolsillo interno, le dio unos golpecitos, gruñó y lo presionó unos segundos—. Mmm, sí. Verá, sabemos que alguien que salte de una plataforma es probable que

llegue, más pronto que tarde, a una profundidad del planeta que verá sus restos mortales completamente aplastados y compactos. Por supuesto, a esas alturas la persona habrá muerto congelada. Pero es cierto que los fuertes vientos y las fuerzas circundantes, sobre todo fuera de nuestros raíles, llevarían a alguien en distintas direcciones, y es fácil para una persona amateur, por ejemplo, calcular dónde acabarían sus restos si saltase de un punto en concreto, para que los engullese la Gran Tempestad. —Se encogió de hombros con desdén—. No ocurriría así, por supuesto. Tampoco veo por qué debería importar. Pero si alguien se halla al borde de saltar de una plataforma, entonces puede que encuentre significado en esos detalles.

—Comprendo —dijo Mossa con aire pensativo—. Quizá esa sea la clave. Muchísimas gracias. ¿Le importaría enviarme esos cálculos?

—Por supuesto —dijo. La imitó y se puso en pie. Nos despedimos de él en la puerta y regresamos a mis aposentos.

—Y ahora el té se habrá amargado y apenas hay tiempo para que descanses antes de la cena. Pero espero que haya respondido a algunas de tus preguntas.

Lo dije mirándola de refilón; estaba bastante segura de que las respuestas que buscaba del profesor Porbal no eran las que le había pedido de forma directa.

Mossa me dirigió una sonrisa.

—¡En efecto! Aun así, podemos hablarlo más tarde. Por ahora, la experiencia sensorial de Fuego Lento será suficiente descanso y sosiego para mí. Será mejor que nos marchemos.

Yo ya le estaba tirando con suavidad de la camisa; tras comprobar que las heridas no habían empeorado y tras un té tristemente apresurado, dejé que me sacara a la noche.



Capítulo 9

Fuego Lento se hallaba, muy insólitamente, en el centro de un pequeño pero denso bosque. La propietaria había comprado tierra y retoños para cultivar las especies de árbol de leña que creciesen más rápido, todo en su pequeña parcela asignada en la plataforma de Valdegeld. Unos senderos minúsculos entre los árboles conducían a un edificio esbelto, donde le visitante encontraba una chimenea larga, terminada y cerrada en parte con distintas configuraciones en su longitud para conseguir una eficiencia óptima a la hora de emprender distintas formas de cocinar con leña. Las mesas seguían el hogar y

mantenían el edificio largo, angosto y también caliente. El menú cambiaba sin cesar, aunque en general incluía al menos uno de los productos cultivados con cuidado en el minúsculo bosque: colmenillas, musgo o jengibre silvestre. También había vino, aunque no procedía, por desgracia, de los viñedos locales, pues estos se hallaban todavía más allá de toda posibilidad. Mossa optó por tomar licor de acedera fermentado y enriquecido con cedro, y yo la acompañé.

Ninguna hizo amago de hablar hasta después de la sabrosa sopa con hierbas, pero una vez calentada y alimentada, descubrí que mi mente repasaba la extraña entrevista que acabábamos de mantener y dije:

—Me imagino que aún querrás hablar con une geógrafe moderne mañana. ¿Para una segunda opinión, quizá?

Mossa soltó una carcajada aguda de sorpresa.

—Te has fijado, ¿eh? —Sacudió la cabeza, sin dejar de reírse—. Ese profesor estaba muy ansioso por hablar con nosotras.

—Supongo que… —empecé a decir, con la intención de preguntarle si se inclinaba a creer que la desaparición de Bolien se trataba de un suicidio, pero sus ojos recorrieron la larga sala; bajé la voz y ajusté la pregunta—. ¿Hoy te ha ido bien en el trabajo?

Sus ojos relucieron por encima del borde de la copa.

—Ha sido sugerente, muy sugerente. Por desgracia —ella también bajó la voz y, con el crepitar del fuego tan cerca, supe que nadie nos escucharía—, creo que es muy posible que le asesine de Rechaure ya haya huido…

—¡De ahí la importancia de la estación! —exclamé, aunque me acordé de hacerlo en voz baja.

—Sí… —respondió Mossa despacio—. No es importante solo por eso. Pero sí, creo que le malhechore se marchó en carroferril poco después de asestar el golpe letal al pobre desgraciado. Sin embargo, albergo la esperanza de que podamos localizarle.

—Bien hecho, pues —dije. Alcé la copa hacia ella, aunque lo cierto era que ese «podamos» me abatía. Pensé que echaría un vistazo rápido a ese caso antes de retomar su auténtico objetivo, el caso en el que podía ayudarla; el verbo en plural sugería que seguiría ayudando a les otres investigadores.

Guardamos silencio mientras quitaban y reemplazaban los platos.

—Aunque —añadió Mossa, regresando de repente al tema anterior—. No sé si iremos a ver a le geógrafe moderne enseguida.

—Pero pensé que…

—Es cierto que he preferido no plantear mis preguntas al… al académico que hemos visto hoy. Pero me preocupa que nos falte información del Instituto de Conservación. Mañana tendremos que volver.

—Ah —dije, un tanto desconcertada.

Sería buena idea investigar el ataque del felino; quizá ese fuera su objetivo. ¿O a lo mejor esperaba que aparecieran nuevas pruebas sobre los quehaceres de Bolien allí, antes de su fatídico trayecto en carroferril y posterior desaparición? En cualquier caso, Mossa no parecía inclinada a hablar más en el restaurante; aunque había despertado mi curiosidad, seguramente sería lo más prudente, así que nos quedamos en silencio durante la mayor parte de ese plato.

—Háblame sobre tus estudios —dijo Mossa. Hablaba despacio, como si el alcohol la afectase, o quizá las heridas y el cansancio—. Sé lo que haces, claro, pero…

La miré sorprendida. No era propio de Mossa sugerir lagunas en sus conocimientos, a menos que intentase sonsacar información a alguien.

—No tienes ni idea de lo que hago, ¿verdad?

—Usas documentos Clásicos para analizar los antiguos ecosistemas de la Tierra, con la esperanza de…

—Con la esperanza de que podamos determinar el equilibrio correcto de organismos en uno de nuestros primeros experimentos —concluí—. Correcto. Mi proyecto en concreto…

—¿Por qué…? ¿Qué significa eso exactamente?

La miré de nuevo. ¿No lo sabía? ¿O estaba intentando mostrar interés en mi trabajo aunque no lo sintiera?

Mossa gesticuló.

—Sí, siempre se ha hablado de eso, del gran proyecto de Clásicas.

Pero ¿por qué es tan importante acertar en la combinación? Los ecosistemas se adaptan, ¿verdad? Bueno, no siempre, claro. —Eso era imposible de negar—. Pero ¿no suelen equilibrarse? ¿Por qué debemos ser tan exactes?

—Mm —dije, pensativa. Era cierto que ese punto básico se daba por sentado a menudo y podía confundir a la gente externa—. Aunque un ecosistema no sea viable a la larga, aunque no se pueda ajustar lo suficiente para encontrar el equilibro, pueden pasar décadas, o siglos, hasta que se extinga, ¿verdad? Y si intentamos modificarlo para que sobreviva, es más complicado que empezar de cero. Y cualquiera de esos métodos es más rápido que plantar microorganismos minúsculos unicelulares y esperar a que pasen milenios hasta que todo se desarrolle. Así que nuestra esperanza es que, si podemos imitar un ecosistema equilibrado que existió antes en la Tierra, que fuera relativamente sostenible mientras la humanidad no fuera horrible —las dos hicimos una mueca y luego bebimos por ese matiz—, entonces podremos regresar mucho antes.

—Sí, eso está claro —coincidió Mossa—. ¿Y qué decías de tu proyecto en concreto?

—Ah, sí. Yo estudio las islas británicas a mediados del siglo xx. Ahora mismo estoy trabajando en un libro muy útil sobre conejos y sus aventuras. Hay una gran cantidad de descripciones sobre la flora y la fauna en una zona muy delimitada y fácil de localizar. Es un material asombroso, sorprendentemente útil para nosotres. Y lo más increíble es que este libro (fíjate en que es narrativa y que quizá estuviera dirigido a niñes) tiene páginas y páginas donde se mencionan, ay, distintas flores y pequeñas criaturas, y el autor da por sentado que cada organismo al que alude resulta familiar a les lectores. Casi no describe nada porque se imagina que quien lo lea ya lo conocerá. —Sonreí al ver que Mossa se estremecía un poco—. Así que minamos el libro para extraer todos los datos que podemos sobre dónde vivían las distintas especies y cuántas eran y cuál era su relación… ¿Te haces una idea de la cantidad de plantas que comían los conejos silvestres? Y a continuación lo cotejamos con otros libros que sean más o menos de la misma época y lugar. Y luego repetimos este proceso una y otra vez, y de esta forma nos hacemos una idea…

—De cómo recrear un ecosistema completo, o miles, en vez de esperar a los muchos fallos de la evolución.

—Aunque, cómo no —proseguí, pues ese tema siempre me entusiasmaba—, combinaremos nuestros hallazgos con los que hagan

les biólogues teóriques, por ejemplo, y les geólogues forenses y todo eso.

—Encomiable —musitó Mossa. A través de la calidez que me había aportado su respeto, la miré con cierta preocupación: casi arrastraba las palabras y pensé que estaría más cansada de lo que había imaginado.

—Quizá deberíamos saltarnos el postre —sugerí, aunque aguardaba con mucha esperanza la prometida tarta.

—Tonterías —respondió Mossa, animándose—. Que exprese mi admiración por tus valiosos esfuerzos no significa que esté alucinando, Pleiti. —Permití que la duda se mostrase en mi rostro, más para tomarle el pelo que por otra cosa, y, tras unos bocados, añadió—: ¿Tan egocéntrica era durante la universidad?

—Eres lo que eres —dije, aunque debo admitir que, en la universidad, esa no había sido mi actitud—. Tu intensidad, tu atención inquebrantable… Sí, a veces pueden ser, eh… Pueden ocultar ciertos detalles. Pero, cuando una es el centro de esa intensidad…

Me detuve de repente, consciente de que estaba acalorada y con la esperanza de que la luz rojiza del fuego sobre mi cara escondiera el flujo exacerbado de la sangre por mis venas.

—Hace poco se me ocurrió —dijo Mossa tras una pausa— que quizá debería dirigir mi atención de un modo más deliberado.

Quitaron de nuevo los platos, lo que me dio tiempo para absorber la idea de que Mossa también consideraba sus interacciones de un modo distinto de cuando éramos estudiantes. Con cierto alivio, vi que las nuevas fuentes contenían la ansiada tarta; ya estábamos en el último plato.

—El trabajo es… más fácil —añadió—. En parte, quiero decir. Los informes, la… la consideración en medio de un caso…

—Porque no implica lidiar con gente —coincidí mientras daba un bocado.

Mossa se me quedó mirando.

—¿Lo entiendes?

Me reí, sin poder evitarlo.

—Mossa. Me paso el día leyendo libros escritos por personas que llevan mucho tiempo muertas y tratan sobre un planeta sano que rebosaba de plantas y animales. Sí, también es escapista y antisocial.

Farfulló una carcajada, pero se detuvo de repente, mirándome como si le hubiera dado una idea.

—¿Qué? —pregunté, pero ella sacudió la cabeza y se apresuró a tomar otro bocado.

—Volvamos —fue su única respuesta.

— oOo —

Insistí en que se bañara de nuevo, pero no me atreví a entrar en el baño; o fue capaz de lavarse sola los arañazos o pensó que no era necesario, porque no me llamó. Sí que me permitió echarles un vistazo después de salir húmeda y caldeada con mi bata de repuesto. Bajó las mangas por los hombros para que pudiese mirar; los puntos oscuros donde se habían hundido las garras estaban limpios y uniformes, sin decoloración ni hinchazón. Me quedé sin excusas para tocarla.

—Serán unas cicatrices maravillosas —dije, ya que no se me ocurrió nada mejor, y enseguida me regañé por soltar un comentario tan banal (el peor pecado para Mossa) y demasiado personal (el segundo peor, con toda probabilidad) a la vez.

Pero me sorprendió cuando aquello no la molestó.

—¿Eso crees?

Estiró y retorció la espalda, como para mirarlos; los músculos se flexionaron y ondearon bajo su piel.

—Ah, sí —conseguí decir mientras hacía unos gestos absurdos en el aire, como para pintar las cicatrices—. La simetría casi exacta, el eco animal que resuena con nuestros miedos epigenéticos… Bueno, tengo un espejo en mi dormitorio, por si quieres mirarlas.

Yo no había colocado el espejo en mi dormitorio (al seguirla hacia la habitación, se me ocurrió que podría considerarlo vanidoso), pues los aposentos ya estaban amueblados cuando me mudé y nunca pensé en trasladarlo. A Mossa no pareció importante, aunque, en cualquier caso, le costó verse la espalda al completo.

En otra persona, habría considerado aquello como coqueteo, pero

si Mossa me quería de nuevo, lo habría dicho, o habría hecho algo, como extender la mano hacia mí al girarse del espejo para pedirme permiso justo antes de que su boca se encontrase con la mía…

Y, en cambio, se encogió tras unos momentos de mirar con esfuerzo por encima del hombro y pasó a mi lado de camino a la puerta.

Pensé que ya había salido y solté la mitad de todo el aliento que contenía cuando habló desde el umbral.

—Pleiti… Espero que mi presencia aquí no interrumpa demasiado tu trabajo.

—Claro que no —respondí sin pensar, pero ella siguió hablando.

—Si puedes dedicarle tiempo, agradecería mucho tu ayuda en este asunto. Incluso diría que es… invaluable.

La miré con fijeza durante unos segundos.

—Será un placer, claro —dije como una necia y sus cejas se arquearon—. Vale, lo estoy disfrutando —añadí, abandonando toda cortesía—. Es un cambio respecto a mis jornadas habituales y me resulta fascinante. De verdad.

Mossa asintió y se marchó. A mí me costó más apartar la mirada de la puerta y, mientras me desnudaba y durante gran parte de la noche en la cama, me pregunté si me equivocaba. Seguro que no me usaría ni jugaría con mi afecto para que la ayudara, ¿verdad? No, Mossa sabría que no era necesario; podía ser desconsiderada, pero no cruel sin motivo. Entonces ¿me equivocaba en otra cosa? ¿Quizá Mossa no se decidía a decir lo que quería?

¿O acaso todo pasaba inadvertido para ella? Eso encajaba más con su carácter según lo entendía yo.



Capítulo 10

Por la mañana, mientras tomábamos los ya tradicionales escones y té, repasamos los atributos de les geógrafes modernes que habían ofrecido sus servicios si acudíamos a sus despachos.

—Creo que debemos regresar primero al Instituto de Conservación —dijo Mossa—, pero a lo mejor tendremos que hablar con une de estes académiques más pronto que tarde, así que vale la pena ponerles en orden para saber a dónde ir.

—Pero antes de salir hacia el mauzooleo —dije, aprovechando que estaba distraída con un escón—, ¿puedes decirme qué quieres descubrir? Visto que la reunión de ayer fue todo un engaño.

A lo mejor no era apropiado que me revelase los detalles, ya que yo no era investigadora; no obstante, como la estaba ayudando en el caso, seguro que podía darme ciertos parámetros.

—Quizá sea mejor —respondió, tragándose el bocado— que te cuente lo que descubrí ayer sobre el asesinato de Rechaure.

No sabía cómo eso podía ser útil, o incluso ético, ya que no era el caso en el que la ayudaba, pero no quería que cambiase de idea y no me contase nada, así que guardé silencio y serví más té.

—Me llevaron primero a la estación, para ver dónde lo encontraron. Ayer hizo un día de perros, con mucho viento y frío en la estación. Las ráfagas relucientes de niebla elemental entraban en todas partes. La sala de espera, como bien sabes, solo está un poco más resguardada que la plataforma.

Asentí con una mueca; si podía, siempre evitaba la sala de espera, ya que prefería llegar justo antes de que el carroferril de mi elección partiera. Por un lado, porque seguro que veías a tu tutore (en nuestra época de estudiantes) o a une colega con quien no querías hablar, y te pasabas una eternidad con elles; y, además, porque era un lugar lúgubre.

—Sin embargo, casi nunca está vacío, aunque en las horas más oscuras de la noche puede haber poca gente. De hecho, parece poco probable que asesinasen a una persona allí, como les investigadores concluyeron por sí soles debido a la escasez de sangre. Propuse que les culpables (dos personas, quizá, aunque una única persona fuerte podría haberlo hecho también) mataron a Rechaure en otro lugar y lo trajeron a la estación fingiendo que ayudaban a un amigo borracho o dormido. ¡Y, aun así, fue arriesgado! Si lo hubieran traído desde su esquina habitual, habría sido un riesgo extremo. Concluí que Rechaure no estuvo allí. ¿Y dónde, si no? Como sabía que acostumbraba a ir a un albergue cuando hacía mal tiempo, fui a preguntar.

—¿Y se hospedó en él?

A pesar de su narración seca y tortuosa, me descubrí enganchada al relato.

—¡Pues resulta que anoche estaba cerrado!

—¡Así que no pudo ir allí! ¿Fue un cierre inesperado o él lo sabía?

—¡Una pregunta excelente, Pleiti! —Mossa me estudió con la mirada y sentí que se me calentaba el rostro—. ¿Sabes? Creo que desperdicias tu potencial en esas cuestiones sobre los ecosistemas antiguos. —Intenté farfullar algo sobre la premura de mi trabajo y cómo sus talentos, de hecho, estarían mejor invertidos en… Pero ella seguía hablando—: El albergue llevaba unos días de reformas. Esperaban haber terminado dos días antes, pero no.

—¿Así que quizá supiera que era una posibilidad?

—Sí que lo sabía, sí. Acuérdate de la otra incongruencia, que dejó sus pertenecías (las mantas, el cartel), en la esquina. Eso me pareció inverosímil si esperaba estar en otra parte toda la noche y todo el día. Resulta que pude hablar con una recepcionista del albergue que había visto a Rechaure y le había informado de que no podía quedarse allí. —Mossa hizo una pausa—. La turbó mucho enterarse de que lo habían asesinado más tarde, y sin refugio.

—¡Como es lógico!

—Tampoco podría haberlo sabido. Y fue de gran ayuda. Al parecer, después de enterarse de que el albergue seguía cerrado, se marchó por Blinkstart, pero no por donde había venido, sino en dirección contraria. La mujer estaba bastante segura de que giró en Weilo.

—Como si se dirigiera a la estación —exclamé.

—Exacto. Quizá pensó que la sala de espera era su mejor opción para la noche, aunque, en ese caso, creo que habría ido a recoger sus mantas. Lo más probable es que quisiera confirmar el horario de los carroferriles o algo por el estilo.

—¿Y luego?

Sentí un escalofrío al preguntarlo. Pues claro que la recepcionista del albergue se había turbado al descubrir que lo habían matado. Yo también me había entristecido. Y, aun así, me había parecido en cierto modo lejano, pero ese cuidado desenlace de sus últimas horas y las decisiones que lo condujeron a su muerte acortaban la distancia.

Mossa tamborileó los dedos.

—Me parece que se encontró con alguien en la plataforma, o

reconoció a una persona, por decirlo de algún modo. Y esa fue su perdición. —Masticó el último bocado de escón, dio un trago rápido al té y se levantó—. ¡Venga! Debemos ir al Instituto de Conservación antes de que sea demasiado tarde.

— oOo —

De camino a la estación, eché un vistazo a la vieja esquina de Rechaure y vi que habían quitado sus posesiones; luego aparté la mirada, sintiendo una oscura culpabilidad. ¿Por no saber tanto sobre él como Mossa? ¿Por mirar con curiosidad en vez de compasión? ¿Por no sentir tanto esa pérdida como debería?

Una vez más, teníamos a nuestra disposición todo un vagón. Podría haberme parecido repetitivo regresar de nuevo al mauzooleo, pero la atmósfera entre nosotras había cambiado. En la última visita, me sentía rígida, insegura; ahora, aunque tampoco sabía cómo de cerca me quería Mossa, habíamos recuperado la vieja comodidad de nuestra época universitaria. Me relajé en el asiento mientras observaba la niebla por la ventanilla. Como la tormenta había pasado, pude discernir un tenue brillo que se abría paso por las capas de nubes finas que aún cubrían el cielo. Ladeé la cabeza contra el cristal para mirar hacia arriba, y hasta pude distinguir el filo creciente de Europa reluciendo en la oscuridad.

En el edificio de administración, Mossa pidió una reunión con Cyla, pero, cuando nos llevaron a una sala, Cyla llegó acompañada de un hombre con una barba rala y sentí que Mossa se ponía alerta a mi lado. Se presentó como Frefor, director operativo, y apenas había terminado de hablar cuando Mossa intervino.

—¿Qué ha desaparecido? —Frefor y Cyla intercambiaron una mirada, y la frustración de Mossa aumentó—. Algo ha desaparecido y se han dado cuenta desde la última vez que hablamos. ¿O hay otro motivo por el que merezcamos la atención de la alta esfera?

Frefor era uno de esos hombres que siempre debe producir un sonidito antes de hablar, como una pista de aterrizaje corta para que despegasen sus pensamientos.

—Queríamos disculparnos con usted por la situación con el caracal y ponerla al día sobre su…

Mossa hizo un gesto de desdén.

—¿Han recuperado al animal? ¿No han descubierto a le

responsable? Muy bien, podemos hablar de eso más tarde y, si tienen alguna prueba, estaré encantada de examinarla, pero es más urgente la pregunta sobre qué más han perdido.

Con una mueca de indignación, Frefor miró a Cyla, que parecía mucho más tranquila; ella lo ignoró y respondió:

—Me temo que es cierto. Han desaparecido varios especímenes.

—¿Animales vivos no? —replicó Mossa, por encima de mi grito ahogado (había esperado… no sé el qué, pero un robo del mauzooleo resultaba impactante).

Frefor carraspeó y así se insertó de nuevo en la conversación.

—Ya hemos hablado con la comisaría de investigadores en Sumberlan, y han prometido, nos han dado plenas garantías de que mantendrían el secreto…

—Igual que yo —replicó Mossa con impaciencia—. Lo mejor será que yo, una persona implicada…

—No diría que está usted implicada —objetó el hombre, pero ella prosiguió sin detenerse.

—… in situ, con información adicional…

—Estoy segura de que a estas alturas —intervino Cyla, lanzándole una mirada de advertencia a Frefor, que aún balbuceaba como una cafetera— estaremos encantades de recibir su ayuda.

Mossa lo aceptó con un asentimiento.

—¿Animales vivos no?

Frefor calentó la laringe y respondió:

—No, no. O, bueno, es posible. No respondo por todas las hormigas que tenemos en este lugar. —Quizá se tratase de un intento de broma, pero Mossa lo pasó por alto sin esfuerzo—. No, algunas células germinadas y congeladas han desaparecido de donde las guardamos…

—¿Eran copias únicas? —pregunté de repente, por encima de lo que Mossa intentase decir.

—No, no —respondió Frefor en un tono tranquilizador—. Existen

múltiples cosas de todo. Tenemos al menos dos de cada aquí, una en el almacén central y otra —miró a Cyla, luego a Mossa y por fin a mí, para dejar ver su consideración al revelarnos aquello— pegada al hábitat de cada animal o en el centro relevante (insectil, oceánico y demás) si es un animal que no hemos reanimado. —Volvió a repetir su carraspeo de antes y explicó—: Aprendimos, de intentos pasados de conservación, que es absurdo mantenerlo todo en un único banco central que puede sufrir fallos catastróficos de distintos tipos. Además, también hay copias en Stortellen, y algunos mapas genéticos, cuando no son copias completas, en Valdegeld —añadió, señalándome con la cabeza.

—¿De dónde robaron estos especímenes en concreto? —preguntó Mossa, y luego aclaró—. ¿Del almacén central de aquí o de los hábitats?

—Pues de los hábitats —contestó Frefor con el ceño fruncido—. Lo que quizá explique la extraña configuración que se han llevado. Habrán tomado lo que pudieron encontrar. Aunque algunos estaban bastante repartidos por una constelación de plataformas.

Tras una discusión, Mossa pudo sonsacarle la promesa de que le enviarían la lista de células robadas y un mapa con su procedencia; o, mejor dicho, Cyla captó la mirada de Mossa e indicó que ella se los enviaría en cuanto la investigadora dejara de contrariar a Frefor y pudiera llevárselo de allí.

—Me disculpo de su parte —susurró Cyla cuando mandó el mapa y la lista al dispositivo de Mossa—. Es muy protector para con el Instituto y… bueno, es cierto. Este robo podría ser devastador.

—Pero no son ejemplares únicos —dije—. Seguro que pueden reproducirlos…

—Ah, sí —coincidió Cyla—. Sin embargo, hay mucha gente a la que le gustaría vernos desacreditades por no disponer de suficientes medidas de seguridad y podría bastar para poner fin a la protección que recibimos hasta el punto de que reutilicen nuestras plataformas.

—¿Ha pensado —preguntó Mossa con sequedad mientras plegaba el mapa y se lo guardaba en el bolsillo— que quizá él sea una de las personas implicadas en el robo?

—Ah, no lo creo —contestó Cyla, pero luego se lo replanteó—. Quiero decir, parece muy indirecto. Habrá gente que pague por esas muestras, aunque no sean únicas. Ese sería un motivo mucho más

inmediato para el hurto. Y las personas que se beneficiarían si perdiéramos nuestro estatus… son…

—¿Distintas a como se imagina a unes ladrones normales y corrientes?

Cyla sonrió con ironía.

—Ladrones poco corrientes, quizá. —Suspiró—. Tiene razón, es posible y tendremos que considerarlo, pero eso complica las cosas.

—¿Y no ha recibido ninguna respuesta sobre la actividad de Bolien aquí antes de su desaparición?

—No, lo siento, quería mencionárselo, pero no, nadie ha respondido para confirmar que se reunió con él. —Abrió los ojos de par en par—. Seguro que no… que no pensará…

—¿Que es posible que él robase las muestras? ¿O desaparecieron después de que se marchara?

Cyla sacudió la cabeza; su semblante sugería que tenía mucho en lo que pensar después de esa conversación.

—Se las pudieron llevar en cualquier momento de esta última semana.

Mossa asintió y luego pidió ver el lugar donde habían soltado el caracal, aunque claramente tenía pocas expectativas sobre lo que pudiéramos encontrar allí.



Capítulo 11

—¿Cómo ha podido ser tan despectivo? —debatí cuando al fin nos quedamos a solas.

Nos hallábamos en una plataforma remota, lo bastante grande para que un gato de tamaño mediano pudiera correr y saltar en sus confines, y conectada al resto del mauzooleo mediante escaleras hacia arriba y hacia abajo. Estaba alejada del sendero de visitantes; me pregunté cómo nos habría encontrado el animal o cómo lo habían dirigido hacia nosotras.

Mossa inspeccionaba el receptáculo, construido en una de las largas barras que rodeaban el hábitat, que contenía los genes idénticos del caracal, protocaracales en forma celular. No las habían robado, pero deduje que quería hacerse una idea de cómo eran esos recipientes.

—¿Quién? Ah, ese… ¿el director o quien quiera que fuera? Suele pasar. —La actitud de Mossa también era encomiablemente despectiva —. A mucha gente no les gustan les investigadores y, sobre todo, no quieren ver a alguien como yo liderando la investigación.

—Ah, pero seguro que… —empecé a decir y Mossa alzó un semblante inexpresivo.

—Perdóname, Pleiti, pero creo que tu experiencia en Valdegeld quizá no sea la habitual en todo el planeta. —Aquello me enmudeció y, antes de que pudiera recuperarme para discutir la premisa (al fin y al cabo, yo había pasado años lejos del entorno cerrado de la universidad antes de conseguir mi puesto y el Instituto de Conservación debería reflejar actitudes académicas, por lo que era mi ámbito tanto como el suyo), Mossa se había trasladado al lugar donde el caracal había salido de su hábitat. Habían cerrado de nuevo la barrera, en general transparente, con una sujeción temporal—. Mm. Pues claro que han destrozado todo esto al arreglarlo y no hay mucho que ver. Pero quizá…

Se giró para examinar el trozo de plataforma en el que estábamos y echó a andar en la dirección en la que, por lo que sabía del mapa, era la ruta más directa hacia donde nos atacaron. Una y otra vez, se arrodilló en la superficie de la plataforma y frunció el ceño. Al fin, justo sobre un pequeño tramo de escaleras cerca de donde habíamos paseado (¿tan solo dos días antes?), gruñó con aire triunfal.

—Aquí.

Me agaché a regañadientes a su lado y noté que me crujían las rodillas.

—¿Ves estos arañazos? —Mossa metió la mano en su bolsa y sacó un trozo de tela arrugado. Me fijé en que se trataba de un trozo de tela manchado de sangre y retrocedí.

—¡Mossa! ¿Eso es…?

Ya estaba estirando la camisa para alinear los arañazos de la tela con el rasguño en el metal.

—Sí. La última garra no consiguió aferrarse bien, pero está claro que son del mismo…

—Las garras del caracal son retráctiles —señalé; había buscado información durante el largo periodo en vela que pasé tras limpiarle las heridas aquella noche—. ¿Por qué dejaría marcas de arañazos en el suelo?

Mossa me miró con ojos relucientes y presentes sobre su atmosfanda.

—Eso, ¿por qué? De hecho, este atisbo de marcas es más revelador que la ausencia de arañazos hasta este punto. Parece que algo enfadó al felino justo antes de que tocara el suelo aquí.

Reflexioné sobre aquello.

—Alguien lo trajo aquí, lo hostigó de algún modo y…

—Lo apuntó hacia nosotras. —Mossa arrugó la nariz—. Coincido. Sigue sin ser un método de asesinato eficiente o seguro, ni siquiera para herir a alguien.

—Si estaban robando las células y se fijaron en nosotras y lanzaron el ataque en un impulso…

Me callé al recordar que los tiempos no encajaban.

—Es posible, pero, como claramente has recordado, eso significaría que no fue Bolien quien robó el material genético.

—Quizá no fue él —argüí sin fuerzas.

—Quizá no lo fuera. Pero, entonces, ¿por qué vino aquí? —Mossa sacudió la cabeza—. Puede haber muchos motivos que aún desconozcamos. Sin embargo, aunque mantengamos la mente abierta, lo que parece más razonable ahora es que Bolien robó (o, quizá sea más exacto decir, recibió) el material genético de camino al este, donde desapareció. Nuestra llegada aquí amenazó a quien estuviera trabajando con él dentro del Instituto y liberaron al caracal de un modo precipitado. —Se levantó para pasearse por la plataforma y entonces se detuvo en seco y se agachó—. O quizá no fuera tan precipitado. —Sacó un recipiente al vacío de su abrigo y lo presionó contra el suelo. Cuando lo alzó de nuevo, vi unos trozos de material orgánico en su interior—. Esto parece hierba gatera.

— oOo —

Guardé silencio durante la mayor parte del viaje de vuelta y agradecí la fiable taciturnidad de Mossa. Ya era malo que el Instituto de Conservación hubiera perdido materiales; peor que estuviera en peligro de cerrar y, peor aún, que alguien dentro de esa noble institución estuviera implicado. (¿Podría ser el desagradable de Frefor?, me pregunté. Pero, de serlo, seguro que hubiera sido más sutil y efectivo). O no: cuanto más pensaba, más me costaba asombrarme de que una persona hubiera demostrado ser corrompible. Lo peor era que quizá el Instituto para la Conservación de Especies Terrestres estuviese acabado. De acuerdo, el concepto del mauzooleo era extravagante, inverosímil y estrafalario, pero existían pocos lugares como ese en nuestro planeta, que sería un sitio más triste sin ese vistazo de biodiversidad que ofrecía el Instituto.

—Y, aun así —dijo Mossa, situada frente a mí en el vagón—, una debe preguntarse cómo se sienten los animales.

La miré boquiabierta, primero sin comprender, luego con incredulidad.

—¿Cómo has sabido en qué estaba pensando?

Su sonrisa casi fue triste.

—Tu cara, queridísima Pleiti —y mi cara traidora se calentó, aunque su semblante me avisó de que aquello no era un cumplido, de que el superlativo solo era una gota de cariño informal—, lo dice todo, es transparente como, ah, esta ventana. —La golpeó con los nudillos—. Sobre todo cuando estás decepcionada y cuando piensas en la lógica de estarlo.

Me alejé del tema con una obviedad manifiesta.

—Así que tienes una narrativa teorética del caso, una factible. —Pensar en que la investigación podría terminar pronto me ponía triste; intenté modular la voz para hablar con una curiosidad educada—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ah, pero te olvidas de que el robo del Instituto de Conservación no es lo que estoy investigando.

—¡Me había olvidado, sí! —admití, contenta de que el enigma me fascinase de nuevo—. Así que Bolien recibe las células robadas y entonces… ¿qué? ¿Le sobreviene la culpa y salta de una plataforma

con las células en la mano? O lo empuja… ¿quién? ¿Une rival? No creo que fuera nadie del Instituto de Conservación, recuperaría antes el material. ¿O lo arrinconaron?

—Todo son posibilidades —respondió—. Poco probables, y tú misma lo has admitido al formularlas como preguntas. Considera otro factor (del que también te has olvidado, pero bueno, llevamos unos días muy ajetreados): el geógrafo mentiroso.

Reflexioné sobre aquello durante unos minutos.

—Está implicado, si no, ¿por qué iba a mentir? —dije al fin—. Pero…

—Había una conspiración, una que se extendía más allá de un simple trato bilateral entre alguien de dentro y alguien de fuera.

—Sí, eso me parece innegable —musité—. ¿Crees que el objetivo era socavar el Instituto de Conservación tanto como robar las células? El material que fue robado no parece ser uno por el que se pague el precio más alto.

Mossa caviló.

—Creo que al final sí que hablaremos con otre geógrafe moderne. Nada más llegar, si es posible.



Capítulo 12

Una vez desembarcamos, en vez de regresar a mis aposentos, conduje a Mossa con decisión hacia el campus de la facultad de Modernas. Era la última hora de la tarde, la tormenta había dejado charcos en las depresiones llanas de la desgastada plataforma, donde las palomas se mojaban las plumas iridiscentes, pero el temporal había amainado un poco. La débil luz del sol se filtraba entre las capas de la atmósfera natural y la artificial, calentándome y facilitando la determinación de un paseo que nos alejaba de las delicias del hogar.

Cuando les primeres humanes se asentaron en Gigante, los atmoscudos de las primeras y escasas plataformas bloqueaban el clima; servían como caparazones duros que preservaban el oxígeno, el calor y la humedad, todos a un nivel estándar. Pero, aunque la gente puede vivir de ese modo (como se demostró durante los años claustrofóbicos en las naves y estaciones espaciales hasta que hubo suficientes plataformas listas), a la mayoría no le gusta y, cuando desarrollaron un atmoscudo poroso, enseguida se tornó popular y pronto fue estándar en la mayoría de plataformas, a pesar de las inconveniencias del viento, la lluvia, las tormentas y las tempestades variables.

La plataforma de mis padres, un remoto asentamiento agrícola de tamaño medio, estaba atmoscudado por completo, como la mayoría de zonas agrícolas (aunque en los últimos tiempos me había fijado en que los proveedores más caros de Valdegeld tendían a etiquetar algunos productos como «ligeramente atmoscudados», como si eso les concediera algún beneficio concreto). Quizá por haber crecido en ese entorno, seguía siendo muy consciente del clima y apreciaba sus cambios.

No creo que Mossa se fijase en el sol; parecía completamente absorta en sus pensamientos. Hubiera pensado, quizá, que su retraimiento significaba que observaba en secreto los detalles de nuestra ruta y nuestro alrededor, pero, cuando capté una chispa en el cielo oscurecido, no se dio cuenta hasta que le propiné un codazo.

—¡Mira! —Otro punto de luz giró por el horizonte—. ¿Están poniendo un nuevo anillo?

Mossa alzó la mirada y aguardó a ver pasar el siguiente destello.

—Ah, sí. Oí que era inminente. Alrededor de 6º, creo, pero el cruce principal, con el 1º02’, está bastante al oeste de Qirao.

—Entonces están abriendo mucha zona nueva sin conectar.

Les habitantes humanes (colones, exiliades o refugiades, según cómo se considerase cada une) en Gigante habían conseguido una población razonable en los últimos siglos, pero el área de superficie del planeta, por llamarla de alguna forma, era tan vasta que, aunque los anillos calibrados con sumo cuidado circunnavegaban por necesidad el planeta, las plataformas se agrupaban en menos de una decimosexta parte de la esfera, con lo que, por el tiempo de transporte, añadir un anillo a la red era más preferible que expandir

las plataformas por los raíles que ya existían.

Las lanzaderas brillantes con sus arcos escondidos pasaban deslizándose, cada vez más frecuentes pero lentas a medida que se aproximaban a la superficie y a su órbita geosincrónica. Me acordé de las estrellas fugaces y de sus descripciones en la antigua literatura terrestre, me acordé de las descripciones de los ferrocarriles y los exploradores y de las extensiones de tierra apenas habitable.

—Siempre queremos más tierras de cultivo y más lugares donde vivir —respondió Mossa, como si fuera obvio y ordinario, pero se quedó allí conmigo para observar hasta que los destellos desaparecieron en el resplandor del horizonte.

Allí, con la una al lado de la otra, tuve una sensación extraña; observábamos el cielo juntas, casi como si nos diéramos la mano. Pero no me atreví a estirar los dedos hacia los suyos antes de que bajara la mirada al camino que tenía delante y emprendiera la marcha de nuevo. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que tuve que tocarle el hombro para dirigir su atención hacia la entrada del edificio; con el roce sentí una efervescencia en la punta de los dedos, como si ella fuera la cara congelada que da al planeta en una plataforma.

—Es aquí —expliqué sin necesidad para ocultar mi incomodidad, el disgusto conmigo misma, mi superficialidad.

Mossa se detuvo y me miró de frente en vez de seguir adelante.

—Pleiti —dijo, y todo mi ser se encogió al anticipar la gentil desilusión. No creo que se reflejase en mi rostro, pero tampoco la miré a los ojos y, cuando habló, su voz sonó más suave—. ¿Cómo haría esto sin ti?

Cuando alcé la mirada, Mossa se había dado la vuelta para desaparecer en el edificio. Dudé un momento, porque ser útil era más de lo que esperaba y, aun así, no quería que me usaran. Útil sí, usada no. Antes de lanzarme a la espiral filológica de esa observación, la seguí dentro.

— oOo —

Las cuestiones que Mossa planteó a esa geógrafa moderna no incluyeron al hombre desaparecido ni su forma de pensar. En cambio, preguntó por el globo más actual donde se mostrasen los anillos y las plataformas y señaló el lugar en el que Bolien había desaparecido,

donde solo había un raíl.

—¿Puede mostrarme dónde se cruza esta línea con cualquier otra que salga desde la estación principal de Valdegeld?

La geógrafa moderna era una mujer alta y ancha con un rostro de ángulos amplios y una sonrisa fácil que ahora había menguado un tanto mientras se preguntaba por qué esa investigadora la interrogaba sobre algo que podría haber calculado a partir de cualquier guía de raíles con un poco de tiempo y esfuerzo. No obstante, le proporcionó a Mossa el listado y, sin quejarse, le dio otro con intersecciones secundarias, puntos a los que se podía llegar desde ambas estaciones con tan solo un transbordo. Mossa examinó las listas con minuciosidad; no me enteraría hasta más tarde de si encontraba algo significativo. Alzó la mirada y planteó otra pregunta, señalando de nuevo la plataforma donde Bolien había desaparecido.

—¿Cuánto se tardaría en llegar a la siguiente plataforma desde aquí si una viajase hacia el este?

Las dos nos la quedamos mirando, la geógrafa con desconcierto y yo con el estupor de una comprensión repentina.

—¿Hacia el este? Desde esa plataforma no hay carroferriles que vayan al este. Se detienen ahí y regresan al oeste. Tampoco hay más plataformas al este.

—Pero, si quisiera, si contratara un carroferril privado, por ejemplo, y lo llevase al este hasta llegar a… —Mossa giró el globo, un gesto que sospeché era puro dramatismo, ya que seguramente habría memorizado el nombre que necesitaba, y señaló la que se suele considerar la plataforma más occidental en el anillo 4º63’—. Sapilvest, ¿cuánto se tardaría?

La geógrafa examinó el largo arco vacío entre plataformas con cierta vacilación.

—Sería muy tempestuoso, ¿sabe? Incómodo como mínimo. Pero supongo que tardaría… A ver, no habría ninguna parada… Entre doce y dieciséis días, diría yo, según el tipo de carroferril.

—¿Días locales?

—Por supuesto —respondió con orgullo, mientras yo intenté no poner los ojos en blanco; les Modernistas estaban muy centrades en Gigante con toda su terminología.

Mossa le dio las gracias, le pidió que no mencionara nuestra visita si podía evitarlo y nos marchamos.

Había anochecido mientras hablábamos con la geógrafa.

—¿Buscamos algo para comer? —pregunté mientras la puerta se cerraba a nuestra espalda.

Mossa frunció el ceño.

—No hay tiempo.

—Venga ya, Mossa, tienes que comer. —Busqué un restaurante cercano—. Hay un sitio tubular cerca… o, si lo prefieres, podemos volver a mis aposentos y trabajar allí. Siempre podemos pedir algo. —Con una mirada reticente a las lunas que circulaban por el horizonte, Mossa accedió a lo primero y no tardamos en tener nuestras capas cilíndricas de proteína y sabores en la mano—. ¿A dónde vamos ahora? —pregunté y, al hacerlo, me di cuenta de que o Mossa no se había decidido aún, o pensaba que a mí no me gustaría; de lo contrario, ya nos estaría conduciendo a alguna parte.

—Pleiti —dijo, y lo dijo del mismo modo que en la entrada de Geografía Moderna. Me endurecí de nuevo—. Pleiti, me has ayudado tanto que estaba pensando en si te importaría investigar una cosa por mí.

—Pues claro que no, Mossa —respondí, aún recelosa—. Me dedico a investigar.

Ella asintió.

—Pues entonces creo que deberíamos separarnos. Puedes investigar qué personas se beneficiarían con el cierre del Instituto de Conservación y preparar una lista.

—¿Y contrastarla, quizá, con cualquier contacto del profesor Porbal?

—¡Porbal! —El nombre salió de ella como una especie de carcajada—. Sí, me había olvidado de él, pero tienes razón. Es posible que sea la clave de todo sin saberlo.

—De acuerdo, Mossa —accedí—. No sé por qué me lo has pedido con tanta cautela si es una demanda razonable. ¿Qué harás tú?

—Seguiré otro hilo.

—Qué enigmática —comenté con cordialidad a un enorme saltamontes que se había encaramado en una valla de hierro en la calle por la que paseábamos.

—No sé si es correcto —respondió—. Pero te diré si da resultados.

—Muy bien. ¿Nos vemos en mis aposentos dentro de unas horas?

Con un asentimiento, cada una siguió su camino.



Capítulo 13

Dirigí mis pasos hacia la dirección general del centro universitario mientras pensaba en el mejor lugar y método para mi investigación. Para lo primero no había muchas dudas. Valdegeld poseía bastantes bibliotecas excelentes, pero, aunque cada una recibía periódicos y otros documentos de difusión general, solo una, la biblioteca bajo Faistel Heights, estaba especializada en asuntos Modernos. No estaba muy lejos, porque ya me hallaba en el lado Moderno del campus, y aceleré el paso hasta que vi la silueta imponente de Faistel, con sus lados almenados según la moda de hacía más de un siglo, en la que

usaron coches aplastados de la Tierra como material de construcción.

Hubo épocas en la historia terrestre donde «moderno» sugería algo menos cómodo, quizá de menor calidad. Aunque era cierto que los ámbitos Modernos de estudio (esos que se centraban en nuestro planeta actual en vez de en la historia previa al exilio de la Tierra) eran menos prestigiosos que los Clásicos, esa distinción no se extendía por completo a las instalaciones. La biblioteca Moderna de Faistel estaba tan bien equipada como Uiven, el área de referencia que yo solía usar. Había sillas calentadoras, cubículos semiautónomos, mantas prestables y una exhibición de arte central, así como té decente.

No fue, por tanto, una tarde desagradable, excepto por mi creciente conocimiento de cuánta gente sería feliz de quitar el mauzooleo de nuestro planeta y la traicionera sospecha, que enseguida se convirtió en certeza, de que Mossa tramaba algo.

Detuve mi lectura de unos permisos recién aprobados para explotar plataformas con tal de reflexionar por qué había pensado eso y mentalmente produje la siguiente lista:

1. Se detuvo en dos ocasiones: una de camino a ver a la geógrafa y otra a la salida, como si estuviera indecisa o reconsiderase algo; ergo, estaba haciendo algo que no quería hacer o se sentía culpable por ello.

a) Que esto ocurriese tanto antes como después de hablar con la geógrafa significa que nuestra conversación allí no alteró su reticencia; ¿quizá la confirmó?

2. Ahora que lo pienso, en general estaba distraída incluso antes de visitar a la geógrafa.

3. No quiso comer, señal de que tenía un objetivo en mente, físico o conceptual.

a) Y, aun así, me dejó convencerla. Eso fue raro. ¿Quizá constituya una nueva disposición a admitir sus propias necesidades físicas?

Reflexioné sobre esa lista. No era nada concluyente. ¿A lo mejor la información proporcionada por la geógrafa no importaba? Sin embargo, se había detenido del mismo modo después de salir.

Encontré un globo del mundo Moderno (qué conveniente estar en la biblioteca de Modernas) y seguí el anillo que Mossa había indicado, en dirección opuesta a la civilización y los asentamientos. A medida

que la población crece, siempre se habla de expandirnos más alrededor de las curvas de anillos ya existentes en vez de añadir más anillos para que esta zona sea más densa e interconectada, pero la mayoría de gente quiere estar cerca de instalaciones ya existentes o necesita proximidad para su trabajo. Mis padres, por ejemplo, no eran hormiguitas sociales y disfrutaban de su relativo aislamiento, pero aún debían adquirir suministros y transportar las cosechas a donde hiciera falta; irse más lejos podría incrementar el retraso en el transporte. Y, tal como había señalado la geógrafa moderna, el tiempo que se tarda en circunnavegar Gigante es simplemente desolador.

Pero eso es justo lo que Mossa sugirió con sus preguntas que se había hecho. Bolien había desaparecido al hacer algo tan inesperado que no se le ocurrió a nadie. Conté los días locales desde su desaparición: sí, ya debería estar regresando a la civilización, suponiendo que su carroferril (otro problema: ¿cómo no se habían fijado en esa plataforma aislada en el carroferril?) no hubiera fallado en alguna parte, y ¿por qué debería? Y, si había regresado, ¿a dónde iría?

Resultó bastante fácil recrear la lista que la geógrafa le había dado a Mossa con tan solo mirar las intersecciones primarias y secundarias de ese anillo con la línea de nuestra estación principal (pero ¿por qué pensaba que debía cruzarse con la línea de la estación principal de Valdegeld? ¿Por qué no con otra de nuestras estaciones? ¿Y por qué Valdegeld?), pero ninguno de los nombres en la lista me pareció significante. Aunque, claro, de muchos no había oído hablar y de otros apenas sabía nada.

Me estaba dando golpecitos en la barbilla con el lápiz táctil mientras me preguntaba si valía la pena informarme sobre cada una de las posibles plataformas, cuando me llegó otra idea con la misma claridad como si alguien me hablase al oído: ¿Mossa había confirmado de algún modo mi sugerencia de vernos en mis aposentos?

No había dicho nada.

¿Había asentido como yo?

Reproduje el momento en mi cabeza, el brillo de las lámparas de gas en la penumbra, el cielo lo bastante oscuro para que las erupciones de Ío relucieran en el anochecer, la mirada contenida de Mossa encontrándose con la mía.

No había asentido.

Furiosa de repente, metí los resultados de mi investigación en la bolsa. Por puro impulso, añadí el globo y luego un horario de carroferriles. Dudé en el último momento, por si debía comprobar las rutas programadas antes de ponerme manos a la obra, pero no sabía a qué plataforma iría y un retraso en ese momento podía ser decisivo. Salí corriendo de un modo poco digno de la biblioteca a las calles oscuras y aceleré hacia la estación.

— oOo —

Era cerca de la medianoche y los carroferriles escaseaban más que al amanecer o al anochecer, pero aún había suficientes salidas para llenar el panel y suficientes personas en la cavernosa estación que tuve que sortear al tiempo que miraba en todas direcciones en busca de Mossa. Sabía que quizá me equivocaba o que a lo mejor ya había subido a un carroferril. Con el corazón en un puño, pensé que ya se habría marchado. Eché otro vistazo al panel: el siguiente carroferril salía de la línea 0º25' en tres minutos. No creía que ese fuera uno de los anillos que se cruzaban con aquel en el que había desaparecido Bolien, estaba casi segura, pero quizá a esas horas de la noche ofrecía conexiones que llegarían a la plataforma correcta más rápido que una línea directa. Saqué un poco el horario de la bolsa, luego lo dejé caer y eché a correr hacia el quai.

Subí al carroferril y di vueltas por el pasillo para mirar en cada compartimento. Cuando sonó el silbato, solo había recorrido la mitad de los vagones, pero bajé de todas formas y me quedé desanimada en el quai mientras el carroferril se ponía en marcha con suavidad, bien equilibrado en su anillo. Probablemente Mossa ya se habría marchado… o quizá me imaginaba cosas y la descubriría aguardándome inocente en mis aposentos. Resoplé ante esa imagen y fui hacia el quai del siguiente carroferril que iba a partir. Aún jadeaba, acalorada, de la carrera, así que caminé despacio, enrollada en la atmosfanda para que la humedad suavizara el aire que respiraba.

Intenté pensarlo de un modo lógico. Debía ir a mirar la sala de espera (¿acaso Mossa esperaría en un lugar que había sido el escenario de un asesinato reciente? Pues sí, claro que lo haría), pero antes debía hacer un triaje del resto de carroferriles del panel de salidas. Lo examiné con cuidado y sí: el siguiente viajaría al oeste en la 3º42'; estaba bastante segura de que se cruzaba con la 4º63' al oeste de aquí, aunque no recordaba el nombre de la plataforma. Eché a correr de nuevo con una leve esperanza. No saldría hasta dentro de veintidós minutos y, de hecho, cuando llegué al quai vi que el carroferril aún no había llegado.

Y allí estaba Mossa, esperándolo.

Reduje el ritmo para acercarme a ella sin jadear. No miraba en mi dirección, llevaba la atmosfanda bien alta bajo la corta maraña de pelo y (ahí mi rabia se encendió de nuevo) cargaba una valija. Quise acercarme con calma, con la misma calma con la que ella me había respondido cuando le dije en la universidad que nuestro romance terminaba, pero yo no soy Mossa.

—¿Sin despedirte? —chillé.

Ella se giró y me pareció ver que su expresión se suavizaba un momento, casi como si fuera a sonreír.

—¡Pleiti! —Mi nombre en su boca ya no sonaba como el preludio de una dura verdad, sino más bien como si se alegrara de verme. Aunque quizá no le sorprendiese demasiado—. ¡Has llegado a tiempo!

Me dolía la mandíbula.

—¿A tiempo? ¡No me dijiste que te marchabas!

Mossa echó un vistazo a nuestro alrededor, aunque no dudaba de que sabía el número exacto de personas en el quai (yo, en cambio, no puedo ser más específica que «unas cuantas»).

—La… la verdad —mientras lo decía, supe que ella también estaba reviviendo nuestra última pelea en la universidad, cuando la acusé de ser deshonesta a menudo sin mentir—, esperaba que vinieras, pero no sabía si debería. Esperarlo, quiero decir, o decírtelo o invitarte.

—¿Y por qué no? —pregunté con dientes apretados.

—Bueno, va a ser peligroso —replicó Mossa con cierta vergüenza —. Y, además, ya sabes, es mi trabajo. Tú tienes el tuyo, uno muy importante, del que te he alejado en los últimos días.

En la penumbra, un movimiento llamó mi atención: el carroferril, que se aproximaba desde lejos con las ventanas iluminadas. Incluso en medio de esa conversación angustiosa, la calidez y el refugio que prometían las luces remotas en movimiento me atraían.

—Hemos hablado de esto —dije a duras penas—. Elecciones. Cada persona debe tomar sus propias elecciones. Me da igual lo inteligente que seas, yo no soy tonta.

—Pues claro que no lo eres —dijo Mossa, como si se indignara de que lo sugiriese—. Has averiguado dónde encontrarme.

No fue el halago de soslayo lo que me desarmó, sino la ausencia de culpabilidad o de rabia en Mossa. Dejé caer los brazos y los hombros, con la mirada fija en el carroferril mientras se aproximaba despacio.

—¿Qué es ese peligro que has mencionado? Por cierto, ¿te das cuenta de que si me hubieras dicho lo que planeabas habría tenido tiempo de ir a casa a buscar una muda de ropa?

—No te preocupes. —Mossa dio unos golpecitos a la valija mientras el carroferril se detenía a nuestro lado—. He traído algunas de tus cosas, por si acaso.

—¿Has traído mi ropa en un viaje del que ni siquiera me habías hablado?

—Esperaba de verdad que vinieras. —¿Cómo podía derretirme con tanta facilidad?—. ¿Subimos?

Mossa ladeó la cabeza hacia la puerta abierta del carroferril, desde donde emanaba luz y calor.

La seguí dentro.



Capítulo 14

La deliciosa calidez que derretía el frío, el acolchado del suave asiento contra mi espalda, el remolino hipnótico de gases contra el cristal de la ventanilla… todo eso me acunó y tardé un tiempo en moverme para preguntarle a Mossa, que parecía igual de cómoda sentada frente a mí, la pregunta más básica:

—¿A dónde vamos?

Mossa parpadeó despacio como si saliera de una larga cadena de

pensamientos.

—A una plataforma llamada Frontel… Ah, bien hecho —añadió al verme rebuscar en la bolsa y sacar el globo y luego el horario—. Quizá puedas contribuir a mi escaso conocimiento del lugar.

—¿Cómo lo has identificado?

Pasé las páginas hasta la sección del horario donde se ofrecían breves descripciones de todas las plataformas listadas.

—Como oíste (y lo habrás entendido, visto que me has encontrado), buscaba una plataforma o una intersección o, ya que esas escasean, un cruce de segundo o tercer orden, entre la estación principal de Valdegeld y el anillo donde desapareció Bolien. Una vez…

—Sí, eso —la interrumpí—. Pues claro que entiendo por qué preguntaste por el anillo donde se vio a Bolien por última vez, pero ¿por qué la estación principal?

Mossa se reclinó y juntó los dedos.

—Sí. Bueno. A estas alturas, es especulación (otro motivo por el que no te lo dije, porque podría ser un viaje en vano). Aun así, sospecho que el asesinato de Rechaure y la desaparición de Bolien están relacionados.

—Pero… ¿cómo? —farfullé en cuanto me hube recuperado de mi estupor.

—Lo que apunta a ello —respondió Mossa mientras su mirada repasaba la ventanilla cubierta de niebla— es que mataron a Rechaure en la estación. No parece que haya ningún motivo en concreto para su asesinato, no en este momento. Así que la localización inusual parece el desencadenante más probable. Y eso me hace pensar que vio algo que sugería una felonía, algo relacionado con Valdegeld. Ahora bien, estoy dispuesta a considerar la idea de múltiples ejemplos de felonías que se pueden dar en Valdegeld en cualquier momento… —Resoplé—. Exacto. Pero ¿tanto como para asesinarlo? Eso me parece poco probable. Por tanto, no es una suposición poco razonable que lo que viese Rechaure, el motivo por el que lo mataron, está relacionado con la desaparición de Bolien. Y, si ese es el caso, entonces alguien implicado en la desaparición iba a partir de la estación principal.

—Así que ¿Rechaure solo estaba en el lugar equivocado? —

pregunté, triste por alguna razón.

—Había más gente por la estación a esas horas, aunque no mucha —contestó Mossa—. Es posible que él fuera el único allí durante un momento crítico y brevísimo, pero me parece más probable que se tratase de una combinación del lugar equivocado y de conocer a la persona equivocada.

—¡Ah! Eso tiene sentido. Rechaure conocía de vista a muchas personas de la universidad. —Se me cayó el alma a los pies por lo que Mossa sugería—. Crees que hay otra persona de la universidad implicada, además de Bolien.

—Y Porbal —me recordó—. Sí, parece lo más probable, dada las extensas relaciones entre la universidad y el Instituto de Conservación, así como la baja posibilidad de que Bolien interactuase mucho con gente externa a su grupo social. Sin embargo, la universidad es tan grande y los viajes tan frecuentes que no se puede localizar con facilidad quién partió de la estación principal esa noche; además, si mataron a Rechaure, quizá eso retrasase su viaje, aunque la decisión de dejar el cuerpo cerca en la sala de espera sugiere que no fue así.

—¿Y cómo redujiste las posibilidades a partir de ahí? —Mossa se inclinó hacia delante y atrajo mi atención hacia su rostro, a su proximidad, pero ella solo señaló con el dedo el horario olvidado en mi regazo. Bajé la mirada y encontré la descripción de Frontel—: «Una fábrica mediana de compresión de gas —leí en voz alta—, ahora abandonada. Población: cero». —Alcé la mirada hacia Mossa, que seguía cerca—. Sugerente. —La voz me salió más suave de lo que había planeado.

—Pero solo eso —replicó ella, reclinándose de nuevo en el asiento —. Puede que me equivoque por completo y este largo viaje sea un desperdicio. —Me dirigió una sonrisa sucinta—. De ahí que dudase a la hora de invitarte. —Antes de que pudiera responder, siguió hablando—: ¿Qué descubriste sobre las personas que quieren cerrar el Instituto de Conservación?

Saqué mi listado.

—Hay una serie de personas que han expresado un interés formal en el pasado y poseen los recursos para comprar al menos una plataforma. El complejo del Instituto es enorme y seguramente haría falta venderlo por partes. O quizá pueda persistir su núcleo.

Todavía no me había hecho a la idea de un Gigante sin el

mauzooleo.

—O quizá lo pueda comprar un grupo u organización —coincidió Mossa mientras estudiaba la lista—. ¿Este grupo de aquí no quería fundar una nueva universidad?

—¡Tan cerca de Valdegeld seguro que no! —respondí, más resentida que realista. Repasé el resto del listado—. Bueno, está Selat Pintror. —Como creadorae de un nuevo diseño para plataformas, ta ya había invertido en convertir algunos espacios existentes con la esperanza de persuadir a los comités organizadores de contratar sus nuevas plataformas—. Aunque me imagino que ta tendrá adquisiciones más sencillas. O quizá Iobila Het. —Su sistema de filtración de agua la había puesto en una posición que le permitía comprar grandes extensiones del territorio del Instituto, si tuviera motivos para hacerlo. Y quizá la pura adquisición bastaba para algunas de esas personas—. Por desgracia, no he tenido tiempo de ver si esta gente tuvo alguna interacción con Bolien. Lo cierto es que —admití, tras una breve pausa— no sé cómo podría investigarlo.

—Es todo un reto —coincidió Mossa, sin dejar de mirar la lista—. Quizá cuando volvamos podemos buscar asociaciones profesionales, clubs y cosas en común… Eso si, por supuesto, no hemos resuelto el enigma para entonces.

No pude contener un escalofrío.

—¿Crees que encontraremos a le culpable en esta —eché un vistazo a la descripción— fábrica abandonada de compresión de gas?

—Esa es la idea.

—Parece astuto y, al mismo tiempo, imprudente. —Mossa se rio con descaro al oír el comentario; animada, seguí hablando—: En serio, Mossa, no parece el lugar más propicio para enfrentarse a criminales, aunque diches criminales sean ladrones bien educades de material celular inanimado con la intención de piratear de forma vil esa propiedad.

—Si te consuela, mi querida Pleiti —el corazón me martilleó en el pecho—, no espero que quede nadie allí. Buscaremos pistas, cualquier indicio de…

—¡Porbal! —dije de repente.

—¿Sí?

—Sabemos, o sospechamos con fuerza, que forma parte de la conspiración. ¿No podría ser el asesino de Rechaure?

—Es posible, por supuesto —dijo Mossa en un tono que significaba «es muy improbable»—. Sin embargo, si partimos de la idea de que el asesino se marchó para reunirse con alguien después de acabar con Rechaure, no puede ser Porbal, ya que el malvado profesor seguía en Valdegeld para intentar descarrilarnos.

Me hundí en mi asiento.

—Entonces se trata de una conspiración múltiple.

—Supongo que no es imposible —murmuró Mossa— que Porbal fuera y viniera… aunque eso no le daría suficiente tiempo a Bolien para llegar… o quizá me equivoque y la plataforma de encuentro esté más cerca…

Estaba repasando las distintas posibilidades para sí, y permití que mi atención vagara, primero a los remolinos de gas fuera de la ventanilla y luego a las descripciones de las plataformas del libro que tenía abierto sobre el regazo. Distraída, me imaginaba visitando un lugar donde «los primeros suelos experimentales resultaron en una de las poblaciones de insectos más diversas de Gigante, aunque, por desgracia, en la flora no tuvo tanto éxito», cuando una de las frases de Mossa que percibí con claridad captó mi interés.

—A menudo he pensado —musitó— que, desde la perspectiva de le investigadore, es una lástima que no haya un sistema de billetaje para los carroferriles.

Tardé un momento en comprender lo que me decía.

—¿Pagar, quieres decir? ¿Por un viaje en carroferril?

—No lo digas tan horrorizada —replicó, divertida—. El concepto te sonará de tus estudios Clásicos.

—Pues claro. Pero, primero, todes sabemos cómo terminó esa civilización indocta y, segundo, vivían en un planeta donde al menos era posible caminar de un lugar a otro.

La sonrisa de Mossa se amplió.

—Tienes razón, por supuesto. Aun así, estaría bien saber quién ha viajado a qué lugar en nuestra extensa lista de sospechoses. Pareces

hecha polvo, Pleiti —dijo; su tono se tornó preocupado de repente—. Deberías descansar. Es un viaje largo y no sabemos qué nos aguarda al final.

A esas alturas, no tenía la energía suficiente para discutir; solo le puse un reparo mínimo e insistí en que me dejara examinarle la espalda antes de dormir. Las heridas habían desarrollado costra y no estaban inflamadas, así que me estiré en el banco, creyendo que Mossa me imitaría. Sin embargo, cuando cerré los ojos, seguía enroscada en un rincón; miraba la ventanilla y movía ligeramente los labios mientras su cerebro maravilloso repasaba los engranajes del problema.



Capítulo 15

Cuando desperté, entraba luz teñida de gas por las ventanillas y en la pared del carroferril había un guion gráfico, aunque, cuando abrí los ojos, Mossa quitaba los cuadrados de laminado uno a uno.

—¿Has averiguado algo? —pregunté en medio de un bostezo rechinante.

Me miró con frialdad, pero no se molestó en responder.

—Estaba a punto de despertarte. Llegaremos dentro de una hora y deberías prepararte.

—Ah, sí —dije. Me enderecé para limpiarme los efluvios secos de los ojos—. Has mencionado algo sobre peligro.

Mossa frunció el ceño.

—No estoy segura. Me parece improbable que haya alguien allí… pero solo tenemos una estimación de la llegada de Bolien. Su contacto puede estar esperando o quizá nos encontremos a les dos en plena conversación. Eso parece inverosímil; al menos deberían conocer el horario del carroferril y tomar precauciones razonables cuando haya una parada.

Se me ocurrió que esas «precauciones razonables» podían ser el peligro que preocupaba a Mossa.

—¿No es posible que una o dos personas puedan subir a este carroferril mientras sigue su recorrido?

—Muy posible —respondió con la satisfacción típica de cuando pensaba algo acorde con su razonamiento—. En la estación debemos andarnos con cuidado.

Eso creó un silencio inquieto. Miré las tarjetas que iban desapareciendo de la pared. Me fijé en una donde había escrito, con letras grandes, «Mouzooleo» [sic… ¿o una broma velada de Mossa?] y me acordé de una idea que tuve la noche anterior, cuando estaba tan cerca de dormirme que no hice nada con ella.

—¿Es posible —propuse— que esta conspiración surja del Instituto de Conservación, en vez de venir de la universidad?

Mossa se detuvo y se giró para escuchar, aunque su expresión no sugería mucha confianza en esa teoría.

—¿Y que sus actos conduzcan a que el Instituto pierda territorio?

—Imagina que alguien que trabaje para el Instituto quiera que pase —insistí—, pero no pueda hacerlo por vías oficiales.

—¿Por qué querría eso?

Intenté pensar en un motivo.

—Tal vez esa persona haya llegado a la conclusión de que la

situación es cruel para los animales. O a lo mejor se beneficia de algún modo, quizá personal, si el Instituto cierra… —Ese razonamiento no conducía a ninguna teoría válida—. O podría pensar que usar todo ese espacio para la frágil esperanza de que ver animales vivos nos ayudará a regresar a la Tierra es irresponsable y se podría aprovechar para mejorar la vida de la gente que vive en Gigante ahora.

Mossa me dirigió un ceño fruncido.

—¿Todo esto viene porque aún resientes por el comportamiento de Frefor?

—Es posible —admití.

Aguardó un momento y luego, de mala gana, concedió:

—No es la narrativa más ridícula que he pensado. Pero me pregunto por qué Rechaure habría reconocido de un modo tan fatídico a alguien que no fuese de Valdegeld. —Reflexionó y luego se respondió a sí misma antes que yo—. Quizá reconociera a la persona si fuera lo suficiente de visita. O quizá lo mataron por otro motivo distinto. Tendré en cuenta tu teoría.

Me hundí de nuevo en las mantas; iba conjeturando sobre teorías más extrañas e intenté, sin éxito, llenar los huecos de lo que quedaba del guion gráfico. Me di cuenta de que aún seguía amodorrada del sueño y pensé que debía recuperarme antes de llegar a lo que podría resultar ser una emboscada.

—Voy al vagón de provisiones, por si quieres algo —anuncié y me puse en pie tambaleándome.

—No hay vagón de provisiones, solo una máquina expendedora —me informó Mossa.

—Gargachas irradiadas —repliqué, usando la jerga estudiantil de Valdegeld para los anillos poco frecuentados—. Bueno, necesito té de todas formas. ¿Tú quieres?

Sí que quería y también pidió algo dulce. Salí al pasillo y eché a andar hacia la parte delantera del carroferril. Teníamos las cortinas corridas en nuestro compartimento, y el corredor estaba más iluminado; a través de las ventanas vi los remolinos pálidos de gas que azotaban con tanta fuerza que supe que atravesábamos una tormenta, de las pequeñas. El vagón se balanceaba sobre el único raíl; mantuve una mano extendida mientras caminaba, preparada para agarrar la

barandilla de la pared.

Algunos de los compartimentos tenían las puertas cerradas, pero en ninguno de los abiertos había señales de pasajeres y, para cuando llegué a la máquina expendedora, sentía un cosquilleo en la nuca. Seleccioné los tés y un pastelito pálido y eché un par de vistazos por encima del hombro mientras se llenaban las tazas. Luego regresé cargada al compartimento.

—Una línea poco popular —observé, entregándole a Mossa su taza.

—No hay gran cosa aquí fuera —coincidió tras un primer sorbo de prueba—. ¿Entiendes por qué no te lo dije?

Me negué a entenderlo.

—Así que tu idea era desaparecer sin decirme a dónde ibas.

Una vez más, la vergüenza le atravesó el rostro como si no conociera ese territorio.

—En el departamento de investigadores lo saben. —Bebió y, como no dije nada, añadió—. Veo que Valdegeld te sienta bien. No creo que yo pudiera hacerlo.

Pensé con furia en lo feliz que era siguiéndola por todas esas plataformas, en cómo ella parecía estar disfrutando al menos de su visita a Valdegeld, pero lo que me salió con un gruñido fue:

—Nadie te lo ha pedido.



Capítulo 16

Las dos estábamos alertas y listas mucho antes de que el carroferril llegara a la solitaria estación de Frontel. Mossa bajó del vagón antes de que hubiera parado por completo y miró a un lado y al otro del quai mientras yo me quedaba en el pasillo del vagón por si oía puertas, pasos o cualquier movimiento furtivo. Cuando bajé a la estación, las dos estábamos convencidas de que nadie había embarcado ni desembarcado, aparte de nosotras. Al examinar la estación vacía de un solo anillo, no me imaginé por qué alguien querría hacerlo.

Mossa, sin embargo, me hacía señas desde la esquina de la desolada estación. Me apresuré a acudir a su lado y observé el techo bajo y plano, la pared sencilla con tan solo un par de puertas entre la estación y el resto de la plataforma. Era vieja, había sido construida a bajo costo y no la habían cuidado mucho desde entonces. Tendríamos suerte si no se separaba del anillo y caía a las profundidades de Gigante mientras estuviéramos allí.

Descubrí que Mossa se hallaba de pie junto a una rampa angosta que se curvaba hacia abajo.

—¿Qué hay ahí? —pregunté, arrugando la nariz al ver la penumbra.

Sin responder (porque, claro, ¿cómo iba a saberlo?), Mossa empezó a bajar. La seguí con un suspiro, envolviéndome más con la atmosfanda para protegerme del frío. Fue un alivio ver que el pasillo se abría de nuevo al cabo de poco a lo que parecía otro quai, uno que imitaba… Miré hacia arriba. Sí, igual que el quai que formaba el techo sobre nuestras cabezas.

—¿Qué es esto?

Mossa se acercó al borde del quai para echar un vistazo hacia arriba, por donde pasaba la cara inferior del anillo. Picada por la curiosidad, me situé a su lado, pero el raíl de metal que rodeaba el planeta (y que, junto con sus compañeros, nos mantenía en una órbita habitable en ese mundo inhóspito) era del mismo metal pulido por debajo que por arriba.

—¿Alguna vez has visto un carroferril antiguo? —preguntó Mossa—. Hay unos cuantos en el museo de Yaste, creo…

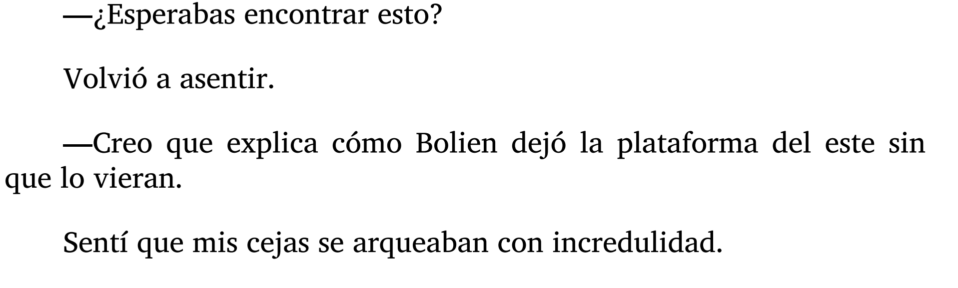
Siguió hablando, pero esas palabras habían bastado para que mi mente imaginase lo que sugería y, con ella, la escena que teníamos delante cobró sentido.

—¿Un vagón suspendido?

Mossa asintió.

—Antes de que perfeccionaran la tecnología giroscópica, esos vehículos eran bastante habituales, aunque no cómodos.

Miré su semblante complacido, quizá hasta engreído.



—¿Esperabas encontrar esto?

Volvió a asentir.

—Creo que explica cómo Bolien dejó la plataforma del este sin que lo vieran.

Sentí que mis cejas se arqueaban con incredulidad.

—¿Crees que se subió a un vagón suspendido? ¿Para rodear el planeta?

—Tuvo que ser aterrador —coincidió Mossa—. Me hace preguntarme incluso por sus motivos…

—Espera. ¿Aquella estación tenía un quai para vagones suspendidos como esta?

De eso ya no estuvo tan segura.

—No lo sé a ciencia cierta. No vi ninguno ni… —Cerró los ojos y luego siguió hablando con más certeza—. Ni nada que pareciera la entrada a uno. Estoy más convencida de que les habitantes, si supieran que eso existe (¿y cómo no lo sabrían, si es un lugar tan pequeño?), habrían considerado la posibilidad. Pero, si llevase tiempo sin usarse, quizá se hubieran olvidado de él. La entrada podría estar en cualquier parte de la plataforma.

—Eso si hay una…

—Si no la hubiera, sí que habría saltado por el borde de la plataforma. —Para aterrizar en el tejado de un vagón antiguo que se balanceaba. Me estremecí—. Me pregunto dónde estará ahora el vagón suspendido —dijo Mossa con aire reflexivo.

—Supongo que seguirá atravesando la expansión deshabitada de Gigante.

Mossa, que había estado examinando la parte baja del raíl como si fuera a revelar unas huellas, tornó su mirada de concentración hacia mí.

—Es posible, claro, que Bolien aún no haya llegado. Pero, puestas a imaginar cualquier cosa, debería ser que el vagón llegó y se marchó, y que alguien sigue en esta plataforma. Quizá sea poco probable… y, de hecho, ¿por qué iba a quedarse alguien dados los escasos medios

para salir de aquí? Pero preferiría sorprenderme por su ausencia que por su presencia. —Asentí, escarmentada, y ella se encaminó hacia la rampa—. Vamos a comprobar si es una cosa o la otra.



Capítulo 17

A principios del exilio, unas cuantas personas, tras llegar de la Tierra carente de energía, enloquecieron un poco ante la idea de una esfera enorme compuesta sobre todo de gas. Pensaron que no tardarían en regresar a la Tierra, una vez la ciencia lo hubiera resuelto todo o la naturaleza se hubiera sanado a sí misma, y algunes se pusieron a pensar formas de transportar parte de ese botín de energía

con elles. No sé si aún pensaban, en ese momento de la historia humana, en hacerse riques o en facilitar la vida insalubre de todo el mundo cuando se dispusieron a extraer toda la energía posible de otro planeta más. A veces coincidía con Rechaure: «Nos merecemos este planeta sin vida».

Con el paso del tiempo, la posibilidad de regresar a la Tierra, que al principio les parecía inminente a las personas ricas y optimistas de nacimiento, se retrasó, y la mayoría de fábricas de compresión de gas se reutilizaron para algo útil, como procesar comida. Resultaba raro ver una abandonada, pero era remota y el metraje cuadrado de la plataforma no era demasiado grande; la mayoría de la capacidad mecánica se hallaba bajo nuestros pies, ya que se extendía hacia los gases más espesos de abajo.

Aun así, me dio un escalofrío de disgusto que me llegó hasta la matriz al pasear por ese monumento de recursos desaprovechados.

—¿Por qué la gente hace estas cosas?

—Ya sabes por qué.

La voz de Mossa pareció mezclarse con los recovecos oscuros de la fábrica.

—Lo sé —respondí—, pero no lo entiendo.

Ella no contestó y, al cabo de un momento, la miré. La plataforma estaba en la penumbra, iluminada tan solo por la tenue luz del sol que se filtraba entre la niebla, el atmoscudo y las largas ventanas en el techo. Aunque el edificio no era grande, los techos altos y los bultos inexplicables de la maquinaria oscurecían sus rincones y las largas franjas de su interior.

Pese a todo, me había confiado en que estaba vacía. El silencio subyacente a los gemidos normales del viento y a los crujidos de la plataforma era completo; no vi movimiento, nada que parpadease ni siquiera en la sombra más oscura. Disponíamos de una hora y veintisiete minutos en aquella plataforma gélida mientras el carroferril con el que habíamos llegado alcanzaba la estación más occidental en ese anillo y regresaba hacia el este; si lo perdíamos, pasarían cinco horas hasta que llegase el siguiente carroferril dirección oeste. Intenté no pensar en que ni siquiera Mossa tardaría más de una hora y media en buscar pistas en un edificio vacío de tamaño medio, por muy complicado que fuera su mobiliario. Pero, ahora que la miraba, vi que fijaba la vista en la pared de la izquierda, en concreto en un fragmento

de sombra cerca del medio, entre dos geometrías de junta, tubería, caja y tubo.

Abrí la boca para decir su nombre, o quizá para preguntar qué estaba mirando; por suerte, mi cerebro se percató de mi acción antes de que pudiera hablar y la cerré de nuevo. Mossa no me miró y, aun así, pude sentir su consciencia mientras se acercaba en silencio hacia la zona oscura. Me moví a un lado; si había alguien ahí, ya nos habría visto a las dos, pero al menos nos acercaríamos desde distintos ángulos.

El viento susurraba su espeluznante y desatado aullido fuera de la fábrica. El viento en Gigante sonaba muy distinto al viento de la Tierra: más alargado, firme, intenso. Al parecer, a les recién llegades de la Tierra les inquietó. Para mí, como cubría nuestros pasos leves sobre el metal de la plataforma, casi resultó reconfortante.

Mossa fue la primera en llegar a la grieta entre dos máquinas. Se detuvo para respirar despacio y luego se lanzó dentro de su refugio.

La seguí deprisa, pero no lo suficiente: cuando doblé la esquina para asomarme a la oscuridad, oí un chillido y me arrojé hacia allá a tiempo de ver cómo sus pies desaparecían por el borde inesperadamente desprotegido de la plataforma.

El sobresalto me atrapó durante un instante, mientras me resistía a la presión inminente del duelo inmenso, y luego me recuperé y corrí hacia el borde, con tan solo la cautela suficiente para evitar tirarme por el borde también. Mossa ya no sería visible, la niebla gélida la habría reclamado enseguida y habría desaparecido de la vista antes de quedar aplastada… pero ¡no! Al asomarme por el borde, pude distinguir una silueta oscura en la penumbra y, a medida que mi visión se adaptaba, la vi allí, suspendida por la fricción de sus dedos en la curva empinada de un conducto.

Exhalé: claro, como la mayoría de la maquinaria de la fábrica se hallaba debajo de la superficie, el atmoscudo también se extendería hacia allí.

—Pleiti —jadeó Mossa, sin aliento por el impacto o el frío o el esfuerzo—, no…

Antes de que pudiera decir que no la siguiera, me tiré.

Ya fuera a propósito o porque su índice de fricción se estaba acabando, Mossa desapareció hacia abajo antes de que pudiera alcanzarla. El conducto se retorcía, tan largo y zarandeado que tuve tiempo de preguntarme si terminaría en una caldera, un compresor o una sierra de mesa (poco probable en ese tipo de fábrica, pero así es la imaginación); cuando salí por el otro extremo, aterricé en una superficie dura e implacable y, en el tiempo que tardé en recuperar el aliento, no fui calcinada, aplastada ni rebanada.

A pesar de la firmeza tranquilizadora del suelo, un estruendo y unos jadeos me alertaron de que la situación no era completamente pacífica. Me enderecé con esfuerzo y me obligué a ponerme de pie con torpeza. En la casi impenetrable oscuridad, vi a Mossa rodando en el suelo y dando patadas y a otra figura sobre ella, que sostenía algo que reunió la escasa luz en un destello.

Con un grito ronco que me avergüenzo de recordar, me lancé a por elles.

Pude derribar a la persona que sostenía el cuchillo. Parecía pequeña pero fuerte, con brazos inflexibles que, en vez de apartarme,

me tiró cerca. Con cuidado de evitar la punta afilada, conseguí meter la suela del pie entre nosotres y propinarle una patada, pero no pude alzar todo lo necesario la pierna para apartar por completo a le atacante. Fui recompensada con un gruñido, aunque casi de inmediato sentí un golpe y un ardor por el brazo. Luego Mossa golpeó la cabeza de le desconocide con algo, alejándole. Me puse a gatas para intentar respirar. Una buena inhalación y luego me levantaría para ayudar a Mossa. Querría retener a la persona, no matarla, con tal de averiguar…



Capítulo 18

Me desperté en la cama.

No era la mía.

La clínica. Me dolía todo, pero no me sentía ansiosa. Me habían cuidado y mi cuerpo lo supo antes de que se me ocurriera plantear la pregunta.

No, observé poco después; no estaba en la clínica. El mobiliario,

aunque sencillo, era demasiado personal. La habitación era pequeña, pero cuando aparté los ojos del techo vi que había varias estanterías con libros con las etiquetas sobresaliendo al azar. La manta a mi alrededor era cálida y de una suavidad reconfortante. Seguía soñolienta. Luego mis ojos vagaron por el grabado de la pared, junto a una puerta entreabierta. Era un grabado de Ío, basado en una fotografía astronómica que tomó una nave espacial sin tripulación durante la era Clásica, y conocía cada curva del satélite, porque lo había visto a menudo cuando… ¡cuando Mossa y yo compartimos habitación en la universidad!

Estaba en la casa de Mossa.

Creo que hice algún ruido, pues con esa energía repentina me giré en la cama para mirar a mi alrededor y, un momento más tarde, la puerta se abrió en silencio y el rostro paliducho de Mossa se asomó.

—Pleiti —dijo en voz muy baja—. Estás despierta. Me alegro mucho.

Entró en la habitación, cerró la puerta y se sentó en la silla junto a la cama. Me fijé en que la había colocado en ángulo hacia la almohada, como si esperara sentarse ahí o como si ya lo hubiera hecho.

—¿Llevo mucho tiempo inconsciente? —grazné con inseguridad. Recordaba la fábrica de compresión, el ataque.

—Casi un día completo. Pero no por tu herida, o no solo por ella. Te di unas píldoras de estasis en la fábrica. Tenía miedo. —Se detuvo durante un segundo y su rostro pareció oscilar en mi visión—. Tenía miedo de no poder parar la hemorragia a tiempo y estábamos lejos de cualquier ayuda.

—¿Llevas encima píldoras de estasis?

—Soy investigadora —me recordó con austeridad—. No es una necesidad tan insólita para mí.

Dejé pasar ese dato inquietante.

—¿Dónde estamos?

—En mis aposentos. —Miró a su alrededor, como si también le resultaran nuevos, aunque estaba segura de que me podría haber dicho todos los títulos de la estantería en el orden en que se lo pidiera

—. En Sembla.

No había sabido dónde vivía.

—No estamos muy lejos de Valdegeld —dije mientras intentaba incorporarme—. Podrías haber… —Las náuseas me asolaron y dudé mientras contenía las ganas de vomitar. Mossa me ofreció una palangana pequeña, pero alcé una mano (no me atrevía mover la cabeza) y respiré conforme me habían enseñado en clase de adaptación hasta que pasó—. Podrías… —empecé a decir, pero ella ya había captado el significado de mi gesto y estaba colocando las almohadas de forma que pudiera sentarme con comodidad.

—No pensé que fuera prudente ir a Valdegeld —dijo cuando me hube acomodado—. Sabemos que allí hay al menos un conspirador. Aquí podíamos recuperar energías y considerar el siguiente paso.

—Mm —respondí, porque en realidad no quise sugerir que podría haberme devuelto a mis habitaciones; más bien me estaba preguntando por qué no había venido a visitarme antes. Tragué la inconveniente pregunta y me recuperé mientras me ajustaba contra las almohadas. Qué cosas más terribles son las almohadas: tan blandas y complacientes que no se quedan del modo en que deseas durante más de unos minutos—. ¿Qué pasó en la fábrica después de que yo…?

Me callé, porque no supe cómo decir «después de que demostrase ser un punto débil».

—¿Después de que me salvaras la vida? —preguntó Mossa, y siguió hablando por encima de mi objeción—. El atacante se centró en ti, pero pude usar esa distracción para controlar la situación. Una vez me aseguré de que no ibas a morir desangrada, contuve a nuestro atacante.

Había esperado algo distinto, así que tardé un momento en comprender lo que estaba diciendo.

—¿Capturaste a la persona?

—Lo hice.

Su tono era tranquilo, aunque había una leve arruga en la comisura de su boca.

—¿Y bien? —Me esforcé en levantarme de nuevo y las náuseas fueron menores en esa ocasión—. ¿Qué noticias hay?

—Aún no lo he interrogado. Estaba atendiéndote a ti primero, y también mis propias necesidades. Y, en cualquier caso, pensé que la espera sería útil.

—Un momento… ¿Está aquí?

—En la otra habitación. —Mossa parpadeó—. ¿Qué esperabas?

—Ah, no sé, ¿quizá que hubieras entregado a ese peligroso criminal a les investigadores?

—Yo soy investigadora.

—Bueno, sí, pero… —Gesticulé en vano—. Tenía la impresión de que vosotres, les investigadores, trabajabais a veces juntes.

Y de que había lugares oficiales para interrogar a las personas y retener a les prisioneres; y de que hay a quien le gustaría diferenciar de alguna manera entre el trabajo y su vida privada. Mossa, obviamente, no apreciaba tanto sus aposentos como yo.

Aunque, claro, yo también trabajaba en mi casa todo el tiempo.

Mossa alzó un hombro. Se había cambiado de ropa; la que llevó en la fábrica se habría manchado de sangre, después de arrastrarme hasta aquí y hacer, al menos, un transbordo. Y con un prisionero. ¿A él también le había dado una píldora de estasis?

—Lo entregaré a la agencia una vez sepamos lo que debemos saber. Me pareció poco productivo hacerlo antes.

Decidí no cuestionar las políticas de su oficina, que parecía rivalizar con la de mi universidad.

—Bueno —dije, intentando aparentar vigor—. ¿Empezamos?

Esa vez sí que la vi sonreír.

—Antes necesitas comer. Te traeré sopa.

Me pregunté si estaba disfrutando de la oportunidad de ofrecerme el mismo consuelo que yo le había dado. Me pareció que sí, y permití, contenta, que me tocara con cuidado la frente y que me sirviera solícita el espeso caldo caliente.



Capítulo 19

Me recuperé mucho con la sopa, y cuando Mossa me ofreció ropa (la mía, de su valija) y salió de la habitación (por voluntad propia, yo no se lo habría pedido), fui a vestirme sin dudar. Sí que me mareé un momento al levantarme, pero la píldora de estasis había hecho su trabajo, igual que el caldo (me pregunté si también le habría echado algo). Me dolía el brazo, donde lucía una larga raya roja del cuchillo; probablemente el músculo tardaría un tiempo en unirse de nuevo, pero tenía la cabeza despejada y el resto del cuerpo poseía casi toda su fuerza habitual.

Mossa había empacado una selección de posibles prendas. Decidí que para el interrogatorio de un criminal peligroso a la bata le faltaba protección y me atavié con un conjunto que podría haber llevado a la universidad.

Mossa me aguardaba en el pasillo.

—¿Lista?

Me revolví un poco.

—No estoy segura. Mossa, ¿de verdad vamos a… encargarnos nosotras solas de este asunto, por decirlo de algún modo?

Me miró con el rostro impasible, seguramente intentando dilucidar a qué me estaba oponiendo.

—¿Quién mejor si no?

Ante su respuesta, solo pude encogerme de hombros y, al ver que no encontraba otra objeción, me condujo a la habitación contigua.

Al entrar, reflexioné sobre los usos permitidos de violencia o contención y en cómo el mundo Clásico había diferido en estos puntos respecto a las vidas que llevábamos en Gigante; sobre si los grilletes profesionales en los tobillos del hombre tumbado en la alfombra sin teñir eran mejores o peores que algo apropiado para otro uso. Esos pensamientos filosóficos se dispersaron en general, aunque no por completo, al ver la identidad del prisionero.

Me agaché junto a su cabeza.

—Bolien Trewl.

La alzó para mirarme y casi escupir.

—¡Tú! Tendría que haber sabido que estabas involucrada en esto.

Eso me pareció absurdo, porque me había metido en aquello por la mera casualidad de conocer a Mossa.

—¿Involucrada?

Pero él seguía hablando.

—Espera, ¿eras tú la de la fábrica? Tendría que haberte golpeado con más fuerza. —Y entonces sí que escupió—. ¡Mira que eres

conservadora! De todos modos, es demasiado tarde.

No pude evitar encogerme ante la calumnia; nunca me habían llamado así ni acusado de serlo.

—¿Crees que tengo miedo al cambio porque quiero mantener el Instituto de Conservación abierto? Has investigado mucho allí, Trewl, ¿cómo has podido venderles? —El hombre solo se rio, la boca retorcida con desprecio y odio. La mano de Mossa se posó en mi hombro para recordarme que no me dejara distraer de nuestro propósito—. ¿Con quién trabajas?

Le relucieron los ojos.

—¿Trabajar con alguien? —Era más una expresión de desdén que una pregunta.

—Sí, con quién trabajas —repetí—. ¿Quién se reunió contigo en la fábrica? ¿Dónde están las muestras biológicas que robaste?

Aunque sabía que las muestras estaban inertes, no pude evitar desear que no las hubiera tirado sin más por alguna plataforma.

Bolien empezó a farfullar de nuevo. Mossa se inclinó sobre mi hombro.

—Tu cómplice mató a Rechaure.

Bolien se nos quedó mirando.

—¿Re…? ¿Alguien ha matado a Rechaure? —Había empezado a decir otra cosa, de eso estaba segura, pero recapacitó tan rápido que no supe si era el inicio de una maldición o de un nombre—. ¿Por qué iban a matarlo? Ese viejo no era una amenaza para nadie.

—Deberías plantearte muy seriamente con quién has elegido trabajar.

La voz de Mossa predecía con intensidad traición y desastre, pero Bolien no pareció darse cuenta.

—No tiene nada que ver conmigo, y lo siento de verdad, pero no tiene nada que ver conmigo ni me podéis implicar. Rechaure estaba vivo y despotricando en su esquina cuando me marché de Valdegeld, y desde entonces me he mantenido lejos de allí.

Sonrió con malicia.

—¿Y qué estabas haciendo en concreto al otro lado del globo?

No pareció sorprenderse de que conociéramos su largo viaje. Encogió los hombros contra la alfombra.

—Visitaba el planeta. ¿Nunca habéis querido rodear Gigante?

—Seguro que fue un trayecto muy agitado en un carroferril suspendido —comenté.

—¿Acaso se puede llamar aventura si no hay cierta incomodidad?

Ya me estaba cansando de su sonrisita. Empecé a nombrar a las personas que parecían querer socavar el Instituto de Conservación, pero él solo se rio con más ganas al oír cada nombre, hasta que tosió y se ahogó con su propia malevolencia. Al fin, Mossa me apartó de él. Sentó a Bolien hasta que dejó de ahogarse, luego le propinó una patada para tumbarlo de nuevo sobre la alfombra y me sacó de la habitación con un gesto de la cabeza.

—Le daremos un poco más de tiempo —dijo en el pasillo—. ¿Te apetece dar un paseo, Pleiti?

Agarró su bolsa de un gancho en la pared y, al ver la mía a su lado, también me la colgué del hombro. No esperaba ir muy lejos, pero con Mossa había aprendido a desconfiar de mis expectativas.



Capítulo 20

Desde la puerta de los aposentos de Mossa bajamos dos pisos por una larga rampa hasta la calle.

—Radiación —maldije mientras nos alejábamos del edificio—. Se me dan fatal los interrogatorios.

—Nadie esperaba que se te dieran bien —respondió Mossa— sin formación ni práctica. Pero ese no es el problema. Creo que nos falta algo en nuestra narrativa teorética. —Se me ocurrió, tarde, que su

fiero ceño fruncido era una señal de intensa concentración en vez de un reflejo de ira por mi ineptitud—. A pesar de la bravuconería y un nivel inusual de arrogancia y egocentrismo, su escasa reacción a nuestras preguntas sugiere que no estamos amenazando el núcleo del secreto que está protegiendo. —Guardó silencio unos momentos, como si intentara percibir la forma de ese dato ausente. Luego, tras recordar mi existencia, añadió—: Un paseo suele ser útil… —Se detuvo de repente y me miró nerviosa—. ¿O estás demasiado cansada? ¿Te duele algo? ¿Cómo tienes el brazo?

—No me importa dar un paseo —dije, y era verdad. Eché un vistazo a mi alrededor con interés. Para empezar, no había pasado mucho tiempo en Sembla, aunque siempre disfrutaba de las diferencias entre esa ciudad, más nueva, y Valdegeld. Y, además, me interesaba ver el vecindario donde Mossa había decidido vivir.

A diferencia de Valdegeld, con sus muros escarpados y calles estrechas, restos de una época en que escaseaban las plataformas (y, de hecho, cualquier área de superficie), Sembla ofrecía edificios bajos, accesibles y espaciados entre sí. Esa plataforma era famosa por sus jardines, pequeñas plazas intercaladas con los edificios cubiertas con tierra volcánica de calidad que habían traído con bastante dificultad en las lanzaderas de Ío. Cada pocos minutos, unos árboles inesperados asomaban por la niebla matutina con destellos de un verde asediado.

—Supongo que, si volcó las células al planeta, no tiene mucho que perder —dije al fin—. Ni tampoco hay mucho que podamos hacer al respecto.

—No creo que lo hiciera. Es mucho trabajo y algo demasiado indirecto para arruinar al Instituto de Conservación. Seguro que hay otros modos. Y, aunque no los hubiera, si le pagaron por hacerlo, un hombre como él no tiraría nada potencialmente valioso. Intentaría venderlo, a pesar de los riesgos. O, no sé, usaría las células para su propia investigación académica.

—Puede que tengas razón.

—Es más —añadió Mossa y me rodeó el brazo con el suyo para guiarme al siguiente jardín—, piensa en el vagón suspendido.

En ese momento no pude pensar en nada, tan solo en la delicada presión del hueco de su codo contra el mío.

—¿El vagón suspendido?

Mossa siempre había odiado las repeticiones sin sentido, pero respondió sin irritarse.

—Ese que Bolien usó para rodear Gigante. No estaba en la estación de abajo.

—¡Entonces se lo llevó otra persona! Claro, sugeriste algo así cuando viste el quai vacío. —Me giré hacia ella y luego me arrepentí, porque apartó el brazo—. Pero ¿cómo iba a salir él de allí?

—Supongo que en el carroferril en el que llegamos nosotras. Lo asustaría cuando desembarqué tan rápido. ¿Por qué si no iba a estar escondido en la fábrica?

—Claro —dije, mortificada por no haberlo pensado antes.

Mossa me sonrió.

—Te llevo ventaja con estas preguntas, ya que has estado inconsciente.

El parque en el que nos hallábamos estaba vallado para proteger mejor el follaje de las tormentas; me pareció que era un poco más grande que mis aposentos en Valdegeld, pero los densos arbustos y los senderos sinuosos lo tornaban recóndito y misterioso, como si pudiéramos perdernos en él. El ambiente casi parecía caldeado entre las marañas espinosas.

—Qué lugar tan bonito —dije, un comentario trivial pero sincero.

Mossa resopló un poco.

—No es Valdegeld.

Me giré de nuevo para mirarla; fruncía el ceño.

—Es más agradable que Valdegeld en muchos sentidos.

—Sí, es práctico y hay… —Señaló el follaje con un ademán brusco de la mano—. Pero no tiene, ah, la peñascosa plenitud de la historia en todo su glorioso abigarramiento de estilos arquitectónicos o el aire augusto de la academia permeando el atmoscudo…

—No sé qué guías estás citando —farfullé entre risas—, ¡pero son terribles! Y sí, le tengo mucho cariño a Valdegeld, pero… —Pretendía decir algo como «Sembla también es maravilloso» o «Es agradable cambiar de aires de vez en cuando». Sin embargo, la miré a la cara,

ávida y ceñuda, y dije—: Pero también te tengo cariño a ti.

La expresión de Mossa era la misma que había lucido en clase de silvicultura teorética cuando la profesora había ofrecido problemas cada vez más difíciles a les estudiantes hasta que Mossa, ella sola, había comprendido el paradigma final: como si yo fuera tan fascinante y satisfactoria de entender como la pregunta más difícil. Pero entonces sacudió la cabeza.

—Pleiti. No he cambiado.

—¿Que no has cambiado? ¿A qué te refieres con que no has cambiado?

¿Que no había cambiado de opinión sobre mí? ¿Sobre Valdegeld y mi trabajo y…?

—Desde la universidad.

Me reí. Creo que, al mismo tiempo, le agarré la mano; o quizá ya lo había hecho.

—Mossa. Es evidente que has cambiado desde la universidad.

—Cuando nosotras… cuando tú… dijiste que ya no querías una relación romántica conmigo. En la universidad. —Como si pudiera olvidar la época que pasamos juntas—. Dijiste que era descuidada y dura de corazón y valoraba demasiado mi dedicación personal al trabajo y no suficiente el bien común y…

—Yo… —No supe cómo responder.

—Y es cierto, ¡todo eso sigue siendo cierto! Y tú eres una académica en Valdegeld, como siempre soñaste, y estás haciendo un trabajo importante para devolvernos a la Tierra…

Algo resonó en el fondo de mi mente, pero no tuve tiempo para prestarle atención.

—Mossa. Mossa. Tu trabajo es importante. Y… y… y no sé nada sobre la cultura de les investigadores, pero sé que tus colegas te respetan, incluso te admiran. Y tienes tu propia casa en esta hermosa ciudad. Has cambiado desde la universidad, aunque no de la forma en que yo… Y sobre todo… no me importa.

—¿No?

Debería haberme importado, lo sabía, pero me dio igual.

—No.

—¿Eso significa… que tú…? Pleiti, ¿puedo besarte?

—Sí —dije a toda prisa y la rodeé con los brazos.



Capítulo 21

Habíamos llegado, de algún modo, a un pequeño césped (como se solían llamar estos sitios) en el interior del jardín, donde la vegetación no crecía por encima del nivel de la rodilla y un pequeño banco a un lado sugería la contemplación pacífica de lo que quedaba de la naturaleza de otro planeta.

Observé a Mossa (quien, al fin y al cabo, era un resto de la naturaleza de otro planeta). Sabía que la jugada era ridícula. Tal como había dicho, no había cambiado, no en los aspectos que hicieron

imposible nuestra relación hacía tantos años. Ella era poco romántica, distante, se centraba en su intelecto insólito y no le interesaban los temas que a mí me apasionaban. Y yo era una académica en Valdegeld, una situación tanto privilegiada como precaria, donde esperaba contribuir, aunque fuese de un modo marginal, quizá ni siquiera como nota al pie, al gran proyecto que era la repoblación de la Tierra…

Los labios de Mossa encontraron un punto sensible en el lado de mi cuello y, con un escalofrío de delicia, aparté por el momento esos vectores incómodos de mi mente.

Sin embargo, regresaron en la siguiente pausa. No tenía ni idea del horario de trabajo de una investigadora, aunque en esos últimos días Mossa parecía dueña y señora de su tiempo. ¿Quizá podría…? Interrumpí la idea y centré mi atención de nuevo en su exquisita oreja, en la suavidad de su cabello…

Y, de nuevo, la forma en la que había capturado (¡capturado!) a Bolien, nada más y nada menos que un colega mío, aunque uno que no me caía en gracia, me resultaba desconcertante; esas acciones y esa licencia… Mis pensamientos se confundieron y posé la mirada en lo que nos rodeaba. Un grillo cantó entre los brezos. Mossa apoyó la cabeza en mi hombro con un suspiro suave. Un pequeño azor aterrizó en el suelo a un metro escaso, escarbó en la tierra, nos dirigió una mirada como un relámpago y echó el vuelo de nuevo para desaparecer enseguida en las tinieblas. Seguí el salto, fascinada; en Valdegeld no teníamos azores, solo palomas.

En las plataformas donde habían introducido los azores, las palomas nunca duraban, destrozadas antes de que pudieran propagarse. Oí que en un lugar reanimaron a cien palomas de repente (no sé por qué alguien tenía tantas ganas de tener palomas, entre todas las cosas; sería por alguna noción romántica terrestre), pero los azores ya estaban demasiado establecidos (los azores habían sido otra idea romántica terrestre y estuvieron muy de moda cuando introdujeron animales en Gigante) y acabaron con ellas en poco tiempo.

Era un problema común; había ocurrido en la Tierra múltiples veces, con especies invasivas que desequilibraban ecosistemas; había ocurrido durante la breve estancia de la humanidad en Marte y había contribuido a convertir ese planeta, asolado ya por la minería y la extracción, en tan inhabitable como la Tierra. De hecho, era un objetivo de mi trabajo, la razón por la que íbamos con tanto

cuidado…

—¡Mossa! —Ya estaba jadeando, mi cuerpo ahuecado por la certeza, la inevitabilidad, una idea tan repentina como el ataque de un azor. Mossa alzó la mirada, sobresaltada—. Mossa. —Al parecer, no me salían más palabras—. La lista de células robadas. ¡Del Instituto de Conservación! ¿La tienes?

Rebuscó en su bolsa. Tenía la suya y yo la mía, con el horario de los carros; podíamos marcharnos de inmediato. Eché a andar casi antes de que me pasara el listado y me siguiera.

—¿Qué pasa?

La examiné y se la devolví.

—Te lo explicaré en el carroferril. Tenemos que irnos. ¿La estación más cercana?

—¿Tenemos que llevar a Bolien?

—No. No nos iba a contar nada. No creo que sea de utilidad ahora. —Lo cierto era que no podía soportar un largo trayecto con él atado y sonriéndonos con malicia o, peor, en estasis—. Eh… ¿Hay alguna forma de que puedas…?

Aunque no me cayera bien, no podía abandonarlo allí, atado en el suelo de Mossa.

—Enviaré un telegrama desde la estación —respondió, asintiendo, y luego tomó la iniciativa con paso más rápido que el mío, porque confiaba en mí incluso antes de que se lo explicara.

Cuando alcanzamos la estación, estudié el panel de salidas y el horario mientras ella corría a telegrafiar a les investigadores. Cuando regresó, yo ya había seleccionado un quai y movía el pie y los dedos con impaciencia. Mossa echó un vistazo a la lista de estaciones en la ruta, pero no dijo nada, bendita sea.

—¿Todo arreglado? —pregunté.

—Sí. Lo he enviado a la estación y le he pedido a una colega que tiene la llave que vaya a recogerlo. —No tuve nada que decir ante eso, lo que, de algún modo, causó que ella siguiera hablando—. Ella… Nosotras… estuvimos en una relación. Antes. Por eso tiene mi llave. Pero ya no.

Sonreí sin querer: Mossa nerviosa. Por… ¿era posible? Sí, parecía ser la única interpretación: por mí.

—Suena razonable —dije—. ¿Deduzco que eso no ha generado problemas en vuestro trabajo?

—No. —Mossa parecía aliviada—. En absoluto. Fue muy… —La pausa se alargó una cantidad de tiempo inverosímil—. Quiero decir, es bastante…

Perdió el hilo por segunda vez, con más alivio incluso, cuando el carroferril apareció en la lejanía del anillo.



Capítulo 22

Por desgracia, pasaba una hora del amanecer y mucha gente que utilizaba el corredor Sembla-Arkenist-Pyl viajaba al comienzo de sus días, por lo que nuestro compartimento estaba lleno. En Arkenist, Mossa, con una previsión admirable o quizá un hambre incontrolable, saltó fuera para comprar un par de paquetes de comida de un vendedor en la estación. Cuando me entregó el oloroso paquete, descubrí que yo también necesitaba comer y lo consumí con los hombros encorvados rodeada de otres pasarejes. Hasta que el carroferril no partió de la concurrida estación de Pyl, no nos quedamos a solas en el compartimento.

Mossa aguardó un rato después de dejar atrás la estación, para asegurarse que ningune rezagade entrase en nuestro aislamiento.

—¿Tenemos tiempo?

—Unas horas todavía —dije, cansada de repente por el enorme secreto que cargaba. No era que no quisiera contárselo; de hecho, depositarlo en sus manos competentes sería lo único que me ofreciese cierto alivio. Y, aun así, la idea de decirlo en voz alta me inspiró una reticencia profunda.

La mirada de Mossa era distante, y supe que repasaba la lista de estaciones de esta línea y luego sus transbordos, para intentar comprender a dónde íbamos. Pero no hubo ningún destello de comprensión y me espabilé.

—Es… —Aún me costaba decirlo. Saqué el listado que me había dado en el jardín—. Mira. Los biomateriales no guardan ningún tipo de orden… o quizá es un orden que tiene sentido para les trabajadores del mauzooleo, basado en los hábitats donde estaban localizados o algo así. Pero, si pensamos en las relaciones entre especies de animales y plantas…

Aguardé, con la esperanza de que lo viera. Sin embargo, era una lista extensa y movió los ojos arriba y abajo durante unos segundos antes de abrirlos de par en par.

—¿Crees… que podría ser un ecosistema?

—O un intento, en cualquier caso. —Tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta—. Bolien… Tenías razón sobre él, esto va más allá que atacar el Instituto de Conservación. Por eso se rio con tantas ganas, porque se dio cuenta de que no lo sabíamos. Sus teorías

sobre la altitud… Podría elaborar una lista para una localización concreta en la Tierra.

En esa ocasión, todo su semblante cambió por la conmoción.

—¿Crees que van a enviar las muestras a la Tierra?

Asentí y me rodeé el abdomen con los brazos.

—Las enviarán y… y, si tienen un poco de suerte y llegan al lugar correcto y han planificado bien el material del cohete, podría pasar. Reanudarían la vida en la Tierra con este conjunto de animales y… y todo nuestro trabajo, el de todes les académiques, todas las horas dedicadas, toda la planificación, todo nuestro cuidado…

Me doblé en el asiento y, unos momentos de duda más tarde, la mano de Mossa empezó a masajearme los hombros.

—Pero… —empezó a decir, luego se lo pensó mejor—. Aunque comiencen en una zona, eso no alterará los planes para todo el planeta, ¿verdad?

—Podría, sí. Hay… Existen muchos factores, Mossa. Por eso vamos con tanto cuidado, por eso estudiamos las proporciones exactas de lo que funcionó antes de que consiguiéramos cagarla tanto. Empezar de cero así es una cosa. Pero intentar integrarse con un ecosistema existente, aunque sea uno limitado a una zona… No sé. —Decírselo me había venido bien. Ya empezaba a sentir un susurro de esperanza—. Es posible. Hablaré con el resto de académiques, les directores de investigación, el decano de la facultad de Clásicas…

—Eso será si no les detenemos. Deduzco entonces que vamos a Uliram.

Era el único puerto espacial con instalaciones para viajes extraorbitales; apenas se usaba para otra cosa más que sondas.

—Lo más probable es que ya se hayan marchado —dije con tono lúgubre.

—O quizá no —respondió Mossa. Tiró con suavidad de mi cabeza y la apoyé en su hombro—. Eso es. Los carroferriles suspendidos son más lentos y a lo mejor tenían más preparativos que hacer. A ver con qué nos encontramos. Y, si se han marchado, también nos encargaremos de eso.

Siguió frotándome el hombro durante un rato largo, incluso después de quedarme sin lágrimas, y aun entonces tan solo reajustó mi postura sobre su pecho para poder reclinarse con más comodidad; nos quedamos así, con su brazo a mi alrededor. La comodidad era más dulce que sus besos, y esos ya fueron dulcísimos.



Capítulo 23

A medida que nos aproximábamos a Uliram, mi estado de ánimo se tornó más optimista.

—Seguro que les agentes del puerto espacial les habrán detenido antes de despegar. No es tan fácil entrar y requisar un cohete.

—Mmm.

El semblante de Mossa no era confiado y en la siguiente parada su

escepticismo recibió cierto apoyo, aunque no se corroboró por completo. Detenidas en la estación (era Jarbin, una plataforma lo bastante grande para que el carroferril se detuviera varios minutos antes de partir), un operador subió a bordo y examinó un compartimento tras otro hasta que pudo entregar un endeble telegrama a las manos en espera de Mossa; luego se lanzó al quai cuando el vagón se estremeció con una sacudida premonitoria.

Mossa leyó el mensaje y luego me lo pasó.

—Mi colega —dijo, con tan solo un poco de vacilación. Su caparazón insensible volvió a cerrarse de nuevo—. Cuando envié el telegrama desde la estación de Sembla, le pedí que investigara unos detalles y me enviara cualquier dato relevante a este anillo.

El mensaje rezaba:

Única ausencia notable de Valdegeld en las fechas señaladas es rector Spandal

—Alguien de su posición —comentó Mossa mientras yo observaba el mensaje— tiene la posibilidad de sobornar o pasar por alto cualquier resistencia.

Alcé la mirada, horrorizada.

—¡Seguro que no!

—¿El rector es un sólido defensor de la facultad de Clásicas?

Empecé a responder y tuve que parar. Lo cierto era que me hallaba a demasiados peldaños por debajo del rector como para haber mantenido alguna interacción directa con él en las esferas sutiles de la política universitaria. Pero la pregunta de Mossa me recordó los múltiples comentarios indiferentes, el antagonismo sutil, varias sugerencias redactadas con cuidado en el discurso académico sobre que el grandioso proyecto del departamento de Clásicas estaba tardando demasiado.

—Pero aun así… esto… inmoral… totalmente… más… —Me di cuenta de que farfullaba y respiré hondo. Cuando hube controlado mi rabia, lo que salió de mi boca fue—: Este hombre ostenta mucho poder en el mundo académico. ¿Por qué necesita hacer algo tan vergonzosamente deshonesto?

Mossa respondió con una cita Clásica:

—«¿Por qué son los hombres?».

—Vale, pero, aun así… Este hombre podría haber entorpecido o apresurado nuestro trabajo de múltiples formas… —Me detuve de nuevo, en esa ocasión para considerar si lo había hecho, con tanta sutileza que no nos habíamos percatado, pero aparté esa idea a un lado y proseguí—: ¿Cómo justificará el robo de muestras biológicas, el menoscabo del proceso de decisión colectivo de todo Gigante, por no mencionar el asesinato del pobre Rechaure?

—Con un poco de suerte, tendrás la posibilidad de preguntárselo.

Mossa señaló la ventanilla y allí, cerniéndose en la niebla delante de nosotras, la enorme aguja de un cohete indicó que nos acercábamos al puerto espacial.



Capítulo 24

La plataforma de Uliram estaba dedicada en exclusiva al puerto espacial; no había habitáculos y tan solo la administración mínima, ambos relegados a otras plataformas cercanas (pero no demasiado cercanas) para reducir el número de muertes por las explosiones accidentales o incluso por las consecuencias completamente intencionales en el lanzamiento de un cohete que se impulsaba mediante una explosión concentrada que canalizaba combustible del planeta para quemarlo dentro de la plataforma, en vez de en el cohete, como solían hacer desde la Tierra.

Pero, aunque no era insólito que no hubiera nadie en el quai solitario de la estación, resultaba inquietante que no hubiera nadie en absoluto. Y cuando vimos que la entrada al puerto espacial también estaba sin vigilar, empecé a preocuparme de que Mossa tuviera razón.

—Mossa…

—Date prisa —me apremió por encima del hombro.

—Pero Mossa —dije, jadeando un poco mientras corríamos por el angosto laberinto de paredes protectoras que nos guiarían hacia la plataforma de lanzamiento—, si llegamos en el momento del despegue…

—Oiremos, y seguro que sentiremos, la maquinaria mientras concentra y calibra la explosión mucho antes del despegue —me aseguró, sin dejar de correr a medio gas por delante de mí. Al parecer, había adquirido cierta experiencia en ciencia espacial—. ¡Ah! ¿Notas esa vibración?

Para ser sincera, no la notaba, pero quizá se debiera a mi corazón galopante y a nuestros pasos, que resonaban en los estrechos pasillos, así que me fie de ella.

—¿Cuánto… tiempo… nos deja… eso?

—Al menos veinte minutos. Hay un gran rango de fuerza y direccionalidad que deben ser precisamente… ¡Ah!

Habíamos salido a la primera de las amplias zonas de lanzamiento. Esa, sin embargo, estaba vacía.

—¿Ya habrán despegado?

Mossa no se molestó en responder, sino que echó a correr hacia la pared más alejada.

La seguí por tres zonas de lanzamiento desocupadas, cada una sin tejado, protegidas tan solo por el atmoscudo y abiertas a las lunas orbitantes. La seguí por los pasillos que se duplicaban, estratificados entre esas zonas a medida que la vibración del mecanismo de despegue aumentaba a nuestro alrededor hasta el punto de que incluso yo podía oír las reverberaciones en las paredes y el suelo.

En la cuarta zona de lanzamiento, encontramos un cohete.

Era más pequeño de lo que esperaba, pero estaba blindado de un modo amenazador. Por los múltiples diagramas teoréticos que había visto, reconocí la ojiva especialmente diseñada para desintegrarse y distribuir células congeladas en los paquetes de reanimación.

—Lo va a hacer de verdad —jadeé.

Mossa, que al fin había dejado de correr (y, para mi satisfacción, al menos respiraba con dificultad), me tocó el brazo y señaló con la barbilla la consola que había cerca de la base de la nave espacial y la silueta que se inclinaba sobre ella.

Me olvidé de mi cansancio y, por una vez, adelanté a Mossa presa de la furia. Por suerte, el rugido del mecanismo de lanzamiento había aumentado hasta que resultaba molesto, y el rector Spandal (porque, en efecto, era él) no percibió mi presencia hasta que lo agarré del hombro encorvado y augusto y lo aparté de un tirón del panel.

Furioso, juntó las cejas, pero por lo demás su rostro permaneció en blanco; no me reconoció. ¿Y por qué debería? Yo tan solo era una esbirra poco importante entre miles que invertía mi tiempo, esfuerzo e imaginación en un proyecto al que él había decidido oponerse o no esperar. Aquello me sofocaba tanto, y mi descaro por aparecer y, encima, abordarlo, lo habían sorprendido a tal nivel que ningune de les dos conseguimos decir nada antes de que el grito de Mossa resonara por la plataforma:

—¡La Agencia de Investigadores de Sembla le hace responsable del asesinato de la persona conocida como Rechaure…!

—¡Qué! —bramó el rector. No era una pregunta, tan solo indignación.

—Y de la conspiración del robo de materiales biológicos del…

—¿Robo? Se va a enterar…

—… y del uso indebido de un lanzamiento no permitido…

—Tengo autoridad para…

—¿Cómo se atreve? —grité por encima de les dos. Señalaba el cohete con un dedo—. Va a anular años, décadas de planificación para la rehabilitación de la Tierra, a retrasar el momento en el que por fin podamos volver…

—¿Retrasar? —El rector Spandal se giró por completo hacia mí, meciéndose en la fuerza de su rabia o de su justificación—. ¿Retrasar? ¡Les muy necies de Clásicas nunca os habríais decidido! ¡Nunca habríais estado listes para empezar! Créame, he estado esperando, aguardando, a que ocurriera la repoblación en mi vida o en vida de mi hijo, pero…

—¡Y lo retrasará más décadas, o incluso siglos! —le grité—. Con esta acción precipitada, irresponsable y egoísta, distorsionará la evolución de…

—¡Nunca será la Tierra! —Aquello fue casi un alarido—. ¡No la Tierra que la gente de Clásicas diviniza! Nunca será exactamente como antes y eso significa que nunca estaréis dispuestes a dejarnos volver. —Se inclinó hacia delante para agarrarme de la camisa y tirar de ella—. Estáis muy felices aquí, estudiando vuestros textos antiguos, bien cómodes en esos aposentos ridículos que nosotres os damos. ¡No me extraña que no sintáis ninguna urgencia! Bueno, señorita, a mí me da igual lo que crea que debería pasar. ¡Yo voy a ir al planeta en el que debería estar viviendo!

—¿Que va a ir? —La ausencia total de cimientos en su plan emborronó todos sus insultos; no me lo podía creer—. ¿Va a ir físicamente a…?

—A la Tierra. —El rector enderezó la espalda y luego se alisó la ropa—. Usted puede seguir soñando sobre un meta-ecosistema que ha desaparecido para siempre mientras yo respiro aire y nado en agua y…

—No está listo —dije, desesperada de repente por salvar la vida de ese estúpido y prepotente hombre—. Va a respirar veneno, nadar en veneno…

—Eso nos dicen. Pero yo voy a descubrir si es verdad.

—No irá a ninguna parte. —Mossa había sacado un latigolazo, el arma no letal de les investigadores—. Voy a pedirle que detenga ese cohete por su propia…

—¡Mossa! —grité mientras el profesor Porbal salía de la penumbra a su espalda, con los brazos hacia atrás para asestar un golpe con, según vi cuando lo arqueó hacia nosotras, un objeto de metal. Una tubería, quizá, o una llave inglesa. Debería haber gritado «¡Agáchate!». Me pasé meses despertándome sudando y deseando haberlo gritado, pero quizá no capté a tiempo el ángulo de su ataque y

quizá hubiera dado igual.

Mossa por lo menos fue lo bastante rápida para girarse hacia él, con lo que el golpe fue en la cara y no en su nuca. La sangre salió proyectada de un modo horrible y me lancé a por Porbal (esa es otra, ¿cómo no se me había ocurrido que esa persona, que sabíamos que formaba parte de la conspiración, podía estar allí, que ese rector loco no estaba a solas?) y lo tiré al suelo. Alcé la mirada a tiempo para ver al rector Spandal meter una llave en el panel de control, girarla y luego sacarla. Miró en nuestra dirección una vez; el resplandor de los intermitentes le iluminaba la cara de un modo dramático y la retorció en una carcajada de desdén, con la mano de la llave cerrada en un puño. Luego echó a correr hacia el cohete.

Yo seguía forcejeando con Porbal. Había aterrizado debajo de mí, pero agarraba la tubería y casi me dio una piña con ella antes de que le sujetase la muñeca con ambas manos. Clavé la rodilla debajo de sus costillas mientras peleábamos y él me empujó con su mano libre e intentó ponérmela en la cara, pero, a pesar de no haber podido seguirle el ritmo a Mossa durante la carrera de antes, sí que refuerzo mi vida académica con algo de ejercicio; por lo menos, subir las escaleras hasta mis aposentos me había fortalecido los cuádriceps. Pude empujar la mano del arma hasta la plataforma y luego alzar el pie para pisarla hasta que la soltó; al levantarme, le propiné unas cuantas patadas de más y lo dejé tan aturdido que tuve tiempo de agarrar el latigolazo de Mossa y atarlo con él (nunca me había dado cuenta de lo agradables de manejar que son esas armas: el giro de la muñeca, la contracción satisfactoria de las cuerdas alrededor del objetivo. Tuve que admirar el dominio de Mossa para no usarlo más).

Mossa estaba tumbada en el suelo, la mejilla herida hacia el cielo; parpadeaba con la mirada en blanco.

—Mossa —susurré, ese quedo eco ya lleno de culpa por el último grito mal empleado que le había dirigido—. ¿Estás bien? ¿Puedes moverte?

Parpadeó de nuevo y murmuró algo, pero con la escasa claridad de una amante adormilada, sonidos que aparentaban ser sílabas coherentes pero eran imposibles de descifrar. Mossa solía hablar en sueños, cuando compartíamos cama en la universidad.

Me limpié las lágrimas. Porbal estaba en el suelo, maldiciendo, a unos metros de nosotras; la plataforma vibraba con gran estruendo. Deslicé las manos debajo de la cabeza de Mossa, con la idea de

acunarla con cuidado sobre mi regazo, cuando una voz grabada sacudió más el hangar:

—Lanzamiento —proclamó con ese acento de timbal que expresaba «culto» cuando ese puerto espacial se construyó y que ahora sonaba arcaico— en diez minutos.



Capítulo 25

De algún modo, conseguí que Mossa se pusiera en pie, pero se apoyaba con tanta fuerza que más bien cargué con ella. Resentí cada empellón y cada golpe de su cabeza contra mi hombro. No me sobraba nada para Porbal, solo una mano, y agarré el extremo del latigolazo para arrastrarlo detrás de nosotras. Mi brazo recién apuñalado protestaba con cada paso mientras él gritaba. Hasta que no cruzamos la plataforma de lanzamiento casi entera, no me di cuenta de que sus gritos no se debían a que lo arrastrase por el suelo, como en mi culpa había creído, sino porque lo arrastraba lejos del cohete.

—¡Déjame iiiiiiiiiiiiir! —bramó—. ¡Se suponía que iba a iiiiiiiiiiiir! Por favor, por favor…

Y entonces se echó a llorar de un modo tan lastimoso que quizá hubiera cuestionado mi decisión si el rector Spandal hubiera mostrado la más mínima propensión a detenerse y subirlo al cohete en vez de incinerarlo en la plataforma, si no hubiera estado tan desesperada por escapar como para detenerme un momento y, por supuesto, si no hubiera intentado matar a Mossa.

Así las cosas, lo llevé por toda la primera pared de protección (por suerte, había caminos rápidos diseñados para emergencias; no sé si podría haberles arrastrado a les dos hasta el laberinto de la entrada) y lo abandoné en la siguiente plataforma de lanzamiento. Me recordé que esas paredes existían para proteger las zonas de lanzamiento contiguas: no podrían haber diseñado el puerto espacial para destruirse a sí mismo con cada despegue. («Aunque —susurró un argumento en contra— sobre todo despegan lanzaderas sencillas a órbita; ¿quizá este intento interplanetario cause más daños?»). Llevaba gritándome que lo soltara durante los últimos cuarenta segundos (tiempo cronometrado con precisión por los avisos de cuenta atrás cada diez segundos); en cualquier caso, no podía cargar con les dos mucho más. Solté el latigolazo, aunque me costó abrir la mano acalambrada, y alcé a Mossa con ambos brazos; pesaba, pero apreciaba ese peso y mis fuerzas resurgieron como nuevas. Porbal estaba ya demasiado cansado para gritar, aunque sus sollozos nos siguieron por ese terrible espacio hasta que la puerta de la siguiente pared de protección se cerró a nuestra espalda.

Si el peso de Mossa en mis brazos me había parecido insignificante después de arrastrar a dos personas por la primera plataforma de despegue, cuando estábamos a mitad de camino de la última apenas podía avanzar a trompicones con ella. La atmosfanda se me había escurrido y la dura mezcla de oxígeno me escocía en los pulmones sobrecargados. Habíamos llegado a los dos últimos minutos de cuenta atrás. Estaba casi segura de que nos hallábamos a salvo de la explosión, pero una parte atávica de mí, sin duda codificada genéticamente durante las épocas violentas de la Tierra, se negaba a creerlo e insistía en alcanzar la estación cuanto antes. El espejismo de un carroferril, con las puertas abiertas y listo para sacarnos a toda prisa a lo largo del anillo, me apremiaba a seguir adelante, pero, cuando al fin llegué a la estación, la encontré vacía, y el siguiente carroferril no pasaba hasta dentro de otros nueve minutos. Fue casi un alivio: no podía hacer nada más. Me hundí en el suelo de la estación, deslicé a Mossa con más delicadeza bajo un banco y luego me

introduje yo, para colocarme sobre ella.

Es posible que dijera algo coherente en ese momento, pero no pude entenderlo con mis jadeos.

—Saldrá bien, todo irá bien —dije entre un jadeo y otro, o algo por el estilo—. Solo unos minutos más. Todo irá…

No sé cuántas veces lo repetí antes de que la explosión me interrumpiera.

La plataforma se sacudió con la fuerza suficiente para revivir mi miedo infantil de que todo el planeta se prendía fuego, pero, cuando no se produjo la correspondiente ráfaga de calor, me retorcí como una tonta para sacar la cabeza fuera del banco y la ladeé hacia el cielo. Los parámetros técnicos del puerto espacial parecían ser adecuados: no hubo fuego, ni cayeron escombros y, cuando miré por encima del tejado de la estación, vi que el cohete plegaba los cielos camino a la Tierra.



Capítulo 26

Transcurrieron unos días pesados de convencer a agentes horrorizades, de importancia cada vez mayor, sobre lo que había ocurrido y que, por mucho que les costara creerlo, había sido el rector Spandal quien lo había hecho. Oí infinidad de explicaciones improbables sobre la ausencia empírica del rector y bebí muchos litros de té antes de que la aceptación de los eventos, aunque no de sus implicaciones, alcanzara por fin una masa crítica. Pensé que en ese momento podría retirarme a mis aposentos para disfrutar de varios baños calientes y, quizá, dormir dos días, pero mi mera presencia

durante la aclaración del embrollo, aunque fuese de casualidad, parecía significar que mi opinión era crucial para todo lo que siguió. Me necesitaban en una reunión tras otra, en una sesión informativa tras otra, en todos los distintos intentos de explicar y extrapolar las consecuencias delante de varios cargos de liderazgo; un tiempo que no podía pasar junto a Mossa mientras la trataban de su contusión y un pómulo roto. Cuando insistieron en que participara en la búsqueda de un nuevo rector, me di cuenta de que, por la extraña alquimia de proximidad a la importancia, mi estatus en la universidad había cambiado para siempre.

Porbal sí que sobrevivió, aunque con el oído un tanto dañado; aun así, me supuso un gran alivio cuando me dijeron que lo habían encontrado vivo. Los enfrentaron, a Bolien y a él, de la forma habitual y, de la forma habitual en que los individuos que creen que el mundo debería doblegarse a su voluntad, se vendieron el uno al otro con esmero, aunque sí que intentaron achacarle gran parte de la culpa al rector Spandal. Según Porbal, fue el rector quien nos lanzó el caracal en el mauzooleo; dijo que Spandal se lo contó después, entre risas, como un plan absurdo, pero uno al que no se pudo resistir. Los tres hombres estaban convencidos de que podrían sobrevivir a la Tierra mientras un ecosistema se desarrollaba a su alrededor.

Valdegeld (representado en parte por esta servidora), les investigadores y las autoridades para la repoblación de la Tierra pudieron lanzar una sonda en tiempo récord, dos días después de la partida del rector. Seguirá al cohete, aunque más despacio, y entrará en órbita alrededor del planeta para enviar, con suerte, imágenes que confirmen el destino del rector y, lo más importante, el del material biológico adicional que se había llevado.

Durante las conversaciones sobre este lanzamiento (que, tiempo récord o no, me parecieron casi interminables), no pude evitar que mi mente vagara. Sí, era un trabajo vital, pero también era obvio que tenía poca paciencia con los detalles. Cuando no repasaba momentos históricos o especulativos con Mossa, fantaseaba con una vida alternativa en la Tierra. Resultaba difícil: me imaginaba saliendo de una casa y veía hierba y tierra, para luego darme cuenta de que me había imaginado con una atmosfanda puesta. «Respirar aire, nadar en agua», había dicho el rector, y esas palabras se enroscaron en mi cerebro. ¿Acaso vivir en el planeta para el que habíamos evolucionado relajaría unos músculos que tensaba sin darme cuenta? Aunque, claro, habíamos alterado la Tierra, mayormente a propósito, hasta que alcanzó un estado muy distinto para el que habíamos evolucionado. ¿De verdad nos daría la bienvenida? Si regresar significaba ajustarnos

otra vez del mismo modo que en el exilio, ¿valdría tanto la pena?

«No será la misma Tierra»; él también había dicho eso. Quería creer que siempre había sabido que la Tierra repoblada no sería, por supuesto… por lo menos no exactamente la misma. Aún me dolía oírlo, un dolor al que acompañaba un terrible pinchazo epigenético por un ecosistema que nunca había conocido pero que quise, que siempre quise.

Pasarán, claro, unos meses antes de que cualquiera de las naves llegue a su destino. Se habló de enviar una nave adicional con tripulación, con su propio cargamento de especies seleccionadas con cuidado, como una especie de contrapeso al enfoque menos integral que el rector. El argumento consistía en que unos cuantos días, o unas cuantas semanas incluso, no causarían gran diferencia, y les académiques series de Clásicas podrían recuperar algo de control y hacer un experimento más viable y adaptado a nuestros principios. Sin embargo, les académiques implicades no han llegado a un acuerdo sobre la selección concreta de especies que enviar, y les biólogues especulatives que colaboraban en el problema coinciden en que la ventana se está cerrando.

Fue este último acontecimiento el que me impelió, si no a sentirme desesperada, al menos a salir de la reunión, encaminarme hacia la estación y subir al carroferril de Sembla. Como cada vez que montaba en uno de esos vehículos, recordé ese día en el puerto espacial: acarreé a Mossa para ponerla en pie tras la explosión y la llevé casi a rastras hacia delante mientras observaba el reloj con la preocupación irracional de que el carroferril no llegase; luego, el alivio que sentí al verlo acercarse con exactitud a la hora establecida, las expresiones en los rostros de les otres pasajeres cuando subimos a duras penas al vagón… Sacudí la cabeza para apartar esas imágenes. Seguro que esos recuerdos desaparecerían con el tiempo. Para ayudarme con eso, había traído un libro para el trayecto; nada Clásico, sino una saga Moderna ambientada aquí en Gigante.

En Sembla, caminé despacio hacia la casa de Mossa. Me había dicho que fuera a cualquier hora; ella salía a pasear de vez en cuando (me la imaginé en aquel jardín, nuestro jardín, donde nos habíamos besado), pero, como ocurría cada vez que la visitaba, me pregunté si había ido alguien más, como esa «colega» con la llave…

Pero, al igual que la otra vez que fui de visita, Mossa estaba sola. Había un libro, una novela Clásica, en la mesa y los restos de un guion gráfico en la pared, pero cuando le pregunté en qué había estado

trabajando gruñó algo sobre la cantidad de papeleo necesaria para cerrar el caso.

—Pero si no está cerrado —solté—. No sabemos qué le pasará a Spandal o a la Tierra.

Para mi sorpresa, alargó un brazo y me moví para sentarme a su lado, apoyada en ella. Mossa estaba haciendo esos gestos cada vez más y, aun así, me sorprendían en cada ocasión. Le hablé de la reunión y del punto muerto, y ella escuchó, pero dudó a la hora de hablar.

—Por eso me llamó… esa palabra que empieza por ce —dije al fin, sorbiéndome los mocos. Me había echado a llorar mientras hablaba y aún no había parado por completo—. Queremos que todo sea perfecto, que sea como fue antes y… y así nunca lo encontraremos. Y por eso no haremos nada. Nunca nos decidiremos. Quizá… —No me atreví a decir en voz alta que Spandal quizá tuviera razón.

Mossa empezó a masajearme la espalda, con expresión reflexiva.

—La facultada de Clásicas puede ser un poco… rígida —dijo con cautela—, pero Spandal también se equivoca. Intentar aproximarnos a un pasado idealizado es tanto inútil como absurdo; sin embargo, alterar de forma individual lo que debería ser un esfuerzo conjunto es egoísta y no mucho mejor.

—Pero, entonces ¿qué? ¿Nos quedamos aquí para siempre?

Mientras hablaba, recordé otra cosa que había dicho Spandal: «Estáis muy felices aquí, estudiando vuestros textos antiguos, bien cómodes en esos aposentos ridículos». Sabía que era un ataque: me había hecho estremecerme con culpa en el momento y lo seguía haciendo cada vez que lo recordaba. Pero ¿acaso era tan terrible? Sí, me gustaban mis cómodos aposentos y mis textos antiguos. Mi respiración se tranquilizó con solo pensar en ello, en les estudiantes, en las entradas que tenía para la opereta dentro de unos días, y en el trayecto fácil para ver a Mossa. Si no había un gran proyecto de regreso, ¿con eso me bastaría?

Mossa, mientras tanto, estaba respondiendo a lo que debería haber sido una pregunta retórica un tanto imposible.

—Estoy segura de que existen enfoques que no caen en ninguna de esas dos trampas. —Procedentes de otra persona, esas palabras me resultarían vacías y reconfortantes, pero vi que la mente de Mossa ya

pensaba en cuáles podían ser esos enfoques—. Quizá haya una disciplina, o una transdiciplina, de flexibilidad y reactividad, o un cálculo de los principios implicados en la supervivencia de un ecosistema, en vez de la imitación literal de éxitos ya conocidos. —Respiré hondo, lo más hondo que había respirado desde que vi el azor —. Y tú deberías trabajar en ella —concluyó.

—¿Yo?

Me había sentido tan aliviada por la resucitación de mis esperanzas que no estaba preparada para los elogios.

—Sí, tú. Estás muy abierta a nuevas formas de pensar. —La observé con escepticismo y ella me devolvió una mirada igual de grave—. Es obvio que no eres co… —Se detuvo. Le costaba tanto como a mí usar ese epíteto cruel con el que Bolien me había atacado.

—¿No lo soy?

—No. Mira lo rápido que te has adaptado a ayudarme con la investigación.

—Ah —respondí con suavidad. Y luego me lancé de cabeza a hablar con una ausencia total de lirismo o sutileza—. Y tú eres una gran investigadora.

—¿De verdad?

Esperaba carcajadas, dado lo torpe que había sido el cumplido, pero ella lo dijo con asombro, como si me creyera o intentara hacerlo.

Aun así, pensé que podía mejorarlo.

—De verdad. —Me enderecé bien y me limpié los ojos—. Creo que también podría adaptarme a otras cosas.

—¿Como a qué? —Mossa me miró con cautela.

—Como a visitar Sembla. No está tan lejos de Valdegeld.

—No —respondió ella, con una sonrisa vacilante—, no lo está. Yo quizá también visite Valdegeld.

Dejé que me abrazara un rato; una sonrisa florecía en mi rostro aunque ella no podía verla.

—¿Mossa? ¿Recuerdas cuando dijiste que no has cambiado, no

del modo que yo quería?

—¿Sí?

—Sí que has cambiado. Pero, aunque no cambiaras nada de lo que dije en aquella época, cuando… bueno. No tienes que hacerlo. No importa.

—Pero sí que importa, porque en el pasado a ti te importó…

—No, ya no. No necesitas cambiar. Porque yo sí que he cambiado.



Agradecimientos

Este libro fue escrito en una época de aislamiento e intensidad. Aprecio mucho todas las relaciones en línea que me han cuidado. Gracias a los grupos de Slack y Discord que me invitaron, ofrecieron atención y conversaciones, crearon enfoques considerados, comprometidos y voluntarios sobre el complicado trabajo de construir y mantener comunidades sanas. Gracias a les académiques que tendieron puentes para colaborar entre continentes, disciplinas y husos horarios; gracias a las librerías y escritores, universidades y organizaciones sin ánimo de lucro que organizaron eventos en línea.

Gracias a los teatros que emitieron actuaciones grabadas o desarrollaron modelos híbridos y experimentos interactivos; gracias a las conferencias que dedicaron tiempo y recursos para hacer posible que compartiéramos ideas y experiencias sin compartir vectores de comunicación; gracias a les escritores de fanfic de AO3, a las bibliotecas públicas que establecieron sistemas de préstamo y devolución de libros a larga distancia. Gracias a la gente de Twitter que interactuaba con respeto y moderación y compartía sus experiencias e intereses, gracias a amigues, familiares y seguidores de Facebook que escribían para ver cómo estábamos y compartieron alegrías y organizaron lecturas de obras teatrales y talleres de poesía. Gracias a todes les que decidieron organizar charlas por Zoom o Skype tan solo para hablar (y que respetaron esos momentos cuando une o más participantes se salían sin querer).

No perdamos lo que aprendimos sobre conexiones a través de la distancia.

Gracias a todes les escritores que, mediante esfuerzos acumulados y guardados, me mantuvieron durante esta época y me dieron esperanza, consuelo y belleza. Seguro que me olvido de alguien, pero, como quiero ofrecer recomendaciones a más personas y, al mismo tiempo, extender mi agradecimiento, quiero dar las gracias (en ningún orden en particular) a Martha Wells, KJ Charles. T. Kingfisher (y, ya que estamos, a Ursula Vernon), Sherry Thomas, Annalee Newitz, Naomi Kritzer, Laurie R. King, Charlie Jane Anders, Sarah Rees Brennan, Talia Hibbert, Karen Lord, Hilary Mantel, Freya Marske, Arkady Martine, Judith Flanders, Alexis Hall, Courtney Milan, Kelly Robson, Megan Whalen Turner, Elin Gregory, Katherine Addison, Zen Cho, Rabih Alameddine, Sarah Pinsker, Theresa Rebeck, Anne Perry, Henry Lien, Hilary McKay, Roan Parrish, Louise Penny, Olivia Atwater, Ann Leckie, Nicola Griffith, Shannon Hale, William Gibson, Kerry Greenwood, Nancy Springer, Stephanie Burgis, C. M. Waggoner, Andrea Beaty, Naomi Novik, Lee Welch, Y. S. Lee, Ben Aaronovitch, Casey McQuiston, Rosalie Knecht, Keigo Higashino y muches más. Tened en cuenta que, aunque las obras de estes escritores me resultan reconfortantes y adictivas, algunes escriben sobre géneros/temas que son mucho menos reconfortantes; aunque, claro, el confort es subjetivo.

Mucha gente me ayudó a mejorar este libro, sobre todo Brent Lambert, que no solo lo editó, sino que también lo comprendió, lo alentó y lo hizo prosperar. Gracias también a Emily Goldman, que guio este libro por todo el proceso editorial con cuidado y atención; a Amanda Hong por la corrección de estilo y a Andrea Wilk por la

revisión; a Christine Foltzer, que diseñó la increíble cubierta en inglés; a Natassja Haught y Michael Dudding por el marketing; a Saraciea Fennel (The Bronx is Reading! Latinx in Publishing!) y Jocelyn Bright por la publicidad; a Samantha Friedlander por el apoyo en redes sociales, y a Lauren Hougen, Greg Collins, Jim Kapp e Irene Gallo.

Gracias en particular a mis primeres lectores, Dora Vázquez Older, Carmen Crow Sheehan y Annahita de la Mare, por todo vuestro apoyo, ánimos y comentarios útiles. También gracias a mis lectoras más tardías, Charlie Jane Anders, Fran Wilde, KJ Charles y Freya Marske, por vuestras opiniones meditadas y vuestro apoyo.

Muchas gracias a Lale Uribe por ofrecerme su amistad y empatía en persona cuando más la necesitaba; a Carmen Crow Sheehan por su sólida amistad y por encontrar formas de hacer que el apoyo a larga distancia también fuera táctil, así como virtual, con pequeños paquetes de cuidados, incluso en circunstancias muy difíciles, y gracias a Dora Vázquez Older, Marc Older y Daniel José Older por encontrar maneras de mantenernos cerca. Gracias a Calyx, Paz y Azul por todo.

Cuarenta y siete años antes de que este libro se imprimiera, fallecía la zoóloga, naturalista y pionera del feminismo brasileño, Bertha Lutz. Además de sus investigaciones y trabajo en su campo, logró que se estableciera en Brasil el derecho al sufragio femenino en 1932.

La Carta de las Naciones Unidas, firmada en 1945, mencionó a la mujer por primera vez gracias al papel fundamental que jugaron tanto Lutz, en calidad de embajadora de Brasil, como las otras tres mujeres que, de entre 160 personas, pudieron firmarla.

Table of Contents